



*La cacería regia
en La Cepilla*

Un momento interesante de la fiesta cinegética celebrada en la finca de D. Tomás Beruete. Su Majestad el Rey y Su Alteza el Infante D. Jaime felicitan á los condes de Torrubia y Villana (Fot. Ortiz)



Lola Membrives y Esperanza Ortiz en una escena de «La Lola se va á los puertos»

(Fot. Díaz Casariego)

EL estreno más importante, y á mucha distancia de los presenciados en la semana, ha sido el de la comedia de los hermanos Antonio y Manuel Machado, titulada *La Lola se va á los puertos*. Un triunfo más de los distinguidos poetas, y un buen éxito de la Compañía de Fontalba.

Huelga decir, tratándose de los hermanos Machado, que su comedia está escrita en verso, y en verso excelente; pero conviene tal vez señalar que acercándose cada vez más al tipo de diálogo dramático, que pudiéramos llamar—con muchas restricciones, claro está—clásico, emplean con máxima frecuencia el romance endecasílabo, al que, extremando las cosas, podríamos denominar metro natural de nuestra gente del pueblo.

Tiene ese metro la indiscutible ventaja de prestarse con mayor docilidad, por ser más dúctil, á la expresión del lenguaje natural y corriente, que forzosamente ha de ser el que domine en la mayor parte de las escenas en las obras «del día»; es decir, en las obras que pongan en escena tipos y costumbres de la realidad actual. Su empleo corriente en esas escenas no impide, en general, como no ha impedido en *La Lola se va á los puertos*, que los autores, cuando la intensidad emotiva del momento dramático, eleven también la forma expresiva á combinaciones métricas menos corrientes y fáciles.

La mayor facilidad del romance octosílabo—precisamente porque es el metro natural—es el escollo con que al escribir en él pueden tropezar los dramaturgos; la versificación, cuando se la emplea, puede caer pronto en desmayo y vulgaridad; pero ese peligro no reza con los hermanos Machado, que por la riqueza, luminosidad y ele-



RICARDO PUGA

Que ha tenido un acierto completo en la comedia de Antonio y Manuel Machado

gancia de su léxico pueden quitar al romance, aun en los momentos más vulgares, todo dejo de vulgaridad.

La Lola se va á los puertos, sin embargo, es comedia propicia para que, concebida por otros autores, les hubiese tentado á caer en exceso de lirismo; se trata, en definitiva, de una comedia de orientación simbolista. *La Lola* es la canción, y Heredia, la guitarra, según nos repite constantemente la protagonista, que no por eso deja de ser mujer, como no deja de ser hombre su callado amador, el guitarrista. ¿Qué autores, aun teniendo mucho menos rico y ardiente el estro lírico y más fatigosa la realización, hubiesen prescindido en ese caso del canto á la canción y del canto á la guitarra, que con tanta y tan inoportuna frecuencia hemos oído en el teatro?

Antonio y Manuel Machado no han necesitado perderse en un abrumador parlamento lírico para exaltar esa pareja ideal: «la canción y la guitarra» es toda la comedia que va cantándola, siempre en el tono elevado que el amor de los autores pide, hasta llegar á la sublimación del símbolo por el sacrificio en el momento final de la comedia en que Lola y Heredia embarcan para llevar su arte allende el Atlántico.

A veces, la exaltación es explícita, como en las definiciones que de la copla da Lola, su admirable encarnación, ó en las que de la guitarra, y mejor de su lenguaje, da Heredia; pero constantemente es implícita cuando no llegan los personajes á esa expresión definida; pero se ve flotar é influir en las pasiones y en las emociones la influencia del *cante jondo*, no del «amerengado y para señoritos», sino del «grande», de que tiene más, mucho más que de fiesta, de rito.

No puede dudarse de que en la atracción ejer-

cida por la mujer que por exaltación de las pasiones pone á un personaje en los linderos del parricidio, hay algo más que la atracción puramente física; hay algo más íntimo y hondo, que es, en definitiva y en último análisis, el alma de la tierra andaluza que sube á los labios de Lola y encuentra eco y resonancia no sólo en el viejo Don Dieguito y en Pepe Luis, sino en todos los obreros del cortijo, que acuden presurosos y emocionados cuando la Lola comienza á cantar.

La copla tiene así su más perfecta exaltación, y la tiene sin que los autores hayan necesitado falsear el paisaje ni las figuras andaluzas.

Este era otro peligro que no hubieran logrado esquivar autores menos artistas que Antonio y Manuel Machado: lo pintoresco del ambiente andaluz que se convierte con tanta facilidad en abigarramiento completamente contrario á la realidad, y que por falso no puede ser ni convincente ni emocionante.

La anécdota de *La Lola se va á los puertos* no es andaluza más que por la influencia, capital, es cierto, antes apuntada de la copla: un ricacho se enamora de una cantaora y quiere conseguirla á todo coste. Un hijo del ricacho se enamora también, y quiere lograrla por medios más honestos. En el alma del maestro de guitarra vive

incubado durante diez años el mismo amor.

Los tres son andaluces; pero drama, lo repito, sin lo que pone la copla podría darse igual si no lo fuesen, y para que lo fueran no han necesitado los autores extremar las líneas de sus retratos: han pintado sincera y honradamente andaluces de la vida, á que no suelen parecerse los andaluces de teatro, y así ha resultado hecha la pintura exacta de una Andalucía verdadera.

Todo lo apuntado demuestra que los autores de *La Lola se va á los puertos* son cada vez más dramaturgos. Aún, sin embargo, les falta lograr algo para llegar en ese género á las alturas en que tan rápida y definitivamente anidaron cultivando la poesía lírica. Técnicamente, podrían ponerse reparos al acto tercero de la comedia estrenada ahora en Fontalba, que, más sintético, en las situaciones capitales resultaría mucho más dramático.

Pero tal como es, el público, que ya había aplaudido mucho antes, y sobre todo en una bellísima escena, y en otra que no lo es tanto, del acto segundo, aplaudió al final é hizo bien.



La interpretación fué buena en general, y excelente por parte de Lola Membrives, de Ricardo Puga y de Aragonés.



MANUEL MACHADO
Autor de «La Lola se va á los puertos»



ANTONIO MACHADO
Autor de «La Lola se va á los puertos»

Lola Membrives, que ha visto el tipo plenamente, le hizo, le habló y le vistió en todos los momentos de la comedia como él pide: fué realmente la canción encarnada en una cantaora, no la cantaora que dice la canción.

Ricardo Puga hizo uno de los mayores aciertos de su carrera artística, en que, sin embargo, está el definitivo Crispín de *Los intereses creados*. Igual á la Membrives en la exacta visión y reproducción del tipo, demostró que siente y oye el verso como muy pocos actores actuales, y por esa razón le sirve con ese difícilísimo maridaje de naturalidad, sin la cual no es absolutamente dramático, y musicalidad, sin la cual no es absolutamente verso, que pocos, poquísimos, han logrado, y que cada día que pasa vemos como ideal más remoto.

Aragonés acertó también en el tipo de hacendado andaluz, y los demás coadyuvaron al excelente éxito.

También coadyuvó la excelentísima escenografía, prueba de que el marqués de Fontalba sigue cuidando con esmero las obras representadas en su teatro.



Otros estrenos En Alkazar, *El murciélago*, otro melodrama del último americanismo pelicularo. Lucha entre detectives y ladrones, en que, á veces, no se sabe cuáles son los policías ni cuáles los bandidos, y para entretener al público episódicamente, mientras se resuelve el acertijo, el sentimentalismo de una pareja enamorada. Társila Criado, sobre todo; Fuentes y sus compañeros defendieron el melodrama, que dará entradas, pero que no es, ni mucho menos, teatro del porvenir.

En Maravillas, una adaptación rotulada «comedia asainetada peliclesca» de *Estudiantes y modistillas*. Antes, las películas salían, muchas veces, de las obras dramáticas; ahora son las comedias las que salen de las películas. ¿Será que á las películas les faltó algo y á las comedias también?

Es posible, y averiguándolo, es posible que estuviésemos en camino para el teatro ideal.

Lo que *Estudiantes y modistillas* ha adquirido para subir á la escena, ha sido algunos diálogos de Antonio Casero, de los que, á pesar de ser nuevos, no hay nada nuevo que decir. Casero, como versificador madrileñista, cantor de las modistillas, como de todos los tipos populares, es suficientemente conocido.

ALEJANDRO MIQUIS

LA VIDA ARTISTICA

LOS PENSIONADOS EN EL PAULAR



UN RINCON
DE LA HUERTA

y

autocaricatura de Juan
Mingorance



clases colectivas y los consejos é intervenciones del profesor durante el invierno y en el interior de la Escuela. Pero si se trata de estimular y alentar naturales disposiciones artísticas, la prolongación sistemática de funciones directivas sobre un grupo de adolescentes, ávidos de expresarse con su acento propio, no puede ser más nefasta.

Testimonio de ello, la serie de exposiciones ofrecidas por los residenciales veraniegos en El Paular.

En todas y cada una, la sensación de uniformidad, más ó menos salpicada de escasos pruritos rebeldes. Siempre la coincidencia de «manera y modos» añadida á la coincidencia temática. No faltan, claro es, alguno ó algunos jóvenes que se destacan dentro de la forzosa y forzada unidad de visión y del manierismo inexpressivo. Es lógico: el temperamento más fuerte, la sensibilidad más capacitada ó el mecanismo más hábil se impone á los demás. El instinto mimético, fácilmente contagiado en la adolescencia, y el deseo de lucha con las armas ajenas,



EL AVADERO

y

autocaricatura
de Gerardo
Sacristán



CADA año, en el umbral del invierno, Madrid recibe esta nostalgia estival á través de unos cuadros de juvenil esfuerzo y pareja capacidad.

Cada año, también, esa nostalgia le desinteresa más, por como la reiteración sistematizada se amortigua y anquilosa, falta de libertad individual y de ímpetu renovador.

Ahora—como en 1928, en 1927, en 1926, en 1925, en 1924, en 1923, etc., como en 1930, 1931, 1932, etc.—unos cuantos muchachos, agrupados circunstancialmente, añaden lienzos demasiado iguales entre sí, por motivos, estilo y sumisión á dictados ajenos, á la larga serie de alusiones veraniegas, patrocinadas por el Estado y dirigidas por elementos de la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado.

Sería injusto negar lo excelente del propósito y la oportunidad anterior de su realización.

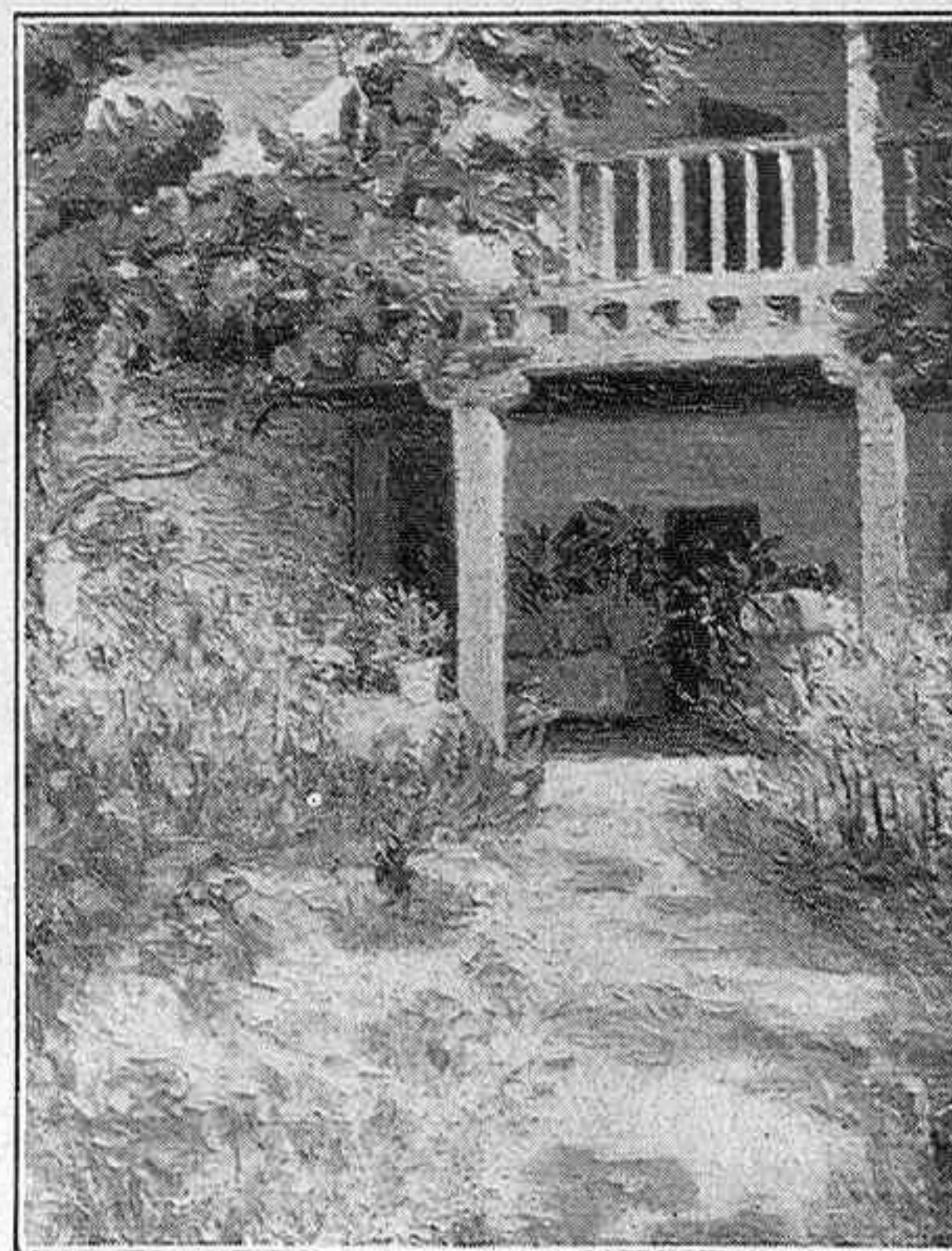
Tampoco debe olvidarse que el buen acuerdo de no confinar todo el verano á los jóvenes pensionados en la Residencia del Paular sirvió para que la monotonía contumaz de los temas se desdotalizara y esparciera.

Pero todavía queda mucho por hacer, y debe, desde luego, acometerse cuanto antes, si se quiere evitar que una laudable iniciativa caiga en un descrédito silencioso.

Las pensiones deben ser libres en absoluto. Libres de tutela oficial, libres de residencia, libres de actuación, libres de contactos é influencias mutuas, sólo conducentes á un gregarismo anodino.

Cerrar la Residencia del Paular. Abrir las puertas de otras residencias elegidas libérrimamente por cada artista. El pensionado debe recibir una cantidad, que gastará cómo y dónde quiera, sin otra obligación que la de exhibir luego, á principio de curso, las obras realizadas durante el verano, lejos de profesores y condiscípulos, entregado plenamente á sí mismo y á la Naturaleza.

Bien estén—hasta cierto punto, siempre—las



LA CASA DEL HORTELANO, y autocaricatura de Félix Peris

más que con el esfuerzo propio, conducen á semejante resultado. No son ni siquiera romanzas coreadas de tenor ó de barítono tales exhibiciones. Las voces secundarias y subalternas no consienten oír en toda su integridad y pureza á la que importaría escuchar sola.

Y si ya es un peligro la promiscuidad cotidiana de los condiscípulos sometidos inconscientemente á la sugestión del más definido, del más original ó del más audaz, aun me parece mucho más peligrosa la intervención directa inmediata del profesor, cuya influencia está sancionada é impuesta oficialmente, y que, por razón natural, no puede limitarse á ser un funcionario administrativo de la Residencia, ni un pensionado más con carácter vitalicio.

Importa, pues, salvar las becas estivales otorgadas por el Estado á los alumnos de sus Escuelas artísticas; evitarlas su mortecina agonía. Cada Escuela, cada Centro de Madrid y de provincias debe proponer su candidato y dejarle luego en libertad de acción absoluta.

De este modo, las exposiciones de cada año, en el umbral del invierno, tendrían el plural encanto de sugestiónes diferentes en todo: en estilos y en motivos. Los temperamentos y las cualidades, hasta los defectos mismos, aparecerán con una simpática espontaneidad juvenil, y, lejos de asistir á la fatigosa repetición de los mismos lugares, recitados con cierta floja gangosería escolar bajo una batuta academizante, nos hallaríamos en presencia del espectáculo, siempre grato, que significan los jóvenes disconformes y distintos.

•••••

En la Exposición de los trabajos de 1929, tal vez los errores contumaces ya señalados se agravaban. Había demasiadas obritas y eran demasiado iguales. Un tono menor, una discreta sumisión á viejas normas y preceptivas añejas pre-



MUSEO DEL CLAUSTRO



VOLADIZO



RS

y
autocaricatura
de Rafael
Simonet



PLAZA DE ISABEL II, EN SANTILLANA
Dibujo y autocaricatura de la archiduquesa
Margarita Habsburgo

y
autocaricatura
de Julio
Fuentes



dominaba. Se sentía un poco la necesidad de gritarles á los simpáticos muchachos para que se despertasen las facultades adormecidas de algunos de ellos.

A primera vista, nada parecía indicar que estábamos en presencia de estudios hechos por pintores en su primera juventud y coetáneos de las amplias perspectivas estéticas de nuestra época. Exceso de mesura, de respeto á recetas pictóricas; alimento espiritual y técnico de conservas sin jugo.

Sin embargo, tenemos el deber de no dejarnos dominar por la primera impresión. Hay que vencer el ansia repentina de evadirnos. Y entonces se descubren los aciertos aislados, las promesas rimidas, las cualidades en trance abortivo. Y también las afirmaciones concretas, que seguramente contempladas aparte no se descaracterizarían tanto.

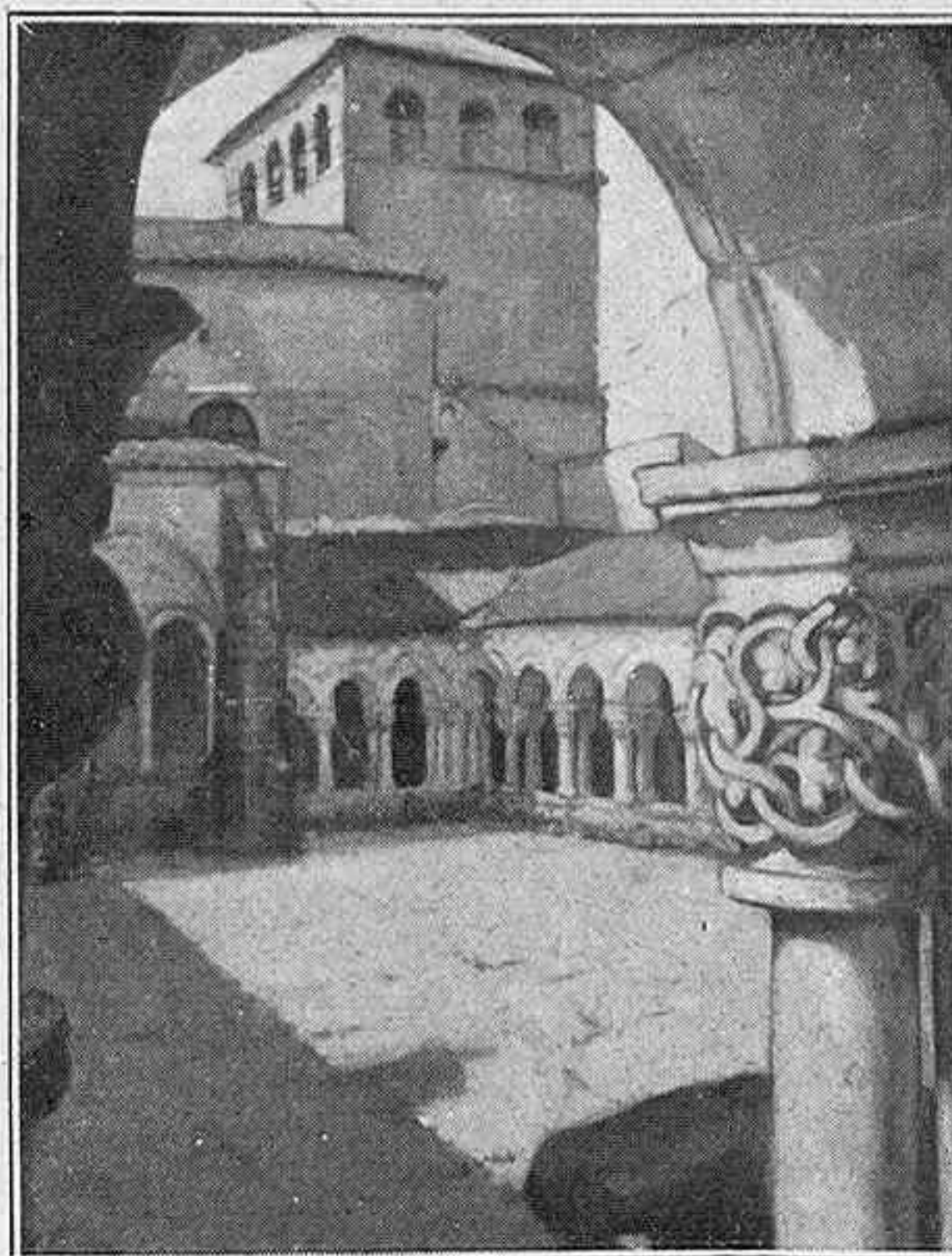
Así, por ejemplo, Agustín Olguera, que me parece, con Juan Mingorance, uno de los valores indudables del conjunto. Desde luego, el que tiene un concepto más moderno de su arte. Su *Caserío serrano*, en la serie de El Paular, y el *Claustro de la Colegiata*, de Santillana, fijan una buena condición de paisajista. Pero es, ante todo, pintor de figura. Un retratista dotado para el porvenir y con ya certeras realidades presentes: *Pilarcilla*, el *Zagalillo*.

(Otro alegato contra los errores reglamentarios del Pensionado: ¿Por qué sólo se ha de pensionar á paisajistas? Cada año no falta nunca la simpática rebeldía de algún lienzo de figura, donde se revela un pintor excelente. Este año es Agustín Olguera.)

Juan Mingorance Navas presenta un conjunto notable. Colorista del sur, ha sabido, no obstante, amoldar su visión á las finezas y sutilezas del norte.

Hasta tal punto, que sus notas de Santillana están nutridas de verdad atmosférica y de sentimiento sincero. A citar: *Calle vieja, Madrid-París*—humorístico título de una deliciosa impresión pueblerina—y *La Colegiata*.

Pero, además, en las fuertes arrogancias luminicas, en las armonías cálidas y vibrantes, logra



CLAUSTRO
DE LA
COLEGIATA



y autocaricatura
de Agustín
Olguera

también un acento robusto. Verbi gratia: *Estudio de coles* y *Un rincón de la huerta* (aunque un poco plano de papel pintado este último)

Se ve con simpatía y buen descao la aportación de Rafael Simonet, por como demuestra continúa en la vida artística española este nombre, bien alumiado ya por el malogrado autor de *Flevit super illam*, y de su primer hijo el arquitecto y también pintor Enrique.

De Rafael Simonet prefiero, á sus cuadros de El Paular, levemente agrios y duros, las modulaciones pictóricas bajo la propicia luz montañesa: *Museo del Claustro*, *Cata de Ubiarco*, *Los Picos de Europa en Potes*.

Félix Peris impone su violencia cromática de levantino con una sed de claridad que la tierra natal no sacia. Su visión del norte sufre, pues, del contraste con el temperamento hostile. En la serie de El Paular tenía un apunte de Rascafría titulado *Contraluz*, que importa no silenciar.

Interesantes los envíos de Julio Fuentes y de Gerardo Sacristán; registro del primero sus apuntes al lápiz de animales, y del segundo, *Las eras* y, sobre todo, *Santillana*, fino y sentido cuadrito.

•••••

La archiduquesa de Austria Margarita Habsburgo Borbón, coincidente con los pensionados españoles en Santillana del Mar, coincidió también en la exposición del Museo de Arte Moderno, como agregada de Honor.

Exhibía seis dibujos de calles y rincones típicos de la sugeridora villa montañesa.

Delatan una disciplina clasicista y un buen gusto natural. El trazo tiene energía y consigue efectos de vigoroso realismo.

El sitio de honor que ocupaban estos dibujos en la exposición, y su autora en el Catálogo, no eran solamente debida pleitesía al linaje y al sexo de la artista. Era, además, legítimo tributo al talento y á la capacidad estética.

José FRANCES

EL POETA LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

UNO de los poetas más eximios del Parnaso hispalense ha fallecido en Sevilla el 30 del próximo pasado Septiembre.

Su musa recorrió todos los tonos de la lira, siendo la nota que distingue á sus producciones poéticas la melancolía, la ternura de los afectos y los sentimientos más puros, traducidos en versos llenos de notable suavidad y encantador atractivo.

El 18 de Enero del 1851 vió la luz primera este hijo ilustre de la hermosa Hispalis (siendo el autor de sus días el historiador D. José María Montoto y López-Virgil), y apenas tuvo desarrolladas sus privilegiadas facultades, cogió la pluma entre sus dedos para no soltarla mientras vivió, aprovechando el tiempo tan útilmente como lo demuestran las obras que ha producido, llenas de erudición y de bellezas, de las que citaré, en prosa: *Un paquete de cartas* (modismos españoles); *Tiquis-miquis* (ídem); *La capa del estudiante* (artículo literario); *Necrología de don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca*; el prólogo á las *Leyendas de Lamarque*; el que puso á *El periodismo en Sevilla*, de Hazañas, y multitud de artículos en el diario sevillano *El Español*, á cuya redacción ha pertenecido desde el 73 al 85.

Entre las obras en verso, puedo citar: *Granos de arena*, poesías. Pequeños poemas; *A la lumbre del hogar*, historia de muchos Juanes; *Melancolía* (cantares); *El regreso* (poema), *Mercedes* (ídem), *La musa popular* (poesías) y *Flores del campo* (poema).

Entre sus obras dramáticas figuran *La transfiguración de las almas*, escrita en colaboración con Cano y Cueto, y *El último día*, y entre las novelas, la titulada *Los cuatro ochavos*.

Para que el lector aprecie por sí la corrección de estilo y el dominio que del habla castellana poseía Montoto, transcribiré un fragmento del primer artículo de *Un paquete de cartas*, que es una verdadera colección de cartas bellísimamen-



te redactadas, y en las cuales juega el autor con los modismos de nuestro idioma, cuyo conocimiento (el de los modismos) considera muy importante, porque *Diccionario* y *Gramática* no son materiales bastantes para levantar el grandioso edificio de una lengua. A las palabras, en sus múltiples combinaciones, mueve el espíritu nacional; en ellas alienta la vida de un pueblo y su particular y característica manera de ser. Son los modismos lo genial, por decirlo así, lo que de propio pone un pueblo en la lengua que habla.

Y nadie negará que nosotros, que carecemos de muchas cosas, tenemos modismos á porrillo. Quevedo salpimentó con ellos sus más peregrinas obras—porque son los modismos sal y pimienta de la lengua española—. Santa Teresa escribió muchos y muy donosos, y no entran por poco en los donaires de la Historia de Alonso Quijada *el Bueno*, los que encontramos no

diré á cada paso, pero sí á cada letra de la *Historia del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*...

La carta-prólogo de tan curiosa colección empieza así: «Se me ha metido entre ceja y ceja un pensamiento y no hay quien me lo arranque ni á tres tirones. Será como pedir peras al olmo pedirme que desista de un propósito si lo tengo por bien intencionado, y, á mayor abundamiento, provechoso para las letras patrias.

Después de darle vueltas al negocio, caigo en la cuenta de que para salir airoso en la demanda he de pedir práctico, y caigo en la tentación de llegarme á usted que no hace oídos de mercader, siquiera le hablen á humo de pajas.»

Me parece que por esta pequeña muestra ya se podrá formar juicio de la galana prosa de este escritor.

De las poesías no sé cuál escoger, porque todas son también á cual más lindas.

El regreso es un prodigio de versificación, pues todo el poema está escrito en armoniosos tercetos, ausentes de toda falta; *A la lumbre del hogar* es una colección de poesías inspiradas por las dulzuras del propio hogar, como indica el título, y escritas en el seno de la familia, abundando en ellas los más santos y morales principios.

Una de las obras poéticas que Montoto tenía en más estima, y seguramente de las mejores creaciones suyas, es la que se titula *Historia de muchos Juanes*, que viene á ser un conjunto de suspiros, si se me permite la metáfora, sintetizando en preciosos romances la vida y penalidades de algunas profesiones, representadas por los susodichos Juanes.

Véase cómo describe á la pobre *Juana la Costurera*, quien hallándose enferma, y teniendo que cuidar de sus padres, se ve obligada á ganar un mezquino jornal para mantenerlos, hasta que muere ella por exceso de trabajo, que su débil naturaleza no puede resistir

I

Apenas el sol apunta,
entre dormida y despierta,
al taller de la modista
va Juana la Costurera.

A su paso por las calles
los galanes la requiebran,
movidos por los encantos
de sus quince primaveras.

Pero ó Juana no los oye
ó sus requiebros desprecia,
y cuanto es más requiebrada,
más sus pasos acelera.

¡Quién á escuchar se detiene
al mozo que la corteja
cuando el dedal y la aguja
y la máquina la esperan!

—Vaya usted con Dios, hermosa.

—Vaya usted con Dios, mi reina.

¡Hermosa! Mienten los hombres.

¡Amarilla y con ojeras!

¡Hermosa, la señorita

en cuyo traje se emplea;

traje de novia, cuajado

de encajes y finas perlas!

¡Ya es tarde! Acaso llegaron

al taller sus compañeras.

No es culpa suya; cosiendo

se pasó la noche en vela;

luego el dolor de la espalda

y la tos que no la deja;
hacer al padre el almuerzo,
cuidar de la madre enferma.
¡Qué mucho que haya perdido
una hora de tarea!

Y si la perdió, es seguro
la gana antes que anochezea;
en cosiendo doce horas,
el traje acabado queda.

Llega al taller. «Hoy las sábanas
se te pegaron, y es fuerza
que el traje blanco, el de boda,
quede mañana de prueba

Si tú no puedes, lo dices,
que no faltará quien pueda.

No se ganan los jornales
durmiéndose á pierna suelta.»

Juana dispone la máquina,
febril el pedal golpea,
y trabaja hora tras hora
sin levantar la cabeza.

¿Qué importa el dolor de espalda,
qué la tos, que no la deja,
si parece que le dicen

de la máquina las ruedas:

«¡Cose, cose, pobre Juana,
que ya muy poco te queda!»?

II

Cuando la noche es llegada,
hacia su humilde vivienda,

llevando el traje de boda,
va Juana la Costurera.
A su paso por las calles,
los galanes la requiebran.
—¡Vivan las hembras gallardas!
¡Gallarda, y va medio muerta!

La luz enciende, malcome,
al padre sirve la cena,
y cariñosa y solícita

cuida de la madre enferma.

Luego el vestido de boda
sobre su falda despliega,
rico vestido de raso,

de encajes y finas perlas.

¿Duele la espalda? ¡Qué importa!

¿Sofoca la tos? ¡Quimera!

A coser, porque mañana
el traje ha de estar de prueba...

¡No se ganan los jornales
durmiéndose á pierna suelta!

Juana dispone la máquina,
febril el pedal golpea.

Y trabaja hora tras hora
sin levantar la cabeza.

Como el ampo de la nieve
es blanco el raso; las perlas
blancas son; blanco el encaje,
limpio como la inocencia.

¡Ay! Sobre el traje de boda
mancha cayó que lo afea;

es una gota de sangre
de Juana la Costurera.

¿Por qué toses, débil niña?
Mira que el alba clarea;
que se va el tiempo; no pares,
porque el mañana se acerca.
Escucha lo que te dicen
de la máquina las ruedas:
«Cose, cose, pobre Juana,
que ya muy poco te queda.»

III

Viendo pasar el entierro
(¡á los pobres los entierran!),
un chusco dijo: «En la caja
lleva el dedal y la seda.»

Y un galán, que requiebrando
hasta á los muertos requiebra:

—Era muy bonita en vida
y está muy bonita muerta.

Y á su mujer, un marido:

—Cuida del traje, no sea
que con el lodo se manchen

encajes y finas perlas.
Y al marido, la amorosa

mujer: «Para manchas, ésta.»

—¡De sangre! —Sí; roja sangre
de Juana la Costurera!

Entretanto repetían
de la máquina las ruedas:

«Cose, cose, pobre Juana,
que ya muy poco te queda.»

Más elocuentes que pudieran ser mis pobres y deficientes comentarios lo son los trabajos del mismo biografiado, y por eso he preferido reproducir parte de algunos de ellos en vez de molestar al que me lea con ociosas digresiones. Son tantas y tan bellas las producciones de este ingenio, que de buena gana seguiría copiando trozos de los otros libros mencionados si dispusiera de más espacio; pero ya que esto no es posible, únicamente diré para terminar que Montoto

y Rautenstrauch ha conquistado, siempre que ha querido, no sólo muchos aplausos, sino diferentes premios, entre los que recuerdo los siguientes: dos en los certámenes celebrados por la Asociación Literaria de Gerona; uno en los del Ateneo de Almería; tres en los de La Casa de Cervantes, de Valladolid, y dos en los de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, de la que era académico de número, como asimismo de la Española de la Historia, de la de San

Luis de Zaragoza, de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y de la Hispalense de Santo Tomás de Aquino, y socio fundador del «Folk Lore Andaluz». Ejerció la carrera de abogado y desempeñó hasta hace poco el cargo de notario mayor del Juzgado eclesiástico de Sevilla. Perteneció á las Ordenes de Carlos III y Alfonso XII, y poseía la cruz *Pro Ecclesia et Pontífice* con que le honró S. S. Pío X.

J. CASCALES MUÑOZ

ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

OTRAS DOS OPINIONES

La de Manuel B. Cossío

Al hablar de Cossío; al emplear junto al nombre del insigne escritor la palabra maestro, ésta adquiere toda su plenitud y jerarquía, y se limpia aquí del descrédito en que ha caído. Don Manuel B. Cossío posee esa doble fuerza que pocas veces se encuentra en un hombre: categoría moral y altura intelectual. Austero, sobrio, su conducta y su vida es clara y diáfana, como su prosa. Demasiadas cosas son éstas en un individuo para que no exciten la animosidad de algunos hombres; pero todavía posee el ilustre pedagogo otra cualidad relevante: su bondad.

Lo he visitado en el Instituto Escuela y le he pedido la dádiva de unas palabras. El maestro me ha respondido con sencillez, sin que hubiera en sus frases ninguna afectación:

—Nada de «entrevistas» ni de interviús. Yo vivo al margen de estas cosas. Además, me coge usted desprevenido. ¿Y si le doy á usted ahora una opinión y dentro de una hora pienso de distinta manera?

—Las dos opiniones serán interesantes, señor Cossío, siendo de usted.

Poco á poco veo que mi interlocutor va «perdiendo terreno». El hombre bondadoso es débil. Y aunque posea una fuerza dialéctica grande, teme vencer á su adversario y no emplea todas sus armas.



Hay hombres que cuando hablan con nosotros nos están juzgando, y existen otros que durante el diálogo son jueces de sí mismos. De estos últimos es Cossío. Al hablar con el comentarista del *Greco*, asiste siempre á la parla un tercer personaje de severo atuendo: la conciencia del maestro.

Cossío, cuando habla, no es dogmático. Hay un temblor de transigencia en sus palabras. Piensa uno al oírlo que este hombre tiene tan profundo y arraigado concepto de

la libertad y del albedrío ajeno, que teme herirlo.

—Yo creo—nos dice—que las Exposiciones nacionales de Bellas Artes deben subsistir. Claro que ésa debiera ser una obligación de la colectividad, pues la misión del Estado debe quedar reducida á que los ciudadanos no «riñamos»;

pero como quiera que no existe esa conciencia social, el Estado tiene que ejercer en el terreno artístico una acción tutelar y protectora. El arte tiene una misión educativa y trascendente

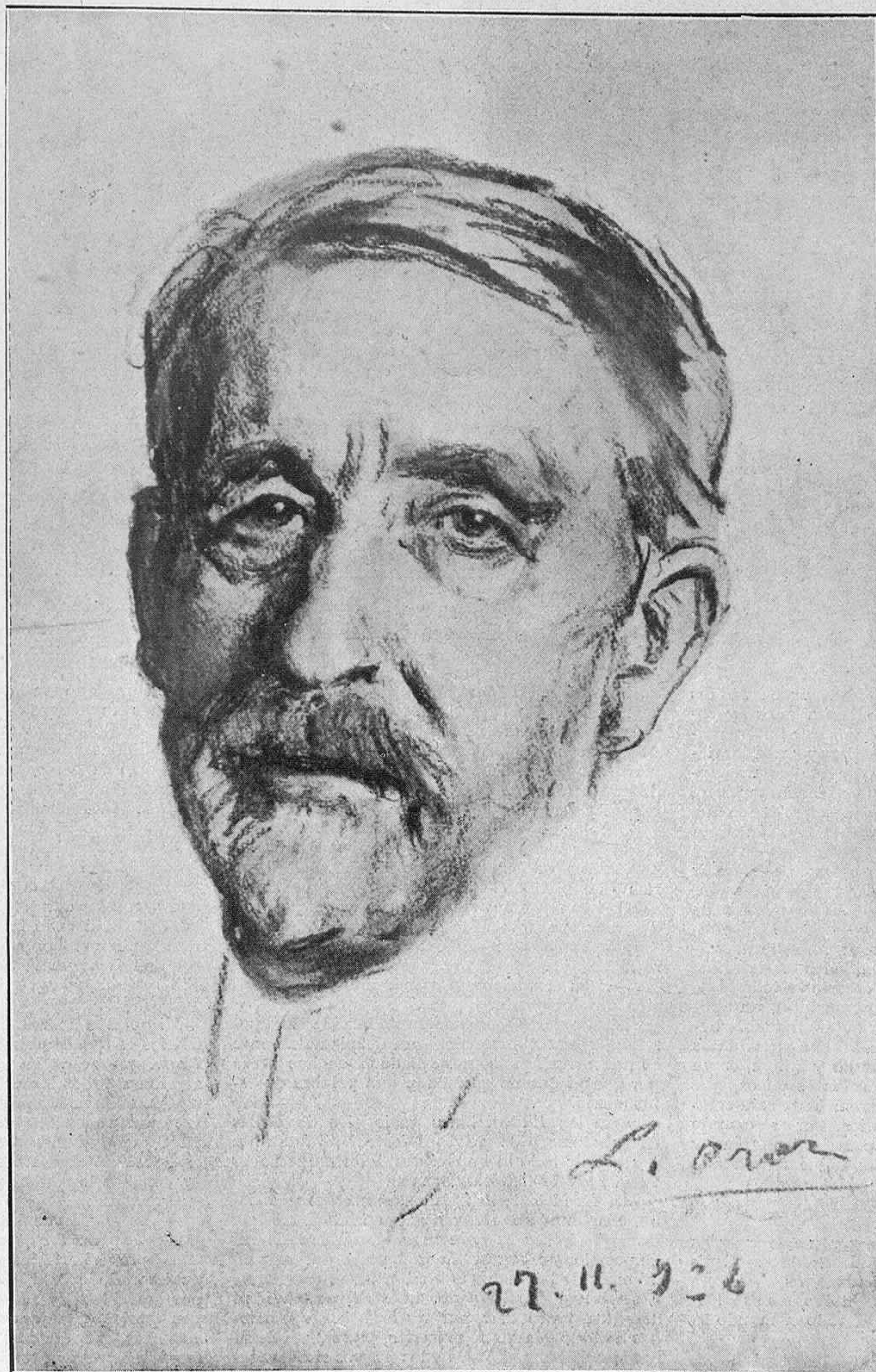
En mis años mozos no existían tantas exposiciones individuales como ahora, y los artistas acudían á los certámenes nacionales para destacar sus talentos. Aunque hoy se celebran muchas exposiciones en salones particulares, hay una pléyade de muchachos que carecen de medios económicos para exponer sus obras arrendando un local, y á estos artistas no se les debe privar del único medio para destacarse. Por esto no creo que haya llegado todavía el momento de suprimir las Exposiciones nacionales.

—¿Cree usted, maestro, que las Exposiciones nacionales son un obstáculo para el desarrollo de las nuevas tendencias estéticas?

—Yo soy un espíritu ampliamente liberal, y creo que en las Exposiciones debe acojerse todo atrevimiento, pues á veces en lo que parece absurdo puede ir el germen de una cosa nueva. Hay que abrir las puertas á todos los temperamentos y á todas las tendencias. Llevar á estas cosas de arte un espíritu de exaltado conservadurismo, ó aferrarse con ahinco á viejas modalidades estéticas, me parece fatal. ¡Libertad absoluta, íntegra!... ¿Qué nos importa que una figura esté cabeza abajo, si está bien pintada? Ya conoce usted mi predilección por el *Greco*. ¿Que pintaba brazos kilométricos!... Pero esos brazos, ¿están bien pintados ó no? Esos dedos largos, afilados, ¿son dedos ó pedazos de madera? Pues si son dedos, es que técnicamente el artista ha conseguido su propósito estético...

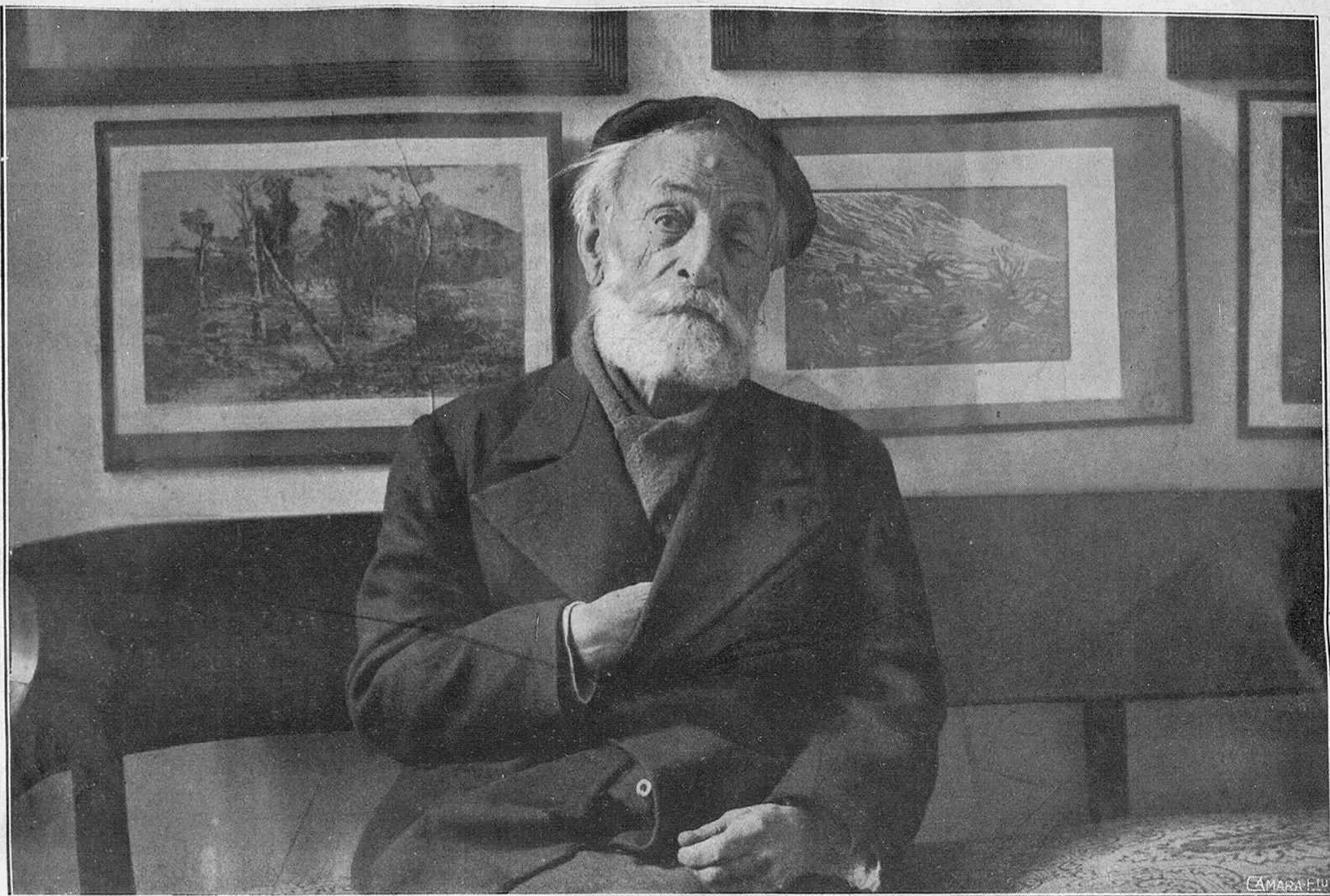
Cossío hace un alto en su charla. Y me dice:

—Nada de interviús. Diga que esto me lo ha oído usted en una tertulia, en una reunión, en cualquier parte. Estas cosas de la publicidad...



MANUEL B. COSSÍO
Ilustre crítico de Arte

(Dibujo de Oroz)



JUAN ESPINA Y CAPO

Ilustre pintor, decano de los paisajistas españoles

La de Juan Espina y Capo

Ya ha rebasado los ochenta años, y todavía este ilustre paisajista y grabador tiene la mano firme y el ojo claro y limpio para captar la belleza. Parece que en su blanca barba ha caído un ampo de nieve de los picachos de esa Sierra de Guadarrama que con tanta fruición pinta el viejo artista. El paisaje es un pretexto—para el artífice, todas las cosas son pretextos—para ir desarrollando estados anímicos. Una montaña, para un ingeniero agrónomo es una porción de la riqueza forestal; para un guerrero es un punto estratégico; para un cazador, un sitio magnífico para ensayar sus cualidades venatorias; para un retórico, un símil necesario en toda comparación de grandeza, y para un niño, un aposento de hadas; pero para la pupila ávida de belleza de un pintor, la montaña, con sus dientes de piedra, sus tajos, hondonadas y ápices, es un «espíritu» que tiene sus secretos estéticos, que sólo le cuenta á él. Y colaboran. Y de esta colaboración surge la obra artística. Por eso cuando me he aproximado á este paisaje de Espina y mi amigo me ha preguntado: «¿Qué ves en este cuadro?», yo he respondido: «Melancolía.»

Cuando yo le espeto mi pregunta acerca de las Exposiciones nacionales de Bellas Artes, Espina me contesta con otra, diciéndome:

—¿Qué hemos hecho los pintores, los escultores y los grabadores para que todo el mundo se meta con nosotros?

Y añade:

—¡Hombre, pedir que se supriman las Exposiciones es ignorar por completo en lo que consiste la vida moderna y lo que suponen para ella las Bellas Artes!

Es creer que la belleza es sólo patrimonio del que la crea y del que la compra.

Porque, dígame usted, ¿qué son los museos de pinturas sino exposiciones nacionales permanentes? ¿Qué son sino factores importantísimos de educación y cooperación entre las Bellas Artes y las escuelas públicas?

Su valor consiste en el desarrollo de la capacidad para la comprensión del placer estético.

Además, ¿qué son los escaparates de las librerías y las bibliotecas sino exposiciones de libros?

¿Qué es la prensa sino permanente exposición de ideas y sucesos?

¿Qué es el teatro sino exposición de literatura dramática, de música y de intérpretes?

¿Qué es el parlamentarismo sino una exposición de elocuencia?

Si cualquier manifestación de la vida es exposición, ¿para qué meterse tan despiadadamente con nosotros, que somos atacados muchas veces por gentes que no entienden una palabra de estas cosas?

¿Que las Exposiciones nacionales de Bellas Artes adolecen de graves defectos? ¡Si fuéramos á suprimir todo lo imperfecto, habría que hacer tabla rasa de tantísimas cosas!

No. La idea de suprimir esos certámenes tiene, afortunadamente, pocos partidarios. Lo que hay que hacer es aumentar el número de las Exposiciones; buscar en la batalla por el predominio de las diversas tendencias el camino de desenvolver ampliamente nuestra personalidad artística, y procurar, por medio de las exposiciones de todo género de materias, que salgan de su ignorancia los poderosos y los nuevos ricos, acrecentar la cultura de las clases medias y procurar que llegue al obrero la sensación estética, y con ella el amor á las buenas costumbres, la resignación en la adversidad y el buen gusto.

¿En qué apoyan los detractores de las Exposiciones su absurda pretensión? Hasta ahora, todo se reduce á chismorreos de tertulias de café, á comidillas de compadres acerca de las medallas, á vana é insubstancial palabrería, pedrea retórica sin eficacia combativa. No tienen razón los pesimistas. Hacen falta—con los defectos inherentes á toda obra humana—las Exposiciones y la crítica, y la comparación de los trabajos, para juzgar el valor de cada uno en el terreno artístico. Y no estaría demás trabajar con el corazón limpio, echándole doble llave á la vanidad, para llevar á cabo la unión y el compañerismo entre artistas. Que no sea la palabra «compañero» una frase vacía de sentido.

Mi opinión acerca de las Escuelas de Artes y Oficios es que cambiaría completamente la enseñanza que se da en esos centros reuniendo en secciones todos los oficios que tengan estrecha relación entre sí, procurando que las escuelas tuvieran todas organizados pequeños talleres, para que el alumno recibiera una enseñanza eficaz. Así, no se daría el caso de que dijeran los muchachos lo que respondió un alumno al que preguntaron:

—¿Tú á qué vas á la Escuela?

—A esperar á que salgamos.

Y aprovecharía las excelentes condiciones del profesorado actual, compuesto en su mayoría por individuos que han conquistado los puestos por oposición, mejorando notablemente estas enseñanzas. Ya quedan pocos del «antiguo régimen», en que una tercera medalla era una puerta por donde entraban muchos que no debían pasar.

JULIO ROMANO

lienzos castellanos



*La cárcel de este pueblo severo de Castilla
—piedras musgosas, hierros feroces y oxidados—
se alza negruzca sobre la seca y amarilla
llanura de barbechos duros y aterronados.*

*Bajo el límpido cielo todo azul y glorioso,
en la pura y serena amplitud castellana,
el gesto de esta cárcel se yergue tenebroso
frente á la arquitectura de una iglesia cristiana.*

*Bermejizas y audaces, las agujas de piedra
llevan al cielo el místico anhelo en oración;
en la cárcel ceñuda, tras la peña y la hiedra,
los afanes se aplastan bajo el ancho torreón.*

(Dibujo de Aristo Téllez)

*Cruza un río famoso la blanca carretera.
Vieja puente románica se enarca sobre el río,
y entre el fresco ramaje de una oscura chopera
se vislumbra un humilde camposanto sombrío.*

*Trota una recua en busca de un mesón codiciado.
Claman unos castizos mendigos plañideros.
Y en una ruina heroica, riñen por lo robado
unos ladrones, bajo disfraz de quincalleros.*

*El llano, el cementerio, la iglesia y la prisión.
Fortalezas ruinosas en la tierra amarilla.
Ladrones y mendigos, la recua y el mesón.
¡ Castilla!*

ALBERTO VALERO MARTIN

POR TIERRAS EXTRAÑAS

EL CALUMNIADO «JAZZ-BAND»



Un nuevo instrumento de música negra, contrario, como todos sus congéneres, al concepto «civilizado» del «jazz-band»

EL *jazz-band* está llamado á desaparecer? Hace dos ó tres años, un cronista parisino contestaba afirmativamente á esta pregunta, y fundaba su afirmación en un hecho evidente: en el Hotel de Ventas de París había, para ser cedidos á vil precio, muchos instrumentos ruidosos de los utilizados por las orquestas negras ó seminegras para destrozár el tímpano de los aficionados al baile exótico.

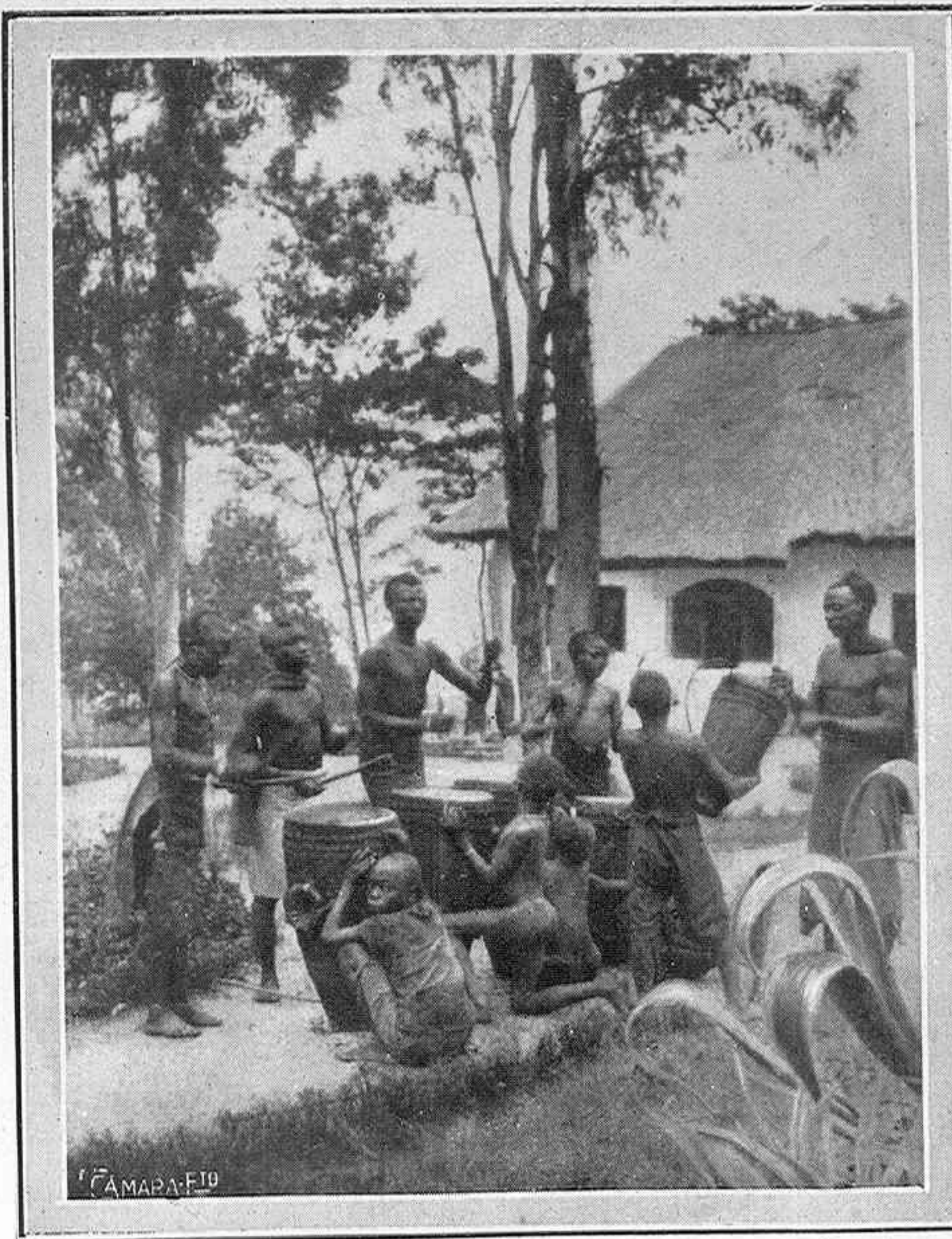
A pesar de ése, que parecía un fundamento real, la profecía del cronista está muy lejos de cumplirse: el *jazz* sigue sonando, y cada vez con mayores estridencias y arritmias. Cabe, pues, actualmente, dudar de que ese lamentable género de música esté llamado á desaparecer.

En Madrid, al menos, su boga es hoy tan grande como lo fué ayer, y apenas si hay lugar accesible á los ruidos molestos en que no esté instalado de un modo definitivo.

Claro está que entre esas orquestas son poquísimas, si queda alguna, las que están formadas por negros. Son los músicos blancos los que se han pasado al moro. Sin ellos, el *jazz* hubiera desaparecido hace tiempo; pero hubiesen ganado no sólo los oídos, sino, lo que interesa más aún, los nervios de nuestros contemporáneos.

Los blancos son también los que han llevado al *jazz-band* sus mayores estridencias: las verdaderas orquestas de negros son más apacibles y tranquilas, y si dejan de serlo, es cuando se las transporta é instala en los países que se dicen civilizados.

No hace falta haber recorrido el continente africano, de donde se dice



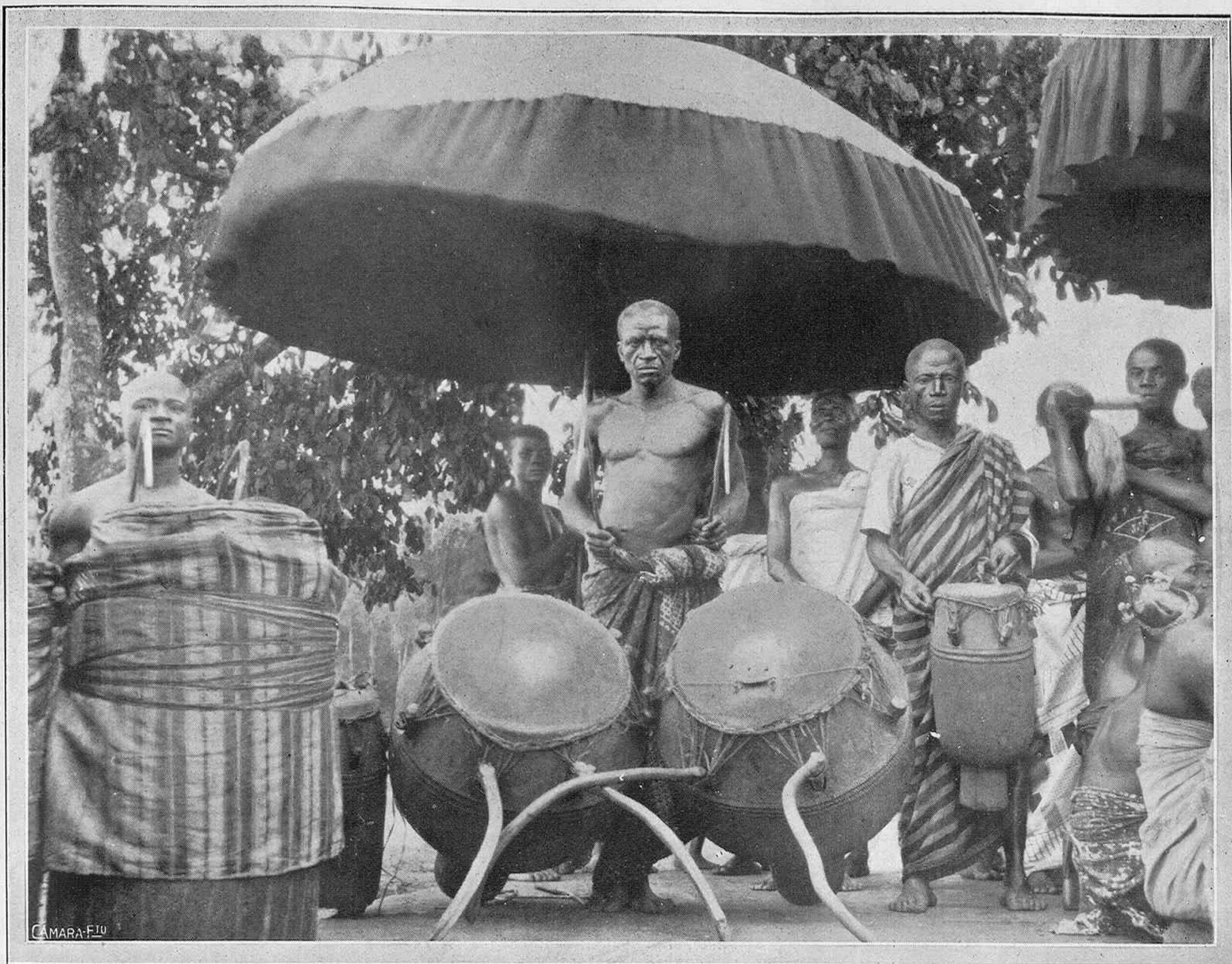
Un completísimo «jazz-band» del Congo belga, menos ruidoso que el de cualquier «dancing» de Bruselas

venido el *jazz*, para saber que los músicos, en las tribus salvajes, son menos salvajes, en cuanto á estridencias inopinadas, que sus imitadores en los pueblos de más alta civilización. En Europa hemos visto muchas exhibiciones de tribus exóticas, y en ellas hemos oído á músicos que, por las mismas condiciones de sus instrumentos, han de ser, aunque no quieran, enormemente menos ruidosos que los *jazz* de bar ó de *dancing*. Ruidos sordos y monótonos que no tienen de música más que el ritmo, en general de una monotonía desesperante, sirven de acompañamiento á gritos las más de las veces sordos también, y en que apenas si aparece muy de tarde en tarde una estridencia.

Esta impresión es exactamente la misma que aportan de sus viajes los exploradores que recorren los parajes de que dicen venido el *jazz*. Abundan los documentos gráficos que lo demuestran, y nosotros recogemos algunos para desvanecer la calumnia: los negros salvajes, de la Nigracia ó del Congo belga, tendrán el oído menos educado que nuestros danzarines; pero tienen, sin duda, menos estragado el gusto, y no necesitan las excitaciones fortísimas que parecen indispensables á muchos europeos.

Una expedición científica belga, que ha regresado recientemente del Congo, ha traído, entre numerosísimas fotografías, una que representa un *jazz-band* primitivo, tal como se exige en los orígenes actuales de la civilización, paralelos, según los hombres de ciencia, á los orígenes más remotos.

Basta examinar esa fotografía para darse cuenta de las diferencias entr



Un «jazz-band» que merece, por diversos motivos, el título de regio

un jazz verdadero, *in situ*, y una imitación de los que podemos ver á diario en los *dancings* y en los cafés que siguen el mal ejemplo. En ningún caso tendría más justa aplicación la famosa frase: «¡Desconfiad de los imitadores!», y también aquella otra que acusa: «¡Hay viles imitadores!»

Otra fotografía, que también publicamos, aportada á los estudios etnográficos por una expedición inglesa que ha visitado el Africa inglesa occidental, donde viven precisamente las tribus de que son originarios los negros de América, y, por tanto, á las que puede atribuirse más directamente la invención del *jazz-band*, tal como de los Estados Unidos vino á Europa.

En esa fotografía se ve un instrumento nuevo, al que los ingleses han dado el nombre de *marinlofono*, que es, sin duda, la más atrevida invención de los *jazzbandistas* africanos. Contra ese instrumento, por violentamente que sea manejado, no tendrán motivos para protestar los especialistas en higiene de los nervios: sonidos sordos, como los de todos los instrumentos análogos; lo único que podrá ofender, seguramente, será la monotonía de la cadencia.

Otra de nuestras fotografías muestra un *jazz-band*, al que podríamos dar, sin excesiva impropiedad, el nombre de regio: es el que tocó ante el príncipe de Gales cuando, hace dos años, el heredero de la corona de Inglaterra visitó sus tierras de Africa.

Por la «elegancia» de su presentación, la riqueza de sus instrumentos y el magnífico para-



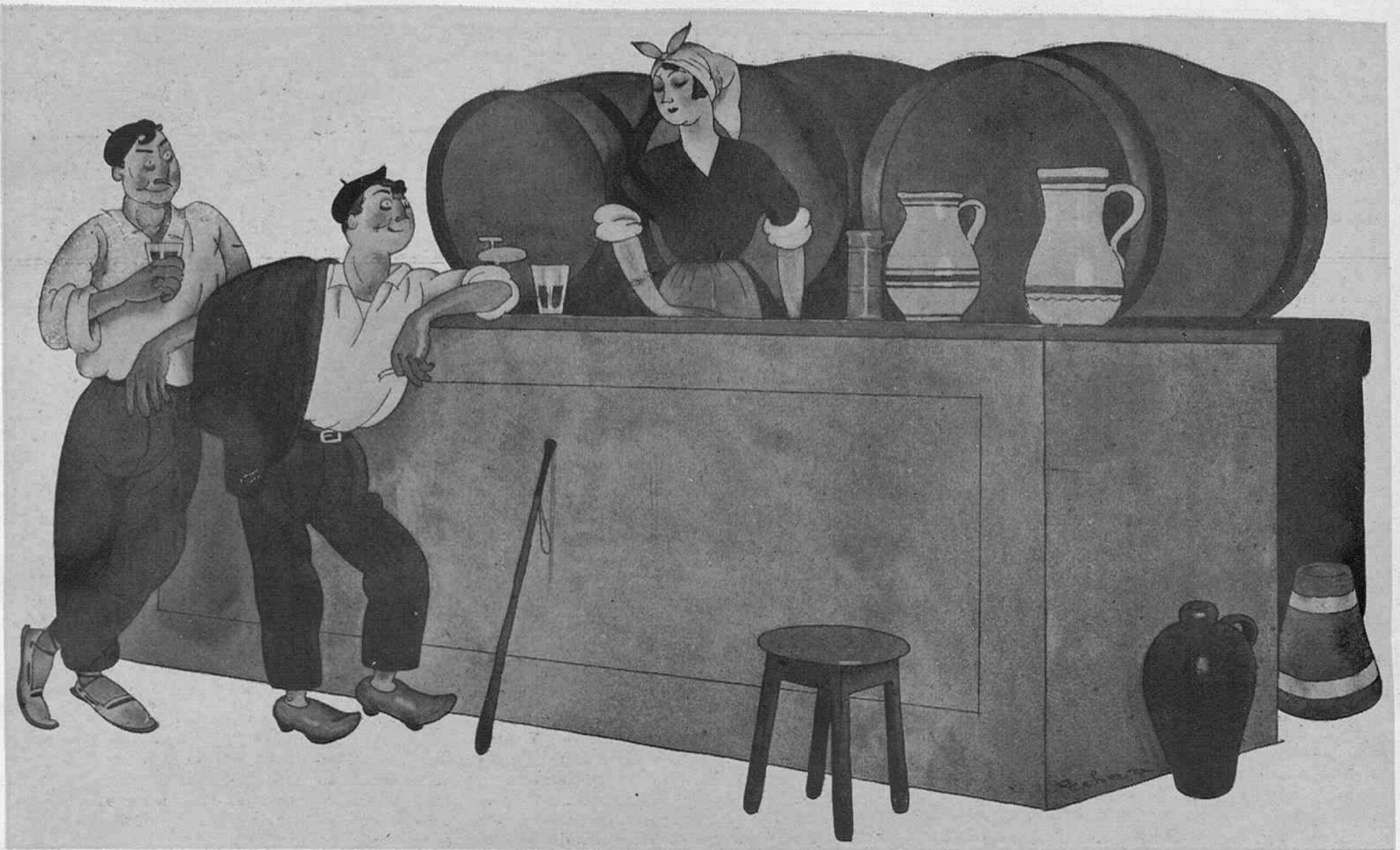
Dos indígenas africanos que ejercen la terapia musical

(Fots. Ortiz)

sol que le cobija, debemos considerarle como de muy superior categoría; pero, sin embargo, no hay ninguna razón para considerarle como más amenazador que sus congéneres de aquellas tierras para los oídos ajenos. Son los salvajes que le forman de las mismas tribus aschantis que hace algunos años fueron exhibidos en Madrid. Los madrileños de buena memoria recordarán que ni la música de aquellos salvajes, ni la de los filipinos que vinieron á la Exposición hecha en el Retiro, y de cuyas habitaciones quedan aún vestigios, molestaron á nadie hasta el punto de crisparle los nervios. Aquellos salvajes, de mayor finura sensorial, según los psicólogos, que los civilizados, no necesitan, para deleitarse, los excitantes violentos, de moda en ciertos «fondos» civilizados, y que tienen tanto paralelismo con algunos ultramodernismos musicales, fruto de la moda también.

La música, además, suele tener, entre aquellos salvajes, fines utilitarios; y aun las danzas, que ahora parecen más tranquilas y apacibles, fueron en su origen bailes guerreros, y, sin embargo, ni entonces ni ahora tuvieron la violencia que necesitan algunos conciudadanos nuestros para divertirse.

Otra aplicación de la música es anticipación, en los ciclos evolutivos de la civilización, de métodos que no hace mucho entraban como cosa nueva entre los recursos terapéuticos. Otra de nuestras fotografías muestra á dos médicos que al son del tamboril entonan cantos curativos.



Era Dulciña, según el decir de todos, muchacha demasiado compuesta y melindrera

CUENTOS ESPAÑOLES D U L C I Ñ A

ERA Dulciña, según el decir de todos, muchacha demasiado compuesta y melindrera.

Por su hablar dulce, sus posturillas de gata mimosa y su predilección por los pájaros y los niños se había hecho un tipo del que las mozas se reían por fuera, aunque interiormente la envidiaban, y del que los mozos se prendaban, lo mismo para sus adentros que en públicas declaraciones.

Pero Dulciña á nadie hacía caso; afable con todos y con todas, y conociendo el lugar en que cada uno la colocaba, seguía su vida detrás del mostrador de la taberna, despachando copas, con la elegancia desdeñosa que su hacer perezoso y coquetón imprimía en todos sus actos.

Contestaba invariablemente los piropos, por mímica, sin proferir palabra, con expresivísimo gesto de desdén, de agradecimiento, de cólera ó de perdón..., según el rango y la especie del requiebro.

Apuesta llegó á hacerse entre dos de los mozos más principales de conversar con ella más de cinco minutos, y todo el pueblo sabe que la apuesta se perdió.

¡Dulciña nombrada por todos, y Dulciña no hablaba más que con los niños! Con éstos, sí, las palabras parecían encadenarse, y no había rapaz que estando en el halda de Dulciña cambiara el puesto, por excitaciones que le hicieran.

Encantaba ver el embeleso con que los peinaba y llenaba de lacitos como conejo en rifa, y la inocente escena de rodearse de mil chicos que oían sin cansancio un cuento, y otro cuento, y mil..., hasta que la voz del tío Corruco, entre terno y terno, se lamentaba de tanto «trajín» para él solo, ó directamente la dirigía una recriminación grosera por el abandono de su obligación.

Dulciña, entonces, con la abnegación más humilde, sin rencores, dando al tío Corruco la razón con el gesto, tornaba á su quehacer, ¡siempre el mismo!, servir la copa y oír una sandez ó una grosería.

•••••

—¡Dos vasos de agua!—dijo el extranjero, sentándose en una mesa de la puerta, frente á frente al campo y con la arrogante satisfacción del que va á darse un festín.

—¿Dos vasos de agua pidió el señorito?—preguntó la moza con extrañeza.

—Sí... Si usted quiere—argulló el extranjero con tono menos imperioso.

Limpios, hasta el punto que de haber sido más finos hubiérase creído el agua milagrosamente amalgamada y sin envase, sirvió Dulciña los dos vasos, más perezosamente aún que de costumbre, atraída por un hombre «tan distinto á los demás hombres», según su frase, mil veces repetida luego.

—¿Aquí hay cuartos para alquilar?

—Señor, hay tres listos: uno á la delantera, y dos sobre el campo...

—¡Sobre el campo, sobre el campo! ¿Pueden verse?

—Padre—dijo Dulciña dirigiéndose al viejo—, el señorito quiere ver los cuartos para alquilar. ¿Quiere usted acompañarle?

—Acompáñale tú, ¡malos demos te leven, que siempre parez que han de comerte!...

Dulciña acató con una sonrisa—antípara de su emoción—la orden, y volviéndose al extranjero, ruborosa y cobarde, le dijo silabeando la frase:

—¿Quiere subir conmigo el señorito?

Subieron al cuarto, y al ver asombrarse del panorama al nuevo parroquiano, díjole Dulciña,

olvidando la vergüenza pasada, con la ingenuidad de un ángel:

—Al señorito le pasa como á mí: mi cuarto también da al campo, y al asomarme á la ventanuca ¡se me revive el alma!

—Es verdad..., y nunca he oído decir nada tan bien dicho, ni con una música tan encantadora...

Dulciña se estremeció, y por primera vez en su vida oyó un piropo de aquellos que surgían en sus sueños. Sí; ella debía conocer el alma griega del piropo (¡fuego, vista y aspecto!)

Mi héroe debió adivinar todas estas filenas ansias de la moza en flor, é iba á decirle algo, cualquier cosa, una vulgaridad, para alargar aquella entrevista... «¿Cómo te llamas?», por ejemplo, cuando la voz del tío Corruco rompió el silencio con un formidable:

—¡Dulciña, baja, y para lo del precio se entenderá conmigo!

Como autómatas obedecieron la voz tan á una, que llegaron á la puerta con tal desorden como si fueran á salir por ella doscientos, no dos.

El se hizo atrás, arrepentido de su precipitación, al tiempo que cediéndola la primacía, díjola con íntimo acento:

—Dulciña, pase...

—Gracias..., gracias..., señorito.

—¡Gonzalo!—interrumpió el extranjero, creyendo ver que tras el «gracias» le pedía el nombre.

Y no pasó más. El extranjero no se quedó en la posada. Creyéndole el dueño un gran señor, había dejado correr la avaricia..., ¡y el pobre no podía pagar tanto!

Pero ningún día faltó á consumir sus dos vasos de agua, que Dulciña le servía rápida á la ida y á la vuelta, colocándose de nuevo tras el mos-

trador, como si temiera que alguno y hasta él mismo descubriese su emoción.

Mirábale Dulciña á hurtadillas, con éxtasis religioso, llena la mirada de vaguedades amorosas, que empezaba la virgen á sentir en su alma y en su pecho...

Aquel hombre delgado, pálido como estatua de cera, vestido de negro cual estudiante cura; con aquellos ojazos misteriosos y brillantes, que hacían competencia al negro brillante de sus cabellos crespos; aquel ser tan poco humano, hacía sentir á la amorosa Dulciña, por vez primera, el amor al hombre; pero el amor completo, robusto, pletórico en todos sus aspectos.

Los labios finos y rosados de aquel hombre, su cara bien hecha y descarnada, su frente transparente y su corbata inmensa cubriendo honestamente todo el blanco de la camisa, hacía nacer en la hembra el deseo que no pudieron despertar los pechos robustos y desnudos, los labios rojos y el aspecto atlético de los mozos del lugar. Y aquel mirar más veces tímido y religioso que apasionado, fijaba en Dulciña las enmarañadas ideas de amor y de arte que engendran el ideal.

Ella esperaba, y esperaba sin esperanza casi. Desde aquel día en que le vió convertir mágicamente una tela blanca en un trozo del campo mismo que miraron desde la ventana, comprendió que aquel ser sobrenatural merecía mucho más que ella... ¡Alguna marquesa!... ¡Que no le querrá tanto!

Y todos estos pensamientos, si no á la letra, en síntesis, leíalos mi artista en aquel suspirar constante de Dulciña, nada escandaloso; ¡al contrario! quedo, quedito, y con tal avaricia de ellos mismos, que apenas escapados de sus labios parecía quererlos recoger... Lo que hacía que fuera un suspiro, un anhelo constante, la vida de Dulciña.

Algo debió el padre de maliciar, por cuanto un día, y en ocasión que le oyeran cuantos quiso, dijo en más alto diapason que el de costumbre á un su amigo, hostelero también y también sexagenario:

—Los viejos no tenemos más que quebraderos de cabeza, sobre todo si tenemos chicas, y chicas tan señoritas como la mía...

Primero, á fabricar unos cuartitos para ellas, y luego, á sufrir que desprecien lo que el padre sudó...

No; á mí no me dicen ciertas cosas dos veces, y ó casa con quien yo quiero y me rez el bolso que ha de llevar... ó que se meta á servir y nunca más se acuerde de que tuvo padre.

Dos hombres jóvenes había en la taberna. Los dos clavaron sus miradas en Dulciña; Dulciña, sólo en uno.

—No—dijo el desairado—; tío Corruca, si por mí va lo del casorio, déjela estar... Más desprecios no recibiré... ¡Mociñas hay tan apetitosas y tan adineradas como ella!

Y tras este exabrupto, púsose el maruxo en pie, y con brutal desdén salió de la taberna.

En su mesa de siempre, disfrutando aquella orgía de vista que le ofrecía el campo, le ofrecía el campo, terminó el pintor de consumir el agua á sorbitos, buscando con empeño en el fondo del vaso solución ó remedio á la turbación

y á la angustia que la pobre Dulciña dimañaba.

Y llena la cabeza de pensamientos grandes, terminó tan vulgarmente como el otro: yéndose.

Llamó para pagar, dando con la moneda en la mesa; ¡no podía ser menos!

Dulciña no acudió. Y él, que tan sabido se tenía el precio, dejó allí mismo una moneda de cobre, y con una mirada, sólo al vaso, de dolor inmensísimo, echó á andar sin volver siquiera la cabeza para pagar á Dulciña aquel montón de lágrimas que á golpe, y como si eléctricamente hubieran abierto la presa, cayeron todas juntas de aquellos ojazos, que un parpadeo convulsivo secó para siempre.

•••••

Dos días pasaron en los que el artista olvidó su campo: el maruxo, tan determinado como se fué la víspera, volvió al siguiente.

El, no; él no volvió, y no volverá. Dulciña lo sabía desde el momento en que suprimida la frase de costumbre: «¿Qué te debo, Dulciña?», renunciaba el artista á una última palabra y una última mirada.

Pero con esa admirable aquilatación del ser que ama por primera vez, Dulciña no achacaba, no, á olvido la ausencia; ¡al contrario! más y más le admiraba por distinto á los demás hombres.

Dormida le veía, le llamaba y se dejaba amar por él; por él sentíase capaz de las mayores arrogancias y los mayores atrevimientos; y cuando despertaba, todos aquellos disparates, en fuerza de pasarlos y repararlos, depurando el detalle, llegaban á infiltrarse en su pensamiento, como si aquellas cosas las hubiera vivido. Y aunque en la balanza de su buen criterio no vencía el peso, la carga de recuerdos y pensamientos; tantos iba echando que, su buen sentido, y otras cosas que conoció que tenía porque la estorbaban, fueron haciendo paso al resultado de sus sueños y sus conjeturas... ¡Al ideal!

•••••

La mañana que más soñó fué aquella misma. ¡Como que despierta, y viendo que era día, no

acertaba á cortar la escena. Y perezosa, indolente, como si por la entornada ventanuca fueran desfilando los actores, seguía, con el gesto, la representación de su comedia.

Repetía, sin duda, tanto, tanto, un momento, que la misma testarudez de la idea ó el canto de un gallo fijó su fantasía que empezaba á querer dormir ó levantarse, pero abandonar aquello.

Lo primero, imposible; dió un salto y, pie en tierra, comenzó á vestirse. Acabó, y, como cada día, un beso al retrato de su madre, que hasta en sus oraciones llamó siempre «Nancilla», y sin acabar aún el «del Espíritu Santo, Amén», que coronaba el saludo, la miradita al espejo y la sonrisa vanidosa, presentando aquellos dientes encantadores, que cerraban de nuevo el «Amén» tardío.

Casi del mismo movimiento abría los cristales, y á saturarse de aire puro con una aspiración prolongada, que desde hacía algunas mañanas llevaba en sí algo de lamentación ó de recuerdo. Aquella no sé cómo acabaría; fué cortada, y la prolongación, prolongación tan sigilosa y contrada, que pudo percibirse; oírse, no.

Violenta, quitóse el dengue y cambiolo por otro más nuevo, sacudió los zapatos, uno quedó allí y otro fué á parar sobre la cama; se frotó las mejillas y los ojos como quien se acaricia; se mordió y humedeció los labios con ademán nervioso, para pintárselos de naturaleza y de ansias, y, componiendo rápidamente su pelo frente al espejo, entornó mucho la ventana y salió cautelosa y decidida.

•••••

No se había equivocado; allí estaba, en mangas de camisa, ¡con el frío que hacía!, como un loco, despeinado, moviéndose en su asiento como chiquillo impaciente, y hablando solo...

¿Qué diría? ¿Cantaba? Dulciña se acercó y se acercó casi sin mirarle y casi sin oírle; sin entenderle, seguramente.

—¡... Sí; pero aquí no se ve su voz! ¡Y es preciso!... «¡Dulciña!...» «¡Dulciña!»—repetía el artista, pidiendo á la música de la palabra la poesía de su obra.

Dos ó tres pinceladas nerviosas, y tiró los pinceles como rendido y ufano.

Dulciña había se acercado completamente, y al levantar la vista para abarcar de una mirada al artista y la tela, ¡vióse en ella!... ¡Vióse viva en aquella estampa que realmente hablaba!, y queriendo decir todo, fija, clavada, enmudecida, aguardó el segundo que faltaba para volverse Gonzalo.

—¿Qué hiciste?— exclamó Dulciña al sentirse en los brazos del artista que la estrechaba religiosamente como á una aparición.

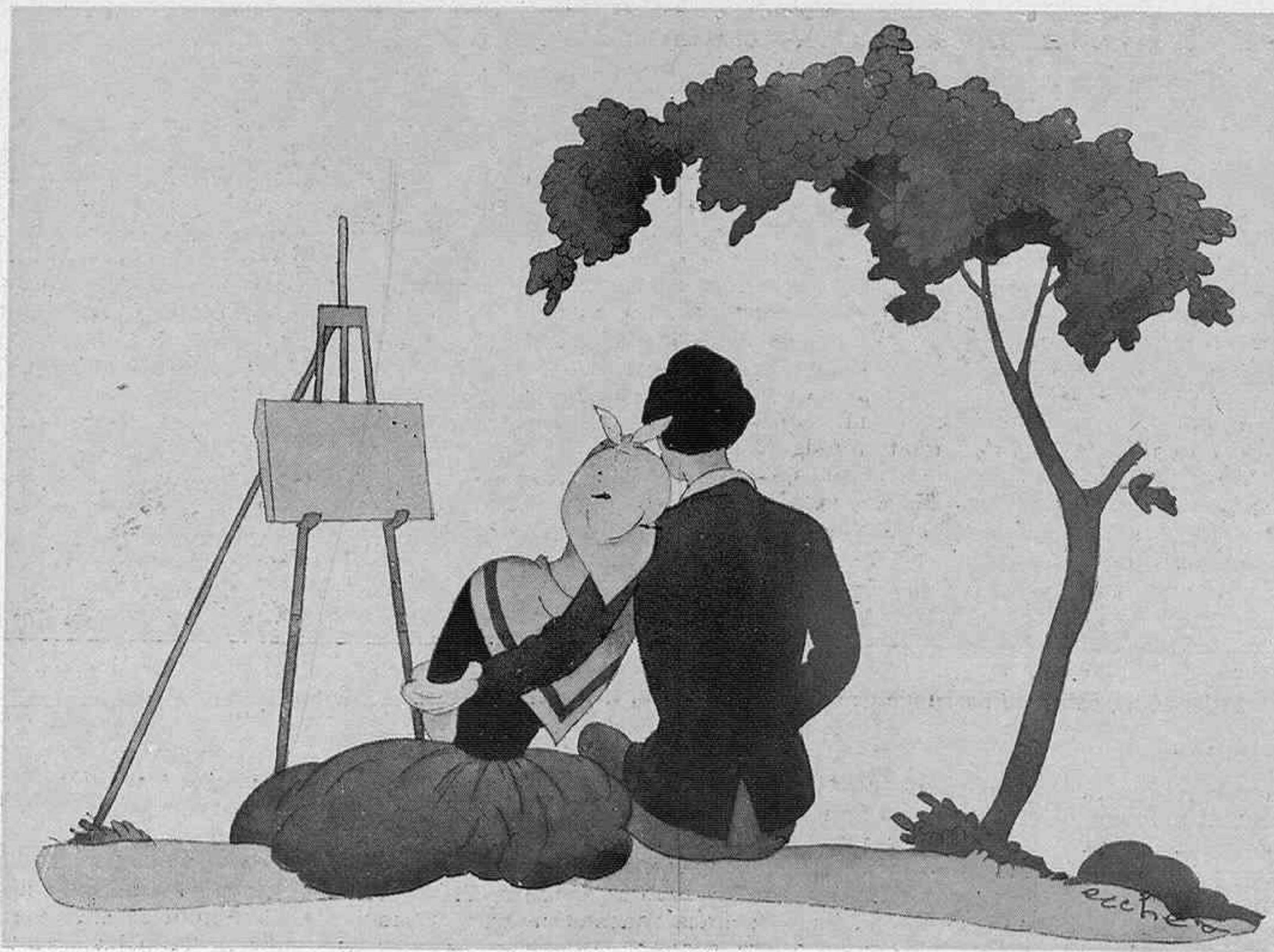
—¡Realizar el ideal de mi vida! ¿Y tú?— gritó [Gonzalo, empezando á agradecer.

Y Dulciña, muda, confiada, con expresivísimo gesto de abandono y encanto, luciendo aquel nacimiento de garganta en su postura desmayada, parpadeantes los ojos y ofreciendo sus labios temblorosos, parecía decirle:

—¡Realizar el mío!... ¡Realizar mi ideal!...

ALEJANDRO BHER

(Dibujes de Echea)



—¿Qué hiciste?— exclamó Dulciña al sentirse en los brazos del artista, que la estrechaba religiosamente como una aparición

EL PAIS DE LAS MONARQUIAS

LA REINA DE MONTPARNASSE, LITERATA



Mlle. Kiki, reina de los modelos de Montparnasse, firmando ejemplares de su libro

NINGÚN país más pródigo en reinas que la republicanísima Francia. Comenzó eligiendo, como diversión carnavalesca en la *Mi-Carême*, la reina de los mercados, y, sin duda, el juego resultó agradable, porque ahora apenas pasa mes sin su reina correspondiente.

Hubo también un período en que se prodigaron los reyes y los príncipes, y hubo rey y príncipe de los poetas, príncipe de los novelistas y

otros cuantos más; pero aquellas monarquías no cuajaron; las femeninas, sí.

Y no se crea que las reinas no sacan de su reinado sino la satisfacción, más ó menos efímera, de su vanidad: algunas la explotan como reclamo; eso sí, con fines honestos muchas veces.

Así ha ocurrido ahora. Mademoiselle Kiki, la reina de los modelos de Montparnasse, que conoce extraordinariamente bien las interiorida-

des y las intimidades de aquel barrio, tan abrumadoramente cosmopolita, ha publicado un libro, á que ese conocimiento ha hecho interesantísimo, y que ha despertado extraordinaria curiosidad. Sin el renombre anterior de mademoiselle Kiki, hubiese sido menos leído.

Mademoiselle Kiki ha tenido su día, y en él han acudido á hacer firmar sus libros centenares de montparnassianos.

El sentido pedagógico de la Exposición de Sevilla

TODAS las Exposiciones tienen un primordial sentido pedagógico por la enseñanza, la experiencia y la cultura que aportan á la civilización humana.

La Exposición Iberoamericana, que no habría de ser la excepción de esta regla general, añade á ella el hecho de que se trata de un Certamen en que se muestran todos los valores y todos los progresos de una Raza, con los distintos matices que caracterizan á cada uno de sus pueblos y al nexo común que los distingue de todos los demás. La aludida Exposición es, pues, un gran libro de páginas sabias y brillantes, abierto al conocimiento no sólo de todos los países extraños, sino de los mismos que lo componen y lo forman. Porque se da el caso singular de que existe una inexplicable ignorancia tanto por parte de la Madre Común respecto á los pueblos que dió á la luz de la civilización, dándole sus creencias, su lengua y sus costumbres, como el de estos hijos hacia la nación descubridora y colonizadora. En este sentido, ¡cuán eficaz para la admiración, el cariño y el respeto mutuos este magno Certamen Iberoamericano!

Con ocasión del mismo, la gran madre prolífica muestra todo su esplendor y toda su grandeza no solamente aquellos que la hicieron gloriosa en el pasado, sino los que la hacen respetable y magnífica en el presente, con peregrinos augurios de una vida maravillosa y triunfadora en el porvenir.

Para los propios españoles ha sido este Certamen como la revelación de una España ignorada, de una España insospechada y nueva. Para los mismos españoles ha constituido esta Exposición, relativamente á España, como una voz pregonera de sus incalculables progresos y prestigios. En ella, mostrados á la contemplación y á la admiración del mundo, los más ricos testimonios de su limpia y esclarecida historia: documentos valiosísimos que registran sus preclaros hechos; pergaminos que contienen sus humanitarias y justas leyes; obras inmortales de su arte incomparable. En ella, todas las pruebas de su genio civilizador, de su sabia y prudente obra colonizadora, de su fecundo y soberano impulso creador de pueblos. Y en ella, en fin, toda la verdadera expresión de su desarrollo presente, en tal forma demostrada, que parece que asistimos á su mayor y venturoso apogeo.



Plaza de España vista desde las galerías

¡Qué lección más palmaria esta lección de España! Cuantos asisten á ella se muestran como extrañados y sobrecogidos. Los que la creían vieja y desfallecida rectifican su error proclamando sus renacientes energías y sus inagotables veneros de ciencia, pujanza y vigor. Los que sabían de sus nuevas fuerzas, proclaman, asimismo, que son superiores á cuanto de ella conocían é imaginaban. Y sus hijas, las naciones americanas, han podido comprobar que aún pueden aprender mucho de la belleza de su arte, de la templanza de sus pasiones, del genio de su sabiduría. Y no sólo en el orden de sus obras espi-

rituales, sino en el de su industria y comercio. Las páginas de la hermana Portugal y de las hijas americanas son igualmente reveladoras del inmenso valor que en ellas tienen todas las manifestaciones del poderío, del progreso y de la economía. Testimonios de incalculables riquezas en productos naturales y en los de la ciencia, el arte y la industria, hablan bien claramente sobre cuán poderosos son los esfuerzos por ellas puestos al servicio de la civilización y del progreso humanos. La hermana ha sabido corresponder del modo más digno y ostentoso á la invitación que España le hiciera, acudiendo con sus mejores atavíos y con sus más espléndidas preseas. También ha sido ella como una revelación en el concierto de todos los pueblos de la Raza, y mucho se puede aprender en orden á su arte, su cultura y su trabajo.

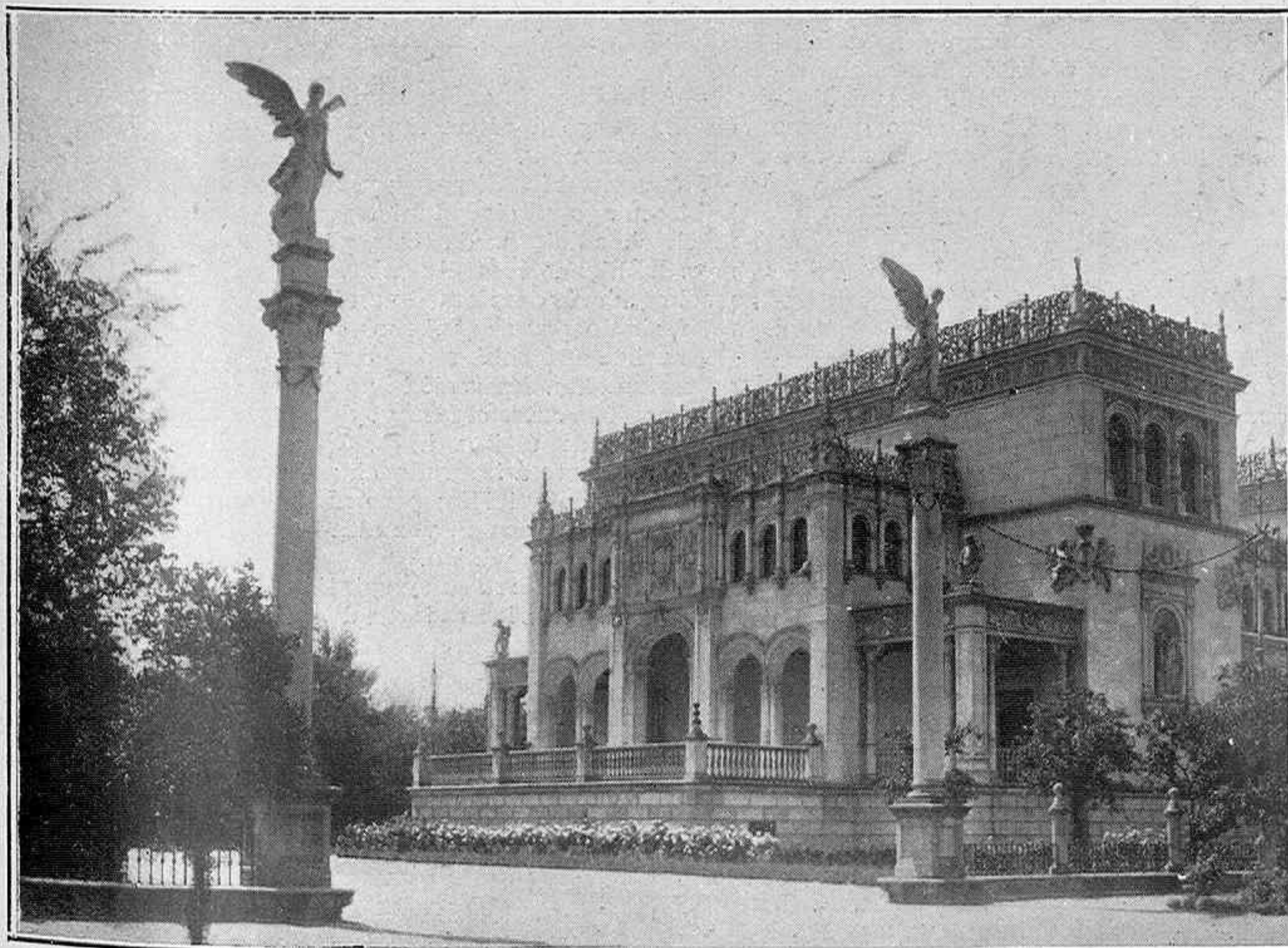
Y de igual modo cada país americano ha contribuido al magno Certamen aportando todas las muestras de su vigor y pujanza. Ellos pueden decir satisfechos á la Madre: Henos aquí dignos de tu gloria y de tu nombre; henos en tus brazos amorosos, ricos por la grandeza de tu ejemplo y con el fruto de la cristiana civilización con que nos amantaste. Y orgullosos de haber nacido á la luz de tu verdad y de tus sabias y humanitarias leyes.

Puede decirse, pues, que la Exposición Iberoamericana es como el más elocuente exponente de la Raza, el libro donde está contenido el galardón más preclaro de su rancia ejecutoria.

A él deben de venir á leer todos: los propios para el más cábalo conocimiento de ellos mismos, para adquirir una mayor confianza en la seguridad de un glorioso futuro y para con mayor tesón adelantarse hacia el norte esplendoroso que marca su destino; y los extraños para que les hagan la justicia de admirar y alabar las virtudes que los avaloran.

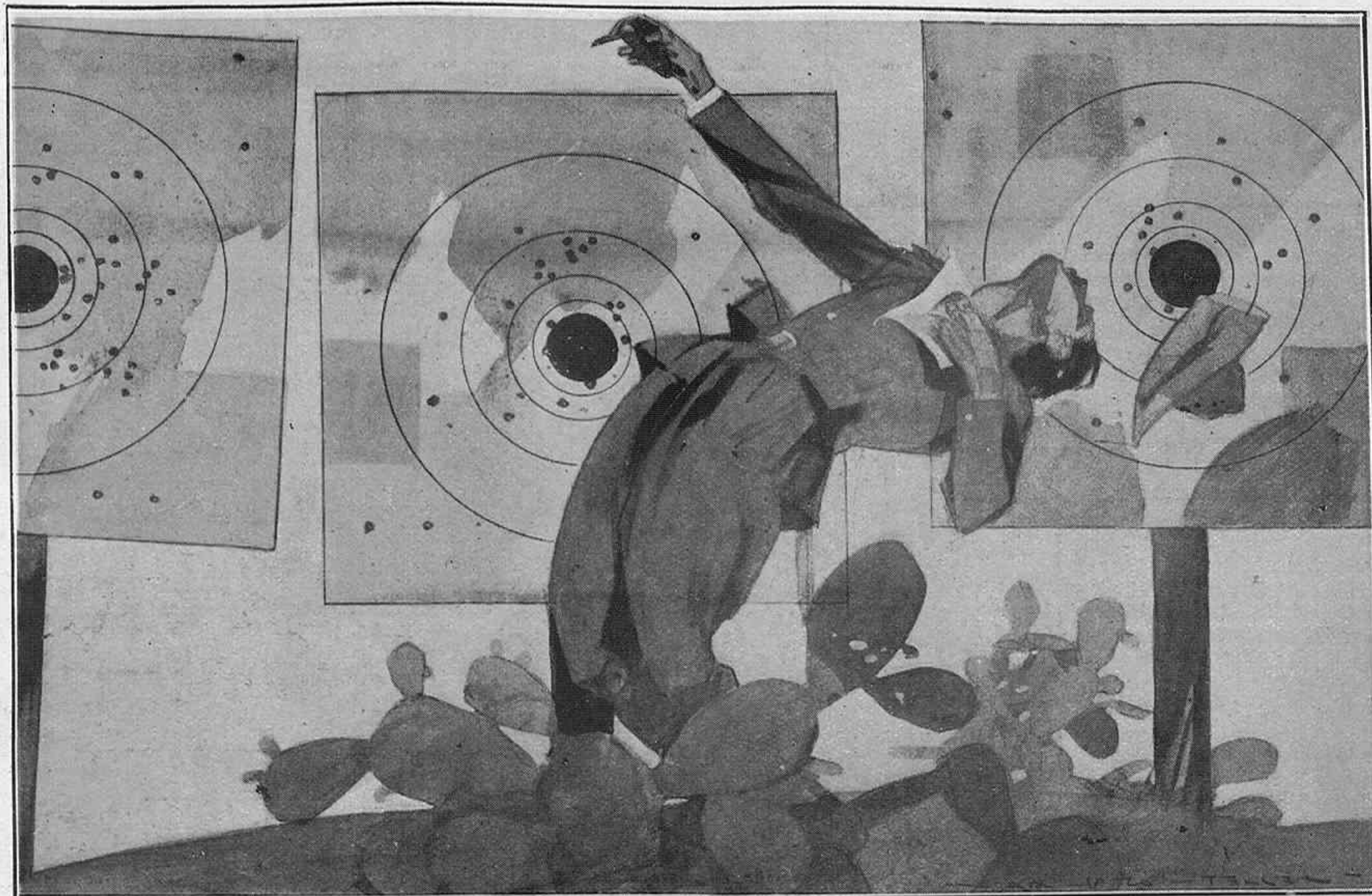
Por todo ello, el maravilloso Certamen que se celebra en Sevilla tiene el sentido pedagógico á que en un principio aludimos, de cuyas enseñanzas podremos recoger todos las más saludables experiencias.

Experiencias que en el porvenir han de producir los más apreciables frutos para bien de la Raza y gloria de la Humanidad.



Palacio de Bellas Artes en la Exposición de Sevilla

J. MUÑOZ SAN ROMÁN



EL HEROÍSMO, MAESTRO

ENRIQUE Guijarro fué al servicio de las armas sin estímulo y sin plan definido para el futuro. A los veinte años no es corriente que se hayan padecido dolores hondos. Y el dolor es el gran maestro humano, el gran orientador.

Enrique Guijarro pertenecía á una humilde familia granadina de muy sanas costumbres. A duras penas, salvando dificultades económicas, el chico pudo hacerse bachiller y luego ingresó en la Normal; llegó á hombre con una cultura muy superior á la del ambiente en que había nacido; pero con ese principio de rebeldía característica en la primera juventud.

El padre de Enrique era encargado de un antiguo café de la ciudad; único empleo que se le conoció desde sus mocedades, y que desempeñaba á los cincuenta años con la misma dedicación y fidelidad que á los veinte. La madre, una bendita mujer cuyos exiguos anhelos quedaron satisfechos al matrimoniar, no pensaba que podía haber vida mejor que la suya.

Enrique, unigénito de este honrado y bien avenido matrimonio, aun adorando á sus padres, ahogábase en su casa, creyéndose digno de un más lucido porvenir que el que se le brindaba. Cuando terminó el magisterio, el padre le indicó el camino prudente; nada de abandonar los lares, como el niño apuntaba sin atreverse á declarar sus propósitos; lo más indicado era conseguir alguna escuela del Municipio, buscar unas leccioncitas particulares y, cuando pasase «el mal tiempo del cuartel», á casarse como Dios manda, y á vivir, á trabajar.

Tales proyectos hallaban eco agradable en el sencillo corazón de la madrecita, que se sentía orgullosa de su vástago; mas éste protestaba sordamente contra los paternales consejos, aunque los acatase de momento. Tan violenta situación aflojó la voluntad de

Enrique, y á la edad en que las energías se multiplican, y por cada fracaso que apaga una esperanza, surgen cien llamaradas milagrosas de ilusión, el muchacho se creía de más en la vida, aherrojado en la cárcel de sus más santos amo-

res, sin derecho á pedir nada y falto de ánimo para emprender una ruta monótona, larga y estéril.

Al cabo, si no de muy buen grado, transigió con su modestia; pero fué peor entonces. El limitado porvenir que cariñosamente le había sido impuesto debilitóle con la voluntad los entusiasmos, y nada en la vida le pareció ya útil ni merecedor de sacrificio. Sus ansias infinitas de actividades remuneradoras quedaron reducidas á una indiferencia de viejo prematuro que amenazaba invalidarle aun para el desempeño de su profesión.

En tales circunstancias, entró en quintas y fué destinado á Africa. La inopinada «desgracia» conturbó á los ingenuos padres, quienes con lágrimas y abrazos despidieron al hijo, y dedicáronse desde entonces á pedir al cielo que les guardase aquella vida preciosa, para ellos la única razón de existir.

•••••

El primer día que Enrique formó para instrucción en el campamento de Tetuán, frente á la carretera de Tánger, presencié el desfile solemne de varios cadáveres, que envueltos en banderas eran conducidos en arzones de artillería desde el campo á la ciudad.

El muchacho pensó que aquellos héroes de España habrían dado por ella la vida soñando con la gloria.

Sin admirar la gallardía del heroísmo, se burló de aquel loco empeño frustrado. «Mañana—reflexionó—los nombres de estos bravos oficiales y sus retratos aparecerán en las planas principales de los periódicos; en la Península se hablará de estos hombres ejemplares; se comentarán sus rasgos, se relatarán los hechos famosos en que hallaron muerte. Mas todo pasará, y el tiempo borrará hasta la sombra de su prestigio. Menos mal que terminaron sus esfuerzos y la Parca les ha acogido piadosamente; después de todo, este es el premio mejor. No vale la pena ser héroe.»

No pasaron muchos días sin que tocase al pelotón de reclutas en que formaba Enrique Guijarro ir al campo de tiro. Se hacían esta clase

de ejercicios en una de las vertientes de los Dersas más próximas á Tetuán. La mañana era fría, pero despejada y luminosa; con esa luminosidad pródiga de la blanca ciudad mora.

Cerca de la primera torreta, en la comba sefiera de una loma, hizo alto el pelotón. Destacáronse varios soldados con los blancos y corrieron hacia la vaguada para ganar la contravertiente y en ella fijar los cuadros llenos de parches y de círculos concéntricos.

Pronto quedaron instalados los blancos y los reclutas que habían ido á colocarlos retornaron á sus puestos. Con la celeridad propia de estos ejercicios militares que deben repetir todos los soldados por tandas, avanzaron los cinco primeros tiradores.

—A los blancos que se divisan... Cinco cartuchos... Fuego á discreción...—ordenó el oficial con recias voces.

Sonaron varios disparos; pero antes de que se hubiesen agotado las municiones prevenidas, los muchachos dejaron de tirar, paralizados de horror. El blanco central acababa de ser abatido, y sobre él caía desplomado un hombre, un recluta, fusilado por sus mismos camaradas.

El triste acaecimiento se comentó en la plaza precariamente. Apareció la noticia en la Prensa; pero perdida entre el farrago de telegramas y telefonemas de última hora. Unos atribuyeron aquella muerte á imprudencia; otros creían que se trataba de suicidio; pero nadie se atrevió á afirmar—al menos en voz alta—que la víctima lo había sido de pánico.

Enrique Guijarro se arrepintió de cuanto había pensado la primera tarde de instrucción, presenciando el desfile de cadáveres que traían del campo.

No; no era lo mismo morir soñando con la gloria, esperándolo y amándolo todo, que morir tras un blanco de ejercicios, sin ilusión, sin trascendencia, sin eficacia moral, sin eco...

JOSÉ Y MANUEL PRADOS LOPEZ

(Dibujo de Aristo Téllez)

E S P A Ñ A P I N T O R E S C A



Albarracín (Teruel).—Calle del Chorro

(Fot. López Segura)



«Retrato del Rey Felipe IV», cuadro de Velázquez,
que se conserva en nuestro Museo del Prado

COMO SE CAZA EL ELEFANTE

UNO de los animales que más excitan la curiosidad pública en los parques zoológicos, y cuyas habilidades en los circos sorprenden más, por considerarse más difíciles de conseguir, es el elefante. Objeto de culto en algunas regiones de la India, es, además, en otras muchas utilísimo al hombre, por sus servicios primero, y sus productos después.

En estado salvaje es un animal pacífico que sólo se defiende cuando, acosado, no tiene posibilidad de huir.

Los naturalistas que han estudiado directamente á estos proboscidios, han deshecho la creencia, natural dado el aspecto de los animales, de que éstos son torpes y pesados; por el contrario, dicen que son ágiles é inteligentes.

Viven en los bosques; se sumergen gustosos en el agua, que buscan con avidez, y se revuelcan también en las arenas, formando á veces en ellas, con los colmillos, enormes huecos, donde se ocultan casi totalmente.

Los antiguos, desde Darío para combatir contra Alejandro, los usaron en la guerra.

Los romanos los emplearon ya en las luchas circenses, y hubo entonces ya amaestradores de elefantes que les enseñaban á conocer las letras, á subir y bajar por unas escaleras, á llevar entre cuatro unas angarillas cuando uno se fingía muerto, á bailar y á comer limpiamente en una espléndida mesa.

No han logrado mucho más los amaestradores modernos; pero aun con eso sólo producen el

asombro de las gentes y constituyen un buen número de circo.

Habitualmente, sus labores, que el hombre utiliza, son más modestas. Se los emplea como animales de transporte, y para ello es necesario cazarlos en estado salvaje y reducirles á la domesticidad.

Tennent ha descrito una de esas pintorescas cacerías en la forma siguiente.

Elígese para esta cacería la época en que los campos de arroz no pueden deteriorarse tanto;

el pueblo, independientemente de la distracción que le ofrece la cacería, tiene el mayor interés en que disminuya el número de elefantes, pues destruyen los jardines y los campos; y los sacerdotes promueven también la persecución contra estos animales, porque devoran las hojas de un árbol sagrado, sin contar que les gusta tener elefantes para el servicio de los templos. Los magnates cifran su orgullo en que se vea el número de sus servidores y se reconocan las cualidades de los animales domesticados que prestan para la cacería; y muchos campesinos encuentran trabajo para varias semanas, pues deben clavar estacas, abrir senderos á través de los juncales y auxiliar á los ojeadores.

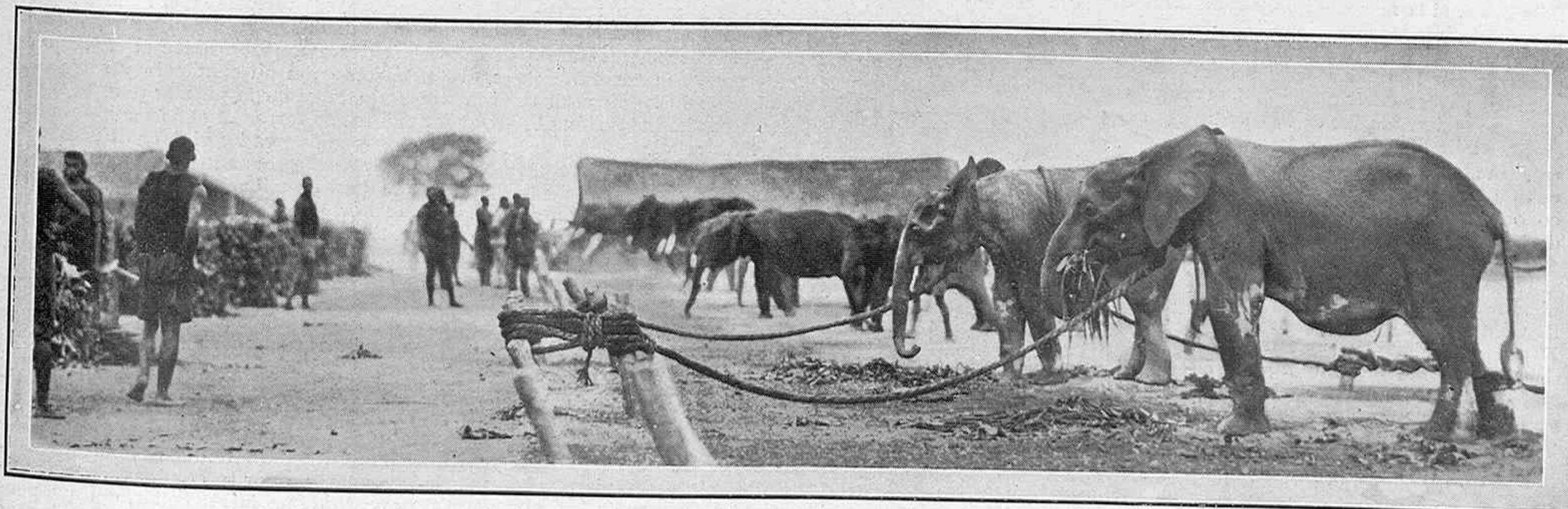
Para terreno de caza se elige un lugar próximo á uno de los caminos más frecuentados por los elefantes, y, necesariamente, próximo á una corriente, para que los animales puedan beber cuando se los atrae, ó bañarse y

refrescarse cuando se les doma. Al construir el corral, se cuida de no destruir los árboles y ramaje que hay en el interior del recinto, particularmente por el lado de la entrada, porque es indispensable que quede bien oculta.

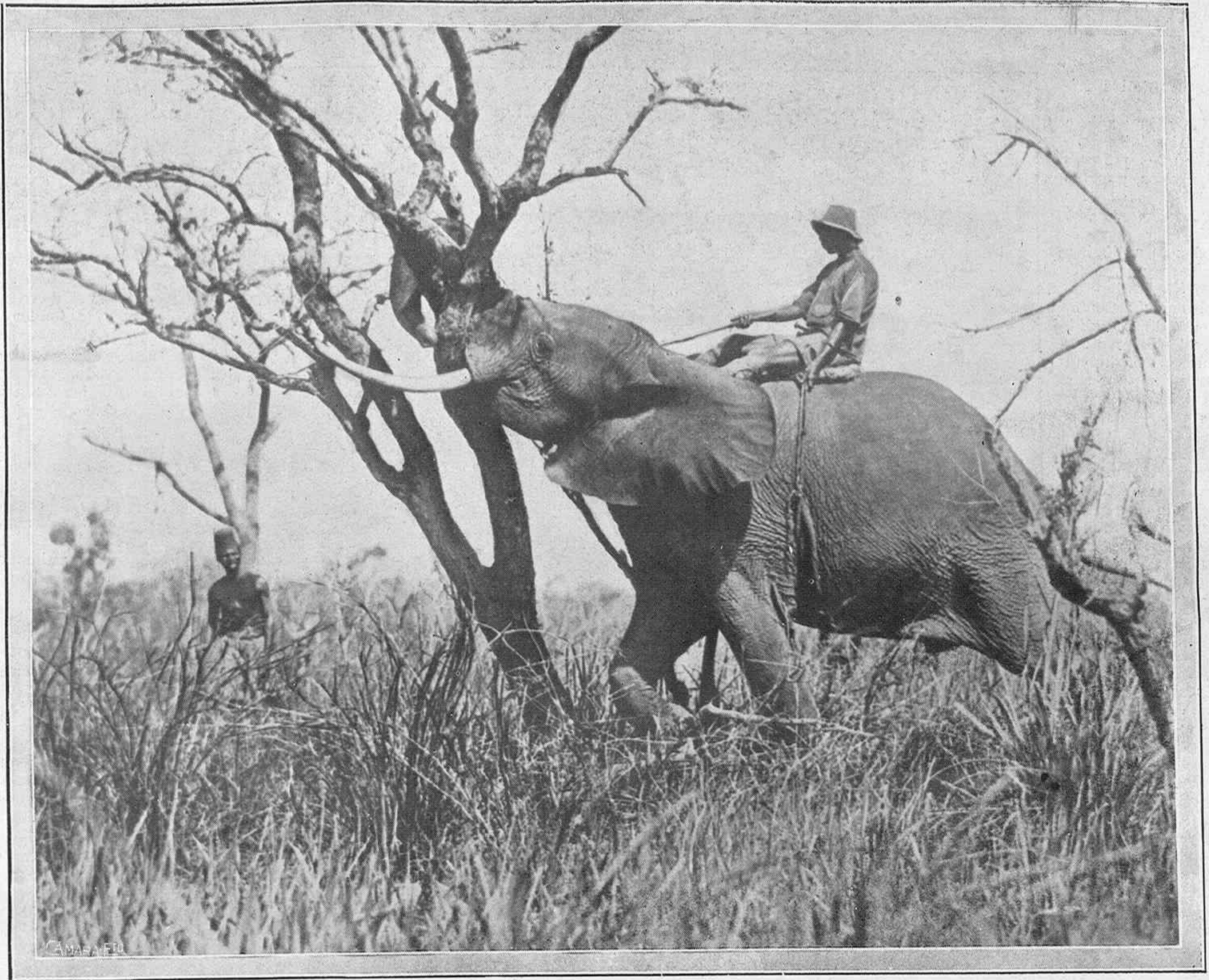
Las estacas que se utilizan tienen 20 ó 25 centímetros de grueso; se clavan en tierra de modo que queden enterradas un metro y sobresalgan 4,05 metros; el espacio entre cada dos estacas debe ser bastante grande para que pueda pasar un hombre, y entre ellas se entrelazan lianas y



Varios millares de teclas de piano. O lo que es lo mismo: dos soberbios colmillos de un elefante recién cazado



Un grupo de elefantes, fuertemente enlazados, sujetos á las estacas donde se les amarra después de cazados



Un magnífico ejemplar, montado por un audaz cazador á poco de la captura

bambúes, dando más solidez al conjunto con una especie de botareles ó estribos. El recinto de que hablo tenía unos 150 metros de largo por 75 de ancho; en un extremo se había practicado una abertura, que podía cerrarse inmediatamente con unas vigas, y á los extremos, por donde podían llegar los elefantes, partían dos cercas con paredes construidas como la del recinto, y cuidadosamente ocultas por los árboles y las hojas. Así, si la manada no entraba directamente en el recinto y se desviaba á derecha ó izquierda, encontraba un obstáculo que la obligaba á penetrar por la puerta ya descrita.

Inútil parece decir que, por fuerte que sea, la cerca no resiste al peso de un elefante que se precipita violento contra ella; y cuando esto ocurre, puede escaparse toda la manada. Pero se cuenta con la timidez de los animales, que no conocen su fuerza, y con la audacia y habilidad de los cazadores.

Cuando el recinto está terminado, comienza el trabajo de los ojeadores, que á veces, para que el número de elefantes capturados sea mayor, llegan á formar un círculo de muchos kilómetros. Deben proceder con gran cautela y prudencia, cuidando, sobre todo, de no inquietar á los animales, á fin de evitar que huyan en direcciones opuestas á la que deben seguir. Estos pacíficos paquidermos no desean más que pacer con tranquilidad, y teniendo en cuenta que se alejan apenas se les inquieta, no se les debe molestar sino lo preciso para que sigan la dirección apetecida. De este modo se consigue reunir varias manadas y ahuyentarlas de día en día hacia el recinto cercado. Si se inquietan ó manifiestan agitación, se

recurre á otros medios más violentos para impedir que se escapen.

Alrededor del sitio que ocupan se encienden de trecho en trecho hogueras, que se alimentan día y noche; se abren los senderos á través de los juncuales para establecer la comunicación en toda la línea, y los jefes vigilan sin cesar, para que cada uno permanezca en su puesto, pues un descuido en cualquier punto puede ser causa de que la manada se escape, inutilizándose así el trabajo de varias semanas. Por lo mismo, se procura burlar las tentativas que hacen los elefantes para retroceder, y al efecto se reúne bastante gente en el sitio por donde parece que tratan de pasar. Por fin tocan en el cercado las dos alas de los ojeadores; su línea ocupa la extensión de una legua, y sólo esperan ya la señal.

En todos estos preparativos se emplearon más de dos meses, y estaban ya terminados cuando llegamos á tomar asiento en el estrado donde podíamos ver la entrada del corral. Cerca de nosotros, y á la sombra, había un grupo de elefantes domesticados, que los príncipes y sacerdotes habían mandado para contribuir á la captura de los salvajes. Ocultas en los juncos, y junto á la cerca, veíanse tres manadas distintas, que representaban un total de 40 ó 50 elefantes. Estaba prohibido hacer ruido alguno; sólo se hablaba en voz baja, y el silencio de los ojeadores era tal, que se oía el leve rumor producido por un elefante al arrancar una hoja.

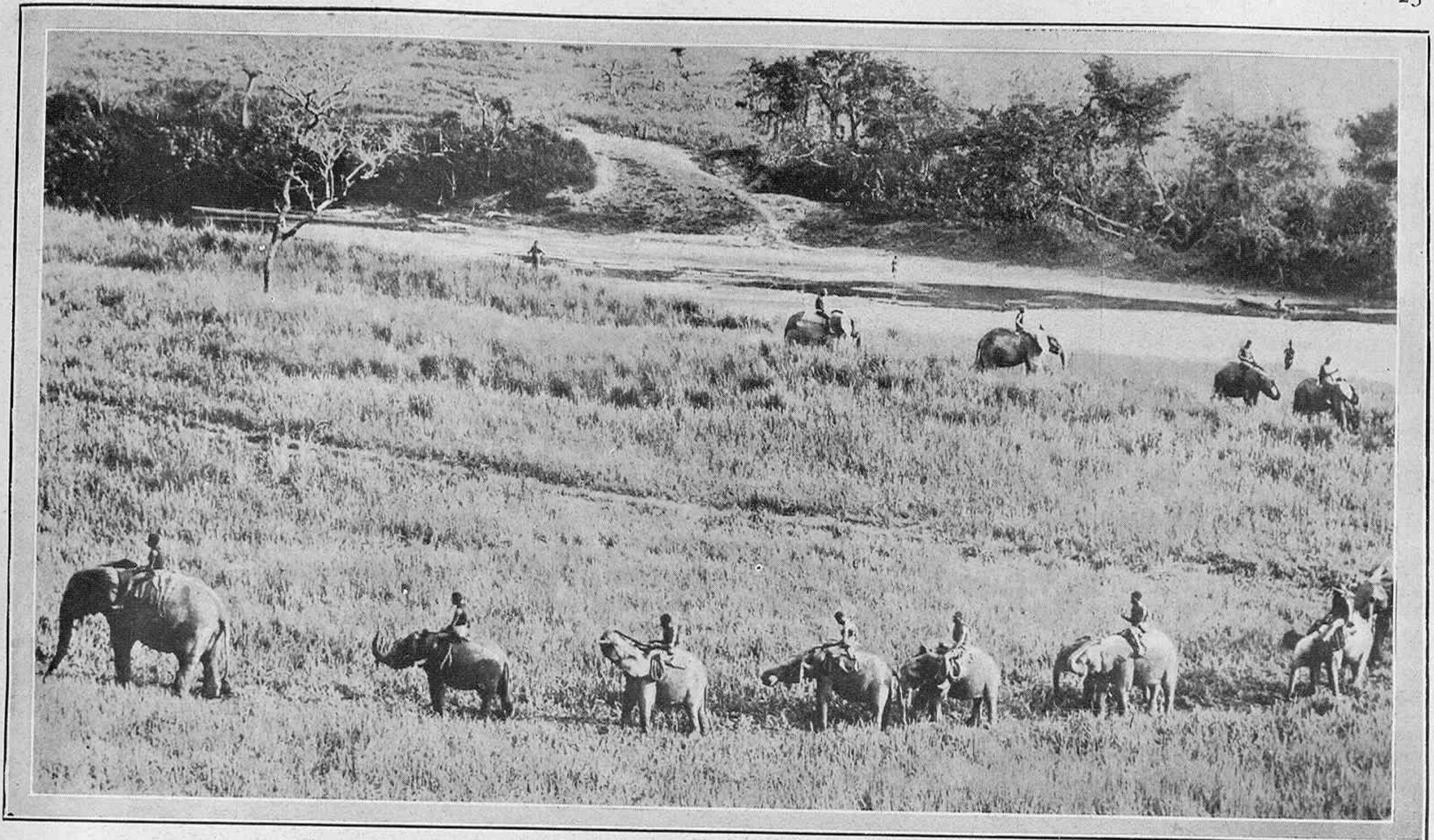
De repente se dió la señal, é interrumpieron el silencio del bosque los gritos de los centinelas, el redoble de los tambores y las detonaciones de las armas de fuego. El ruido comenzó en el pun-

to más lejano, de modo que ahuyentase á los elefantes hacia el cercado; los ojeadores habían permanecido silenciosos hasta que pasó la manada, y entonces se unieron sus gritos á los otros; aumentábase el estrépito á cada instante; los elefantes trataron varias veces de romper la línea; pero fueron rechazados siempre por atronadores gritos, redobles de tambor y pistoletazos.

Presentóse el guía en la entrada; se detuvo un momento para mirar á su alrededor, y, bajando luego la cabeza, se precipitó en el recinto seguido de toda la manada.

Los elefantes avanzaron hasta el extremo del recinto, encontraron un obstáculo y retrocedieron, tratando de ganar la puerta; pero la encontraron cerrada. El terror llegó á su colmo; corrieron alrededor del cercado; el fuego les rodeaba por todas partes, y cuando se acercaban á la empalizada para derribarla, los cazadores, agitando sus antorchas y haciendo disparos, los ahuyentaban. Al cabo, desalentados, tras de inútiles tentativas, se reunieron en el centro del recinto, íntimamente agrupados.

Al amanecer, todo estaba tranquilo, y en el centro del recinto, una manada de ocho elefantes, y uno solitario que permanecía separado de ella. Entonces se dió orden para que entrasen en el local los elefantes domésticos, á fin de apoderarse de los cautivos; se quitaron con precaución las vigas que cerraban la puerta, y entraron silenciosamente dos individuos domesticados, montados cada uno por su conductor y un ayudante, provisto de un fuerte collar, del que pendían dos cuerdas de piel de antilope, terminadas por nudo corredizo. Al mismo tiempo, y oculto



La manada de elefantes domesticados en marcha hacia el cercado donde se reunirán los que van a cazarse

por ellos, deslizo en el recinto el jefe de los cazadores de elefantes, deseoso de tener la gloria de apoderarse del primer animal. Era un hombre pequeño, vivaz, de unos sesenta y dos años de edad, y que había recibido en otras ocasiones dos medallas de plata, como recompensa honorífica por sus servicios; acompañábale su hijo, tan célebre como él por su valor y destreza.

Empleáronse en aquella cacería diez elefantes domesticados: dos pertenecían a un templo vecino; cuatro eran propiedad de los príncipes de las inmediaciones, y los otros procedían de las cuadras del gobierno; dos de estos últimos fueron los que penetraron en el corral

Uno de ellos, llamado *Siribeddi*, tenía cincuenta años, y era notable por su docilidad e inteligencia. Avanzó por el cercado lenta e indiferentemente, dirigiéndose con tranquilidad hacia los cautivos. Los elefantes salvajes salieron a su encuentro. El guía avanzó más, le acarició con la trompa y volvió a su puesto.

Siguió *Siribeddi* lentamente, y se colocó junto a él de tal manera, que el viejo cazador se pudo deslizar entre sus piernas, en una de las patas posteriores del animal salvaje. Este observó el peligro, sacudió la cuerda y se volvió contra el hombre, que hubiese pagado cara su acción si *Siribeddi* no le hubiera protegido rechazando con su trompa al agresor.

Los elefantes for-

maron entonces un círculo con las cabezas hacia el centro: dos de los domesticados se deslizaron atrevidamente entre ellos, colocándose cada uno a un lado del mayor; éste no hizo resistencia; pero manifestó su disgusto levantando a cada instante una pata y después la otra. El cazador aprovechó el momento en que levantaba la posterior para colocar en ella el nudo corredizo, oprimiéndolo y se retiró rápidamente. Los elefantes domesticados se alejaron también; *Siribeddi* tendió la cuerda en toda su extensión, y mientras de este modo separaba al cautivo de su manada, el otro elefante domesticado se colocaba entre ambos para cerrar el paso.

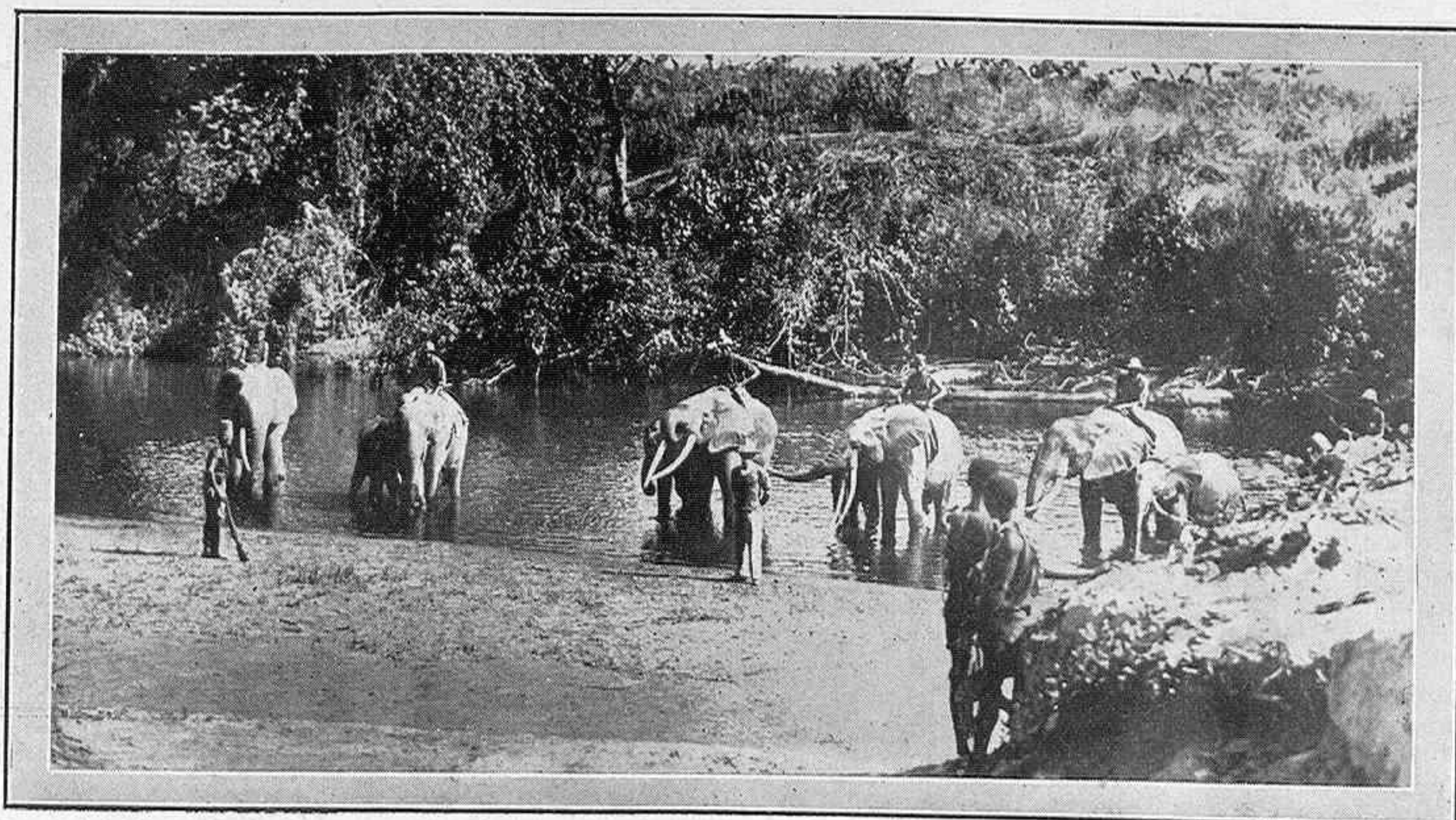
Tratábase de atar al aprisionado a un árbol; pero era necesario obligarle a recorrer una distancia de 20 metros, lo cual no pudo hacerse sin

que resistiera enérgicamente. Rugía ruidosamente y pisoteaba los arbolillos como si fueran cañas; pero *Siribeddi*, que tiraba siempre, logró pasar la cuerda alrededor de un tronco, avanzando con mucha precaución, a fin de conseguir su objeto. Para esto era necesario pasar entre el tronco y el animal, sujetando a éste, lo que parecía imposible; el segundo elefante acercóse para ayudar; empujó al cautivo mientras *Siribeddi* tiraba de la cuerda, y el proboscidio quedó, al fin, junto al tronco del árbol, donde le sujetó el cazador. Se le pasó un segundo lazo por la otra pata posterior, para sujetarle al mismo árbol, y después se le ataron las dos patas, con cuerdas engrasadas, para evitar las heridas y la supuración.

Después, el cazador ató igualmente las dos patas anteriores, y se retiró luego seguido de los dos elefantes domesticados.

Cuando el preso se vió sólo, trató de librarse para volver con sus compañeros; procuró deshacer los nudos con la trompa; tiraba hacia atrás para deshacer las ligaduras anteriores, y hacia adelante para romper las posteriores; mugió terriblemente y apretaba la trompa contra el suelo, como si quisiera hundirle.

Por fin, perdida toda esperanza, se mantuvo inmóvil, imágen perfecta del aniquilamiento y la desesperación.



Los paquidermos domesticados bebiendo en una pequeña laguna

(Fots. Vidal)

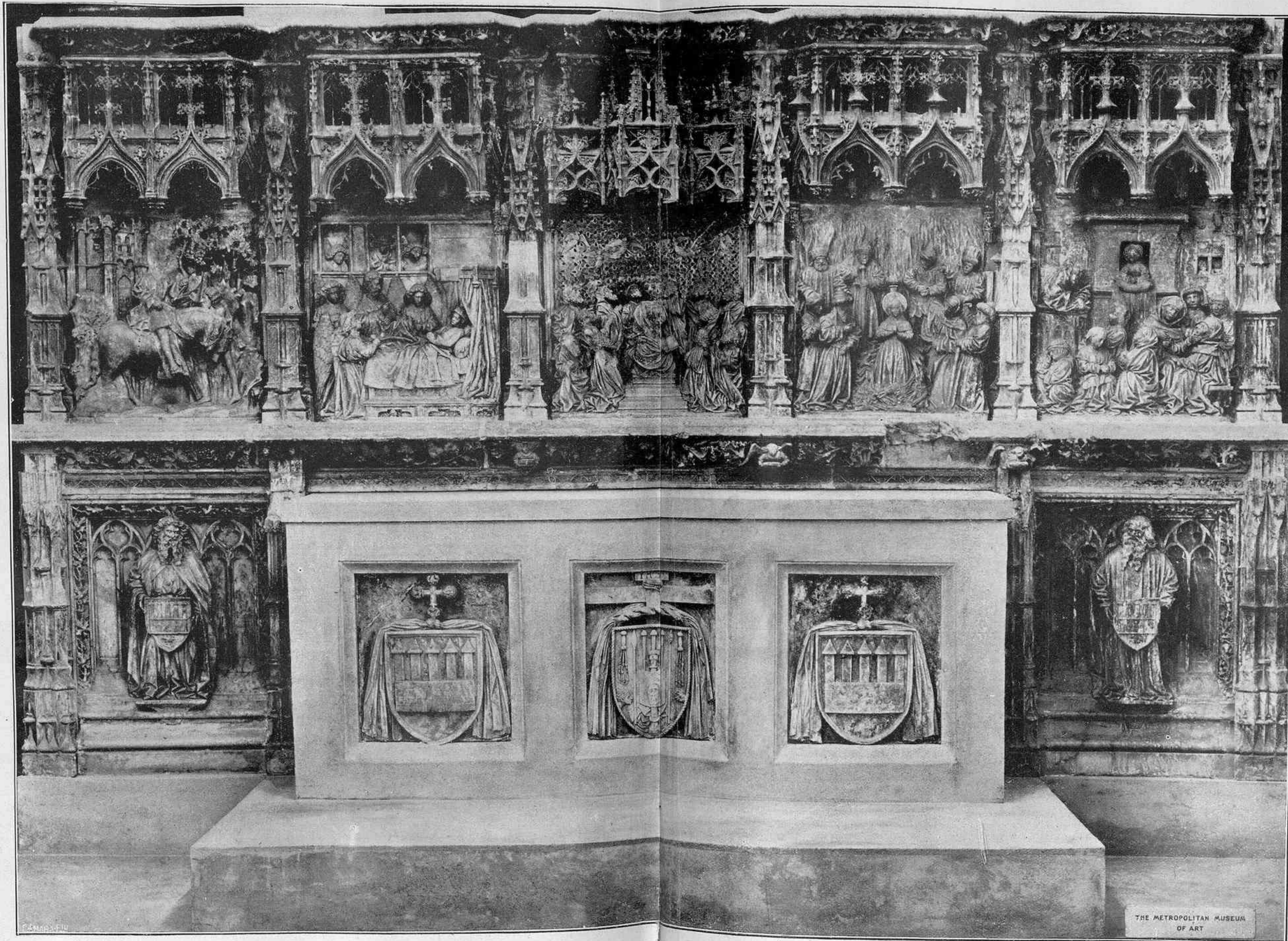
S. H.

ESPAÑA EN NUEVA YORK

Mucho se ha hablado de los tesoros artísticos que España ha perdido, y que actualmente se hallan catalogados en los principales museos de Europa; pero muy poco se conoce de las grandes adquisiciones llevadas a cabo por los museos de los Estados Unidos, especialmente por los de Nueva York, Filadelfia, Boston, Chicago y San Francisco de California. Ciertamente es que todavía no pueden rivalizar con los de París, Berlín, Londres y Petrogrado, en cuanto a obras maravillosas, porque los siglos, a su paso, las han dejado en tierras de Europa; pero los fondos que esos museos poseen y aumentan les facilita el deseo de adquirir lo que está en venta, y los que tienen un cuadro, una escultura, un libro antiguo ó un tapiz, lo ofrecen á las instituciones artísticas de los Estados Unidos. El Museo Metropolitano de Nueva York entrará en posesión, dentro de dos años, de un capital de cuarenta millones de dólares, legado por el fundador de *The Sun*, y anualmente son muchos los que contribuyen con su generosidad al aumento de ese fondo, que se convierte en riqueza artística traída de todas partes.

Ciñéndonos á las obras de arte español acumuladas en los salones del Museo Metropolitano de Nueva York, podemos afirmar, con citas y datos muy curiosos, algunos casi inverosímiles, que nuestro legado artístico secular, á pesar de acertadas disposiciones y de patrióticos esfuerzos, se está trasladando con rapidez vertiginosa á este país; y ya en subastas en las galerías de la Quinta Avenida, ya comprado por los museos, es un doloroso hecho histórico que quien quiere vender, vende, porque hay siempre quien paga el arte á peso de oro. Podrá ser un peso todo lo vil y deleznable que se quiera, teóricamente; pero en la práctica se juzga de manera muy distinta.

Hoy nos limitaremos á mostrar á nuestros lectores una de las joyas de la escultura española de principios del siglo XV: un preciosísimo altar de alabastro, de tono rosáceo, ejecutado por Juan de Vallfogona, muerto en 1447. Otros ejemplares pueden señalarse de altares como este que nos ocupa, tallados en madera; pero son muy pocos, tal vez ninguno, los que pueden compararse con este prodigio de elegancia, de finura, de delicadeza, de perfección y de nimios detalles, de piedra, que, por encargo del



Altar de alabastro esculpido por Juan de Vallfogona, por encargo del arzobispo de Zaragoza, Dalmáu de Mur, y que hoy figura en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York

LA RIQUEZA ARTÍSTICA QUE SE VA

arzobispo de Tarragona y de Zaragoza, D. Dalmáu de Mur, esculpió el artista catalán.

Los cuadros que forman el primer piso del altar representan, de izquierda á derecha, San Martín de Tours partiendo su capa con un mendigo, aparición de Jesús á San Martín, Venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, martirio de Santa Tecla, y Santa Tecla escuchando la predicación de San Pablo, en Tarragona. En el centro de la mesa se ven emblemas de la Pasión, y á ambos lados, el escudo de armas del famoso arzobispo D. Dalmáu de Mur. Debajo de los cuadros primero y quinto están San Pedro y San Pablo, respectivamente, sosteniendo el escudo del prelado.

Acercándose á contemplar este altar, de tan extraordinaria riqueza y perfección, se nota la mano destructora del hombre rompiendo cabezas, destruyendo capiteles y ultrajando porque si esos delicados primores que hizo surgir del transparente alabastro el cincel de Juan de Vallfogona. No es, sin embargo, de las obras más destruidas, como puede verse por la fotografía. Probablemente, al ser retirado de la capilla en donde permaneció por espacio de varios siglos, se rompieron algunos de los calados más finos, restaurados con cuidado y paciente labor; pero aun así es grande el daño que ha recibido esta filigrana de piedra.

¿Cómo vino á parar al Museo Metropolitano de Arte de Nueva York esta joya del arte español? La placa puesta al pie del altar dice que es un regalo hecho por Pierpont Morgan.

A realzar la belleza del altar, dedicado probablemente al Espíritu Santo, contribuye un gran tapiz de terciopelo rojo y verde colocado en la parte posterior. En el centro se ve un escudo circular bordado en oro, coronado por la tiara pontificia, y en letras de plata esta inscripción: «Alejandro VII P. M. Anno Quarto».

La riqueza del tapiz del Pontífice está en proporción con la belleza del altar del arzobispo, y ambos tesoros demuestran que si de España salen obras que pertenecen á la herencia gloriosa del arte de ayer, también de Italia, con ser la *Magna Parens Artium*, se envían á este país, para esplendor y mérito de sus museos, valiosas obras de arte, á cambio de lo que estos museos pueden dar.

MARCIAL ROSELL

Nueva York, Octubre 1929.



La Puerta del Sol de Madrid, en el siglo XVIII, cuadro de Paret y Alcázar

DUMAS EN ESPAÑA

CÓMO SE VIAJABA HACE OCHENTA AÑOS

UNA importante casa editorial ha publicado nuevamente el *Viaje por España*, de Alejandro Dumas: un centenar de páginas vibrantes en que, á través de la fantasía del autor de *Los tres mosqueteros*, hay datos de interés y en el fondo, el reflejo exacto de una parte de la vida española hacia mediados del siglo XIX.

Ni la España ni el Madrid de entonces eran la España ni el Madrid de hoy; sólo una cosa perdura: la pobreza del río madrileño, que arrancó á Dumas, hijo, muy mozo entonces, una gracia que su padre copió.

Fué en los toros; el autor de *Demi Monde*, emocionado por una cogida, pidió un vaso de agua, bebió sólo un sorbo y devolvió el vaso casi lleno, diciendo:

—Llévenselo al Manzanares, que le hará bien.

Por cierto que, contando aquella corrida á una dama, escribió Dumas, después de describir la muerte sucesiva, por un mismo toro, de tres caballos:

«Miré á mis compañeros; Boulanger estaba

pálido; Alejandro estaba verde; Maquet, como la linfa Bilis, literalmente se deshacía en agua. Si hubiera tenido un espejo, señora, podría decirle cómo estaba yo. Todo lo que puedo declarar es que estaba tan profundamente emocionado, que no experimentaba aquel disgusto que me habían presagiado, y que yo, que no puedo contemplar cómo una gallina muere á manos de un cocinero, no podía apartar mis ojos de aquel toro que había matado á tres caballos y herido á un hombre.»

Es la impresión del arte, sea cual fuere, sobre un artista: la emoción estética, que no acertaron á sentir las actrices francesas que no hace mucho tronaban contra las corridas de toros, sobreponiéndose al horror de la sangre y á la tragedia del dolor.

Claro es que la fantasía del viejo Dumas no podía faltar ni aun haciendo una descripción minuciosa y puntual de una fiesta de toros: en un momento de pánico ve á un grupo de toreros saltar al callejón, y lo describe:

«Llegados á la barrera, volaron por encima de ella; volar es la palabra, porque gracias á sus grandes capas azules, rosas ó verdes, parecían una bandada de pájaros con las alas abiertas.»

Es tanto más curiosa esa imagen, cuanto que en la descripción de la plaza de toros, la vieja, la que estuvo situada junto á la Puerta de Alcalá, Alejandro Dumas apenas si hace otra cosa que enumerar, sin errores notables, como no sea el de afirmar que á la barrera se la llama «olivo». El error del gran novelista queda explicado cuando Dumas repite la frase «tomar el olivo», que oyó cuando los toreros saltaban huyendo de su enemigo.

Y es curioso también que la imaginación de Alejandro Dumas, tan rica para crear imágenes de seres y escenas pretéritas, no tuviese la misma facultad para fingirle las del porvenir.

Hay en este punto una oposición absoluta entre el autor de *Los tres mosqueteros* y los novelistas más modernos á lo Julio Verne ó á lo Wells: éstos tienen una imaginación profética que,

sin embargo, es menos rica que la realidad: la de Dumas es, podríamos decir, histórica, si no en cuanto a los hechos reales, en cuanto a las figuras y a los ambientes.

Así, el gran novelista, al viajar por España de Irún a Madrid, se asombra de la rapidez de nuestros medios de locomoción, y ni siquiera piensa en la posibilidad de que esa rapidez fuese superada.

Para Dumas, a pesar de no haber encontrado en él los bandoleros que esperaba y eran, según la costumbre de la época, anunciados con terribles relaciones por los viajeros, aquel viaje en diligencia fué encantador:

«En suma—escribió a su amiga—: sin contar que la diligencia española es mucho más rápida que nuestra diligencia, la trinidad que la rige es infinitamente más amena que la dualidad de nuestro conductor y nuestro postillón.»

Si algún defecto le encontró, fué su excesiva velocidad.

«He aquí—añadía, después de describir lo pintoresco del paisaje y sus figuras—, he aquí los cuadros que aparecían ante nuestra vista, y que la rapidez de nuestro vehículo convertía en visión.»

Pero ya dijo don Hermógenes en *El café* que todo es relativo, y, en realidad, aquella diligencia en que Dumas vino de la frontera a Madrid era en su época un medio de viajar rapidísimo; le seguía en rapidez la galera, a que se llamaba acelerada, siempre dentro de la relatividad de la época, y entre ambos modos de locomoción había tal diferencia que el recorrido que la diligencia podía hacer en veinticuatro horas no empleaba menos de tres días la galera acelerada, que, además, era mucho más incómoda y fatigosa.

Los tres géneros de vehículos empleados en aquella época para viajar eran las sillas de posta, las diligencias y las galeras. La silla de posta, el más rápido y elegante, era costosísimo. Era, como su nombre indica, la encargada de llevar el correo, y en ella, aparte los funcionarios encargados de la correspondencia, que, naturalmente, viajaban gratis, sólo podían hacerlos gentes muy adineradas, y era el colmo de la distinción prescindir también de las sillas portadoras del correo y alquilarlas «a la orden» para el servicio de un particular determinado.

La diligencia, menos elegante y, en cambio, más económica, era, donde había establecido tal servicio, el carruaje de la clase media acomodada. Eran coches grandísimos, que aún ruedan por algunas carreteras; pero que rápidamente van cediendo el campo a los automóviles de línea; a



La Puerta del Sol, en la época en que fué visitada por los dos Dumas

Santiago de Galicia no llegan ya las diligencias que Pérez Luján pintó, cargadas de estudiantes, en *La Casa de la Troya*: hace ya mucho tiempo que fueron sustituidas por autobuses; pero en otras regiones aún perdura el coche clásico que, en definitiva, en cuanto a distribución, dió el modelo a los modernos ómnibus con motor.

Las diligencias, en efecto, estaban divididas en tres compartimientos: berlina, que era y sigue siendo el más elegante y costoso; interior, que venía a ser como la segunda clase actual, y rotonda, que era más barato. Aún había otros asientos más económicos: los de *coupé*, que no eran sino las banquetas que aún vemos, con el rótulo de «Imperial», encima del coche, en su parte anterior y delante de la *baca*, sitio destinado a los equipajes.

Los viajeros, aun no habiéndose desarrollado entonces, naturalmente, la afición a los viajes, que sólo se hacían por necesidad, necesitaban tomar sus billetes con anticipación, porque el número de asientos era limitado y muy reducido y los coches iban siempre llenos, haciéndose así imposible toda comodidad.

Sólo los viajeros de berlina viajaban relativamente cómodos. Los de interior y los de rotonda iban como prensados unos por otros y con una limitación de movimientos que hacían fatigosísimos los viajes.

Así y todo, aquellos carruajes resultaban deliciosos si se los compara con las galeras aceleradas, que no eran sino unos nmensos carromatos cubiertos por una lona, armada sobre arcos de madera, y que tenían por fondo unas enormes bolsas destinadas al transporte de equipajes, que, generalmente, desbordaban de ellas, y habían de ser atados a la zaga, cerrándose con ellas la entrada posterior del carro, y aun a los costados de la galera.

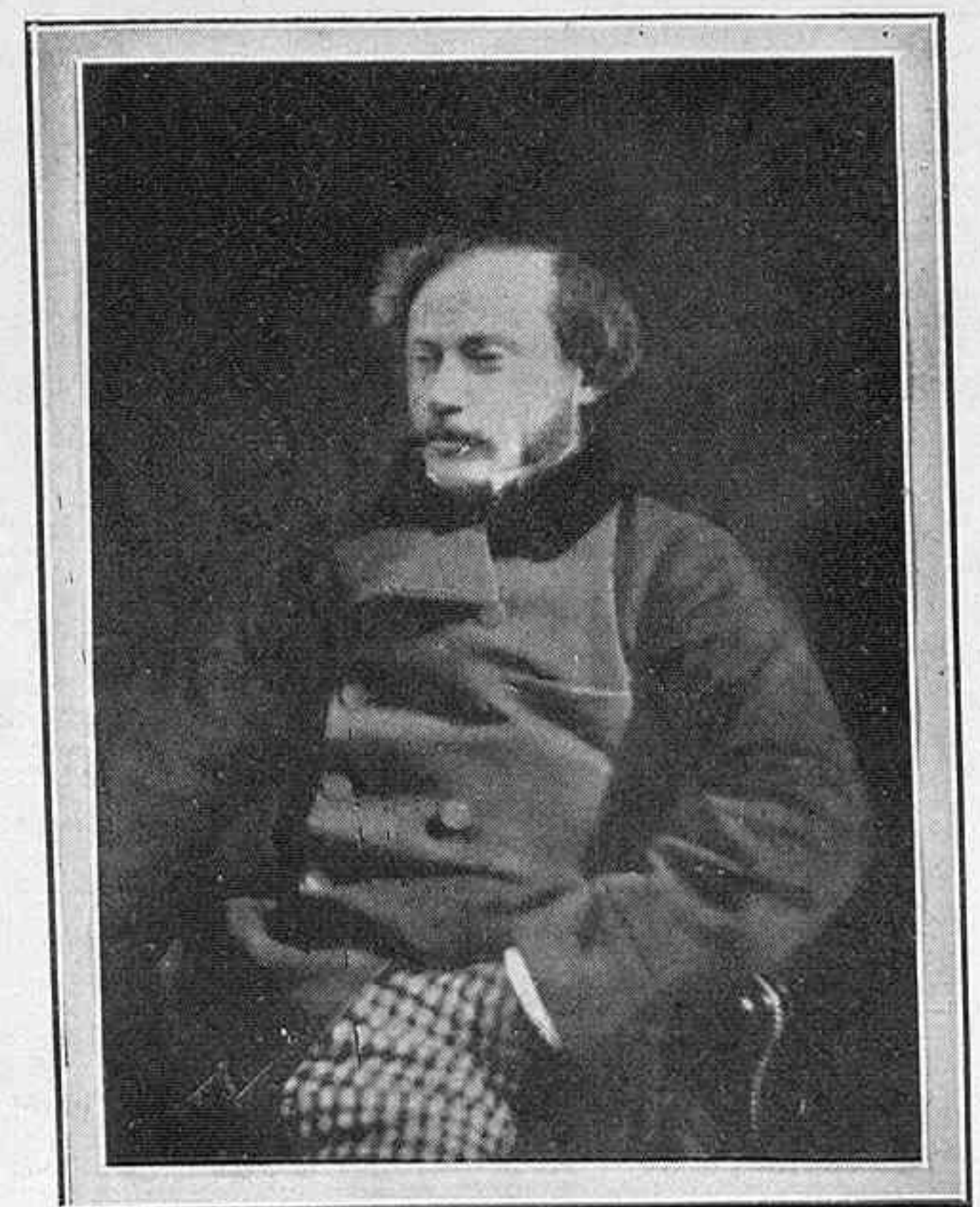
Los viajeros llevaban colchones, que colocaban sobre los equipajes, puestos en las bolsas, formando así el piso del vehículo sobre el cual se sentaban en dos filas fronterizas, y en tal forma, que las piernas de los viajeros de un lado habían de alternar con las del viajero colocado enfrente, resultando de ello una mayor incomodidad.

Se entraba a la galera por la parte anterior, cerrada ya la posterior por los bagajes, y entraban primero las señoras, inmediatamente acompañadas por sus padres y maridos, para ir a colocarse en el fondo, porque los hombres que viajaban solos solían descender del pesado y fatigoso vehículo con más frecuencia que las damas. Estas solían permanecer en la galera incluso cuando los efectos del mareo, que era frecuentísimo, se manifestaba de un modo demasiado ostensible.

Las varas curvas que sostenían el toldo sostenían, además, una parte de la impedimenta de los viajeros. De ellas colgaban las guitarras (sin las cuales no se concebía viaje alguno), las meriendas, las botas, casi pellejos, con vino y los botijos con agua. Aquellos viajeros estaban aún muy lejos de los coches-camas, de los coches-comedor y de los modernísimos *pullman*. Tan lejos, que ni siquiera una fantasía tan rica como la de Dumas podía soñar tales comodidades ni la rapidez no ya de nuestros grandes expresos, sino de aviones y dirigibles. Pero si releemos a Dumas, vemos que se ha perdido en color lo que se ganó en rapidez y comodidad.



ALEJANDRO DUMAS (padre)



ALEJANDRO DUMAS (hijo)

Handwritten text in a circular stamp, possibly a library or collection mark.

El viaje en diligencia, y más aún en galera, era extraordinariamente pintoresco.

Permitía ante todo la contemplación del paisaje, ahora punto menos que imposible; pero, además, tenía en sí mismo encantos particulares.

«Nuestro coche, en efecto—dice el novelista—, era arrastrado á veces por ocho, á veces por diez mulas, á las que comenzaba á crecer el pelo de invierno, rasuradas solamente por la parte superior, presentaban, vistas de arriba abajo, el aspecto de ratas gigantesas uncidas al carro de un hada.

Tres hombres agujoneaban aquellas mulas y dirigían el coche: el mayoral, el zagal y el sotacocho.

«El mayoral corresponde á nuestro conductor; el sotacocho, á nuestro postillón, y en cuanto al zagal, no tiene equivalente en ninguna lengua, y me atrevería á decir que no se estila en ningún otro país.

«El zagal no es un hombre; es un mono que sube y baja; es un demonio que atropella, un tigre que salta; no anda, corre; no habla, grita; no advierte, pega. El zagal está situado cerca del mayoral, en un pequeño estribo adaptado á la delantera del cupé; pero este sitio constituye un derecho, no un hecho. Jamás el zagal está en su asiento; continuamente salta, grita, gesticula. Todo lo utiliza para acuciar la andadura de las caballerías: piedras, látigo, palo. Lo que llega á decirlos en una hora enriquecería el repertorio anual del más blasfematorio de nuestros cocheros.

«Las mulas trotan y él trota; galopan y él galopa; se encabritan y él las sigue; se desbocan y él las adelanta y las detiene. Es el moscardón tenaz, la mosca del faetón; pero eficaz, con agujón terrible, insaciable, y con zumbido amenazante, como el rugido del león. Un coche sin zagal es una diligencia ordinaria; un coche con zagal es el águila en persecución de la nube, es el viento empujando al torbellino.»

¿El águila en persecución de la nube? ¿Qué diría Dumas ante un avión?

No faltará quien, con excesiva buena voluntad, vea en esa hipérbola tan de su hiperbólico autor un presentimiento como aquel del telégrafo que escribió Lope, diciendo:



La antítesis de la galera acelerada es la avioneta, tan grata á las «estrellas» del «cine»

*Con la rapidez del rayo
las noticias han venido.
¿Quién sabe si con el tiempo
vendrán con el rayo mismo!*

O aquel de Calderón anticipándose en tres siglos á la telegrafía sin hilos, con decir, antes de que Campoamor oyera

*En Cádiz repercutió
un beso dado en Cantón,*

aquellas palabras proféticas:

*Dicen que dos instrumentos,
conformemente acordados,
por los ecos dilatados
comunican sus acentos.
Tocan el uno y los vientos
hieren el otro sin que allí
nadie le toque...*

Pero sería demasiado atribuir á Dumas, que tenía una imaginación privilegiadamente brillante; pero no penetraba tanto como nuestros clásicos.

Su figura retórica, que tal vez pareciese á sus contemporáneos, y con mucha razón, el colmo de la hipérbola, ha sido, sin embargo, superada por la realidad, como tantas otras semejantes. Hoy un avión no sólo puede perseguir á la nube, sino que generalmente salta sobre ella y la ve romperse y luchar con otras en fragorosa tempestad, volando por cima de ella; y á tanto se ha llegado, desde la galera acelerada, en menos de un siglo.

El carromato, que el mismo Dumas consideraba como reminiscencia merovingia; la galera, la galera acelerada; la diligencia, que vive aún; la silla de posta, que tiene su homólogo en los autos de gran deporte, en cuanto individualizó los viajes; el ferrocarril, con todos sus progresos, desde el incómodo primitivo hasta los modernos *pulman*, todo confort y comodidad; y, finalmente, los dirigibles, *pulman* del aire, como las avionetas, son también sucesores de la silla de posta, y permiten viajes que hacen las delicias de las intrépidas *estrellas* de cine, siempre amigas de toda novedad...; la serie es larga, si la comparamos con el tiempo en que se ha dado.

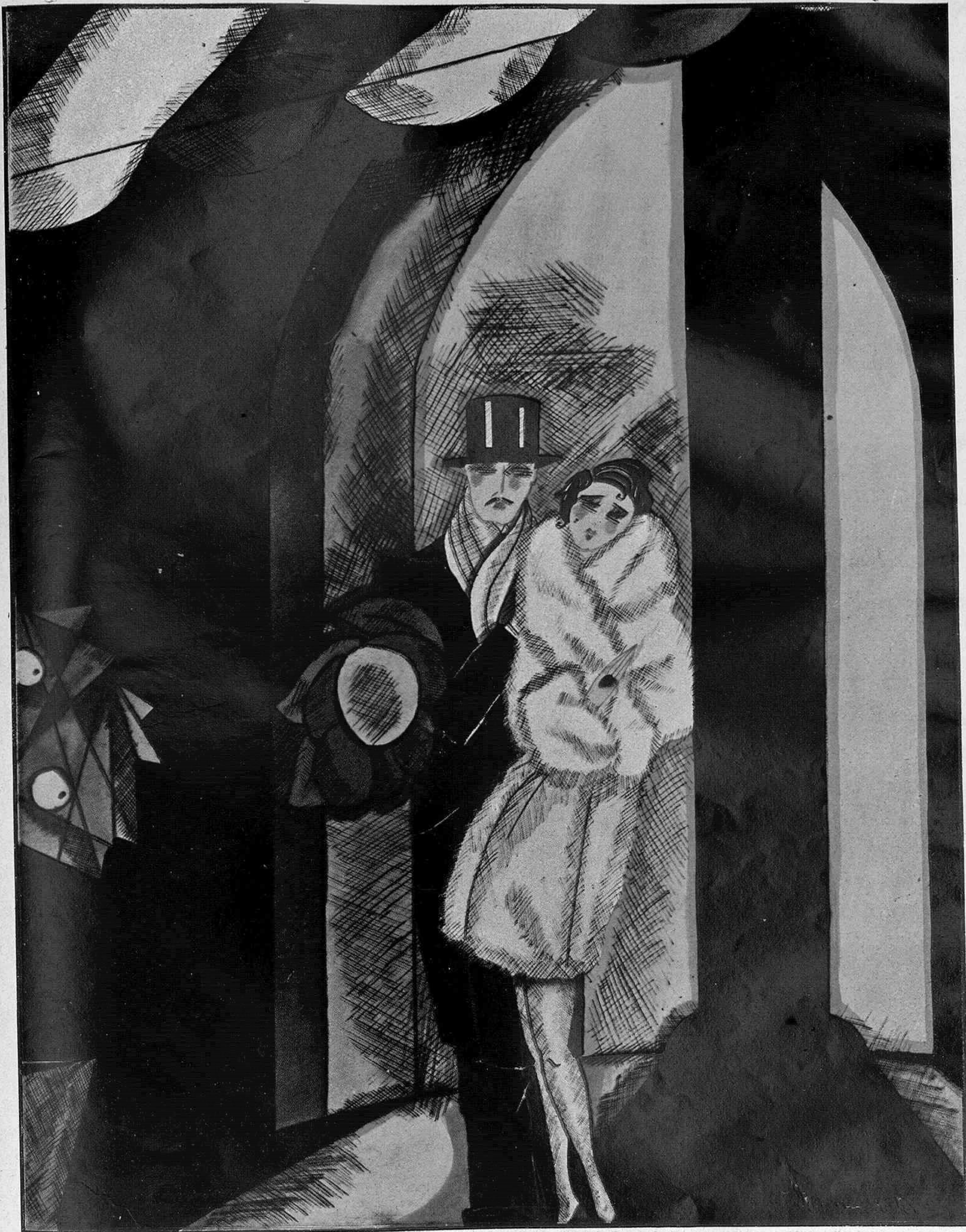
No obstante, aun no parece interrumpida, á lo menos en cuanto al *récord* de velocidad: los cálculos más admitidos hoy por los especialistas anuncian ya como posibles velocidades de mil kilómetros.

Y Ganivet, resucitado, preguntaría: ¿Por qué correr tanto, para llegar á donde mismo se llegaba antes?



La Puerta del Sol en la época en que fué reformada

(Fots. Káulak)



ESTUDIO
S. S. S. S. S.

«Epílogo de fiesta», dibujo de Marcial Rovira y Recio



Una iglesia de Cholula (Méjico)

NUEVA ESPAÑA

MELANCOLIA DE CHOLULA

A Luis G. Urbina, alma y sangre de Méjico, con más el arsenal de Europa, es decir, su fuerza; y el matiz y el espíritu crítico, es decir, su debilidad.

HE aquí, por obra del sol y por captación de nuestro amigo, compatriota de usted, Vicente Lira, la melancólica estampa de Cholula.

Yo quisiera depurar toda su decadente poesía de camposanto en el crepúsculo, para verla renacida, refulgente. Toda la pesadumbre del pasado convertida en rocío. Todo el cansancio disipado en el despertar matinal.

Pero entonces—me dirá usted—faltará el encanto más hondo de esa buena estampa de Cholula, y habremos suprimido lo que á nosotros nos traspasa de más dulce emoción. ¿Imagina usted un tañido de campana sin vibración que lo prolongue? ¿Un paisaje cristiano sin melancolía?

Sí. Ya conozco el atractivo de ese baño caliente que para ser sano y tónico necesita la otra mitad del baño ruso. Pasividad. Abandono. Sumersión absoluta. A condición de reaccionar. Hasta los propios cenobitas contaban, para aferrarse á la vida, con la lucha contra el enemigo malo y contra sí mismos. Cuando quedara demostrado que es imposible curarle el alma de la meseta mejicana, su mal de hipocondría, nosotros, españoles, deberíamos lamentarlo más que nadie. ¿Verdad que parece un pedazo de meseta de España? Con los dioses antiguos y con los nuevos, Cholula sigue profundamente extática. ¿Si no fuera más que eso!... Somos nosotros los que decaímos con ella; nosotros, españoles, los que nos dejamos traspasar del sentimiento de la muerte.

Cuando llegó Cortés, Cholula se adelantó á

librar formidable batalla. Era populosa ciudad. Estaba rodeada de tierras de labrantío. Maizales. Huertas. «Mucho ají—dice Bernal Díaz—, y toda llena de magüeyales, que's donde hacen el vino.» Fabricaba «loza de barro colorado y prieto e blanco de diversas pinturas e se bastece della Méjico y todas las provincias comarcanas, digamos ahora como en Castilla de Talavera o de Plasencia». Comparación certera, como tantas otras de Bernal Díaz, que era buen castellano. Ciudad industrial, de industria antigua y popular; pero, además, ciudad levítica. ¿Quién otro podía darnos una sensación de Cholula al llegar los españoles, como ese fidelísimo cronista, escritor de fibra sin saberlo, hombre de sensibilidad y de retentiva maravillosas? «Tenía aquella ciudad en aquel tiempo tantas torres, muy altas, que eran cices e adoratorios donde estaban sus ídolos e especial el cú mayor altar quel de Méjico, puesto que era muy suntuoso y alto el cú mejicano y tenía otros patios para servicio de los cúes. Según entendimos, había allí un ídolo muy grande, y el nombre dél no me acuerdo; mas entre ellos se tenía gran devoción y venían de muchas partes á le sacrificar y á tener como a manera de novenas y le presentaban de las haciendas que tenían. Acuérdomme, cuando en aquella ciudad entramos, que desque vimos tan altas torres y blanquear, nos pareció el propio Valladolid...» *Altas torres y blanquear...* Reminiscencias de romances que aprendió desde niño este soldado en Medina del Campo, y que con mayor grandeza y mayor maravilla se le cumplían en la juventud. Entre el *teocalli* azteca y templo católico están la guerra, la devastación.

Esa colina, guardada por filas de cipreses, vigías y centinelas de la otra vida, pudo ser terrorífica, y acaso lo fué bajo la sombra sangrienta

del gran Cú; pero no melancólica. La melancolía, la sumisión vinieron después.

Es decir, la conformidad ante lo inexorable vino después. Tengo por uno de los libros más ingenuos y más primitivos que tratan de cosas de Nueva España, la relación de los viajes de fray Alonso Ponce (escrita por los religiosos, sus compañeros). Ese fray Alonso, religioso franciscano, llegó á Cholula, como comisario general, año de 1584, el día 25 de Septiembre. «Es aquel pueblo—dicen sus cronistas—de los indios más devotos que hay en la Nueva España, los cuales, por no haber sabido con tiempo la idea del padre Comisario, para poderla solemnizar, se mostraron tan corridos, que fué necesario que el guardián del convento los consolase, diciéndoles que presto volvería por allí á recibir su regalo, y aunque fué tan de prisa y de mañana esta llegada á Cholula, porque llegó cuando salía el sol, ya tenían enramadas las entradas y calles del pueblo, y los cantores aprestados, que salieron al camino á darle música y regocijarle, y demás desto le hicieron los principales un muy solemne presente, en que llevaron quince diferencias de comidas.» Quince platos distintos, aunque fueran sencillos, demasiados para la frugalidad del buen fraile, que era sobrio, como el fundador. Pero traigo el dato para ver que ya en esa fecha la Puebla de los Angeles era gran ciudad, y Cholula, un pueblo de indios, de los más devotos de Nueva España. Había luchado, había pasado su período de grandeza. Fueron cayendo en ruinas las piedras de sus viejos templos. Su población se redujo á pocos millares. Hoy imagino, por paralelismo, que su suerte ha sido, en efecto, la de esas ciudades castellanas fundadas sobre el solar de viejas culturas destruídas.

Luis Bello

PAISAJES BELLOS DEL MUNDO



Dos picos alpinos escalados por un grupo de escolares alpinistas

(Fot. Underwood)

CAMARAFILM

ACABA DE PUBLICARSE

«VOZ Y VOTO»

Un libro interesante y digno de toda atención es el que acaba de publicar nuestro colaborador D. Rafael Calleja, y que lleva por título «Voz y voto». Están contenidas en él las observaciones y los comentarios de un espíritu sensible y culto ante los hechos de la vida corriente, de los que extrae el escritor la honda filosofía que encierran. El libro, de que publicamos á continuación un fragmento, merece ser leído

Yo no sé bien qué tienen los años primeros de la vida para imponerse sobre todos los demás por muchos que ellos sean. Pocas observaciones tan unánimes como la que comprueba la aceleración del ritmo del tiempo según la vida avanza. A todos nos parece anchísimo y profundo el que transcurrió hasta nuestra adolescencia; prístino y breve el que ha pasado desde entonces á la madurez. Y dicen los viejos, con amarga insistencia, que desde los años maduros á los últimos, la carrera del tiempo se hace, de presurosa, rápida; de rápida, velocísima, vertiginosa.

Casi cada cual recuerda el caso de alguna persona anciana que, habiendo trasplantado su vida de uno á otro país en los primeros años juveniles, hace más cuenta de ellos y de sus huellas y de sus memorias, que de la serie, cuatro, cinco veces más larga, posterior.

Merced á ese fenómeno, es posible, para quien ha vivido en Madrid muchos más años—útiles para la observación—después que antes de la guerra, sentir que Madrid, el Madrid, su Madrid, era el otro: *aquél*, aun siendo *éste* más familiar, presente, mayor, mejor. Acaso también porque *aquél* era *muy Madrid*, y *éste* va dejando de serlo rápidamente.

Tanto, que basta dormir unos meses en una provincia calmada para apreciar, al volver, nuevos, definitivos síntomas de la desaparición de *Madrid*.

Madrid era un gran pueblo. Hoy es ya una ciudad grande, y empieza á vestirse de gran ciudad.

No se trata ahora de comparar en sentido utilitario; ni de pésames ni de plácemes. Sin duda, la variación derribó encantos y construyó ventajas.

Quede para otra ocasión la estadística correspondiente. Señalo sólo el hecho: Madrid ha cambiado; Madrid desaparece.

Aquel Madrid—¿cuántos años transcurridos en tres lustros?—era un gran pueblo tranquilo, íntimo, familiar.



RAFAEL CALLEJA
Autor del libro «Voz y voto»

Se componía de pocos elementos: el centro—la Puerta del Sol y sus radios—, la calle de Alcalá, el barrio de Salamanca y el Retiro y la Castellana.

En los «barrios bajos» había viviendas, como en los «remotísimos» Pozas y Argüelles; pero sus habitantes confluían el domingo hacia la Puerta del Sol, hacia la calle de Alcalá, hacia la Castellana y el Retiro. Los demás madrileños no iban sino por excepción, y como de viaje, á «Pozas», á «Argüelles», etc.

El ritmo de la población era pausado, silen-

cioso. En Carnaval y unos días en primavera se amontonaban en el paseo de coches del Retiro ó en la Castellana unos cientos de carruajes que luego *desfilaban* por Alcalá, Sevilla, San Jerónimo á la caída de la tarde. El desfile era á tirones desde que entraba en la calle de Alcalá, como lo había sido el paseo en el Retiro ó en la Castellana: unos pasos adelante: parada; otros pasos adelante: parada. Imagínese hoy aquel taponamiento de las arterias más vitales de la población, que duraba entonces una, dos, más horas, sin escándalo ni perjuicio de nadie.

Fuera de estos días y lugares, el tránsito rodado era escaso y despacioso: el paso inolvidable del simón era su metrónomo. Un buen tronco al trote Alcalá arriba llamaba la atención por veloz y por ruidoso, y con frecuencia subía sólo la entonces admirable vía. Mirar á derecha ó izquierda antes de cruzar la calle, sólo podía ocurrírsele á alguna vieja pávida. El madrileño deambulaba libre y tranquilo, sin prisa ni atosigo. Por la acera ó por la calle. La ausencia total de coches en Viernes Santo no cambiaba demasiado radicalmente el sonido ni el color de la ciudad. Ella y sus moradores eran invariables y como intangibles. Los concurrentes al Paseo de Coches, á los días de estreno, á la Vaquería de la Castellana, á Fornos ó al Suizo, eran tan conocidos é inmutables como las casas de la calle de Alcalá. (*Estos, Fabio, ay dolor...!*)

Las tertulias de la calle de Sevilla ó de

la Puerta del Sol, instaladas permanentemente en los dos lugares más concurridos y bulliciosos de la población, bastan para recordar cómo era Madrid de lento y estático.

Y para advertir qué mudanza supone ese tumulto trepidante y bufante de los autos locos en tropel arrollador, de la multitud constante que llena á todas horas, en todos los días, aceras, cafés, bares, espectáculos, tranvías, taxis, *Metro...*

Con notable ligereza se atribuye á los taxis el fenómeno. De nada servirían diez mil, cien mil

CÁMARA-FILM

taxis si no hubiera ahora en Madrid constantemente miles de personas que necesitan trasladarse de un punto á otro y *que lo pueden pagar*. Como no bastaría por sí solo haber levantado docenas de hoteles donde apenas había tres ó cuatro; y abierto esa muchedumbre de Bancos, cines, teatros, cafés, bares; instalado esas líneas de *Metro* y de nuevos tranvías, y creado, en fin, las mil muestras de vitalidad y movimiento que asombran, perturban y fatigan hoy al madrileño de *antes*.

La voz de los vendedores ambulantes flotaba antes sobre el murmullo, el zumbido, el bisbiseo de la ciudad. Recordarán muchos madrileños á una mujer ciega que pide limosna hace largos años junto al palacio de Casa Riera y que *antes* repetía en voz baja: «Pobre ciega». De niña y de muchacha todos veíamos á diario sus ojos abiertos y su cara muerta y roja. Todos la oíamos. Hoy serán muchos los que no la vean. Y ¿quién la oirá á través del estruendo de las máquinas desbordadas, de las bocinas incesantes, de la estentórea voz de la ciudad tumultuosa? Sobreponerse á ella sería hoy empresa para tracas, truenos ó cañones.

Por toda la ciudad. A todas horas. No hace falta ser viejo para recordar el silencio aldeano de *aquel* Madrid de noche, sólo turbado por los golpes cansinos de algún caballo de simón sobre adoquines.

Ahora en cualquier calle, hasta las más tranquilas, el bufido del motor y el graznar de las bocinas rasgan casi constantemente la noche, como en París, en Londres ó en Berlín...; pero hasta mucho más tarde, como aquí lo hacemos todo.

El curioso de estas cosas, aun sin dedicar tiempo ni atención especiales, podía en *aquel* Madrid llevar la cuenta de las casas nuevas que iban surgiendo, que salvo alguna extravagancia suelta eran nuevas, pero no muy diferentes. Su nacimiento casi pasaba inadvertido y no alteraba el aspecto de la calle. Ahora Madrid, lleno de vida por todas partes, crece y cambia sin cesar.

La estructura anatómica de la ciudad se ha modificado y complicado extraordinariamente. Su morfología cambia sin cesar, hasta en los lugares más *sagrados*. Y cada día encontramos casas desconocidas, casas *de otra ciudad*—de otra ciudad horrible casi siempre—que nos hacen un poco forasteros en nuestra propia tierra.

•••••

Se podría, entre tantos, señalar como contraste curioso y sintoma de mudanza el prestigio y eficacia del actual *guardia de la porra*. Claro que su advenimiento corresponde á un estado de co-

sas totalmente nuevo; que su autoridad procede de afluentes diversos y conocidos. Pero quien recuerde á su antecesor el *municipal*, prototipo de la ineficacia, desmadejado, astroso, regordete, con el enorme bigote bajo la mugrienta *teresia*, no puede menos de señalar el contraste con estos guardias idóneos, bien portados, más próximos del famoso *policeman* londinense que del guardia tradicional de nuestro *género chico*. No trato de hacer elogios que no me competen, sino de señalar á quien quiera verlo la gran mudan-

entonces, cuando casi ningún madrileño de nota era de Madrid, tenía Madrid mucho más carácter que ahora, cuando aquel fenómeno parece irse borrando.

La invasión es ahora de los extranjeros y de lo extranjero.

Las muestras de las tiendas eran antes exclusivamente españolas. Aparte alguna camisería para *snobs*, los raros apellidos extranjeros se habían nacionalizado y á la española se pronunciaban. Al decir *Lárdi* (Lhardy) ó *Sinjer* (Singer) nadie sentía correr el aire de fuera. Y lo general eran títulos peculiares, como *La Pajarita*, *La Mallorquina*, *La Mahonesa*, *El Riojano*, *La Flor y Nata*, *La Palma*, el *Café Suizo*, el *Hotel Inglés*.

Muchas muestras de hoy existen idénticas en cualquier otro país: *Dancing*, *Waterman*, *Ritz*, *International Banking*, *American Bar*, *Ford*, *General Motors*, *Palace Hotel*, *Ciro's*, *Picadilly*. Ya no estamos en Madrid: estamos en cualquier parte; la gente es de cualquier parte; el ambiente—taxis, luces, tiendas, trajes, bebidas, espectáculos—, de cualquier parte, ó de ninguna. En Londres, en Berlín, en París, en Milán suena lo mismo, toca lo mismo, igual parece que en Madrid el *jazz* que oímos mientras contemplamos la misma película de Chaplin, de Mary Pickford, de Menjou, de Bebé Daniels ó de Fairbanks. Y las mismas fotografías universales se exhiben simultáneamente en el mundo entero en los reportajes gráficos de cines y revistas. Y las mismas danzas negras ocupan los escenarios, y el mismo frenesí de bailar presencian todos los salones.

Una apisonadora irresistible borra diferencias, anula peculiaridades y unifica líneas, colores, ritmos, sonidos y sentimientos con arreglo á un tipo universal de fabricación.

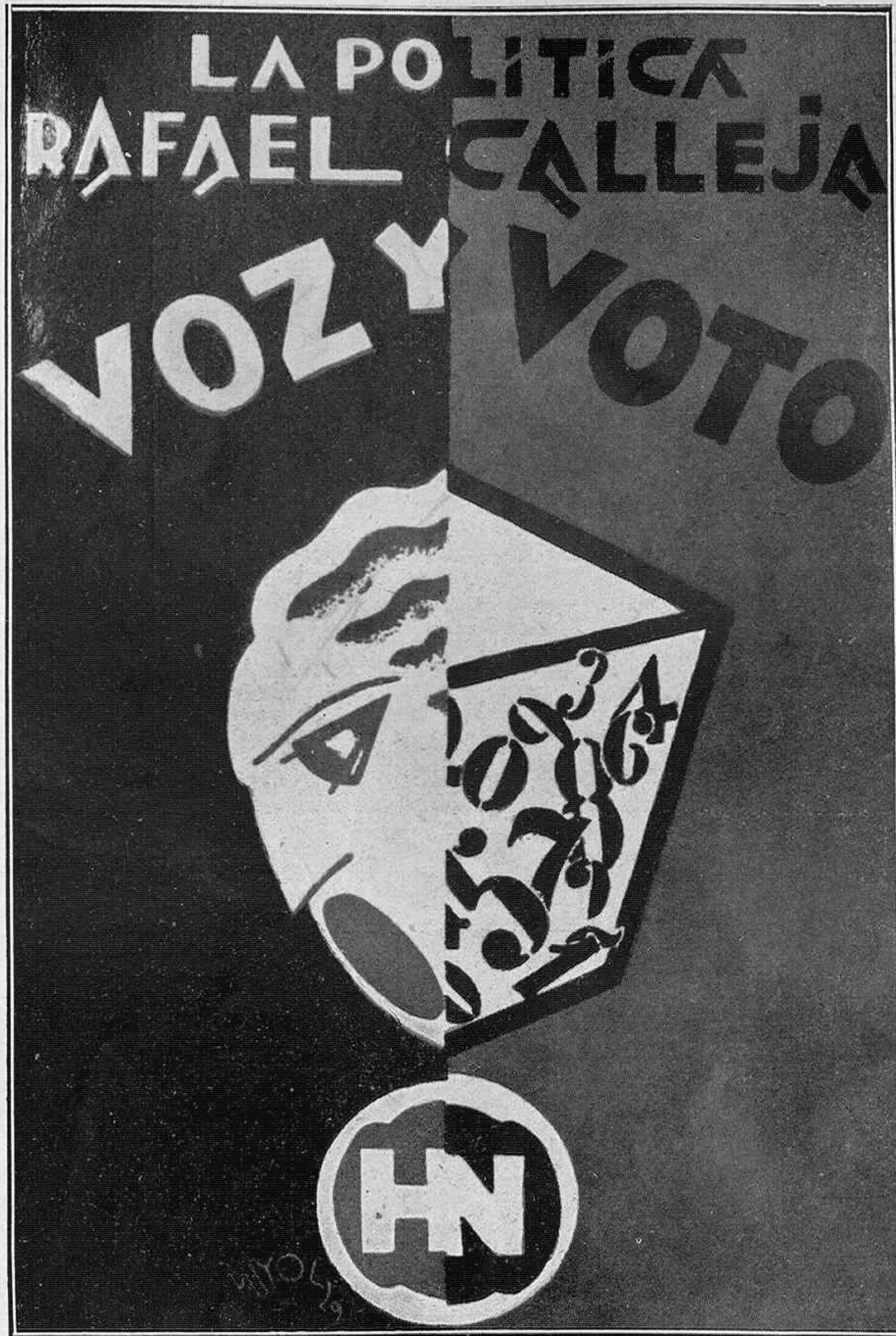
Para reeditar la *Guía de Madrid* no se puede conservar apenas nada de lo compuesto para libros añejos. Es otro Madrid, no distinto ya: opues-

to. Más Madrid y muchísimo menos que lo era

•••••

Bendigamos la imposibilidad de borrar su luz, su aire fino y seco, tónico y diáfano—supremo bien que añora sobre todos el madrileño desterrado—; la gentileza cordial y sencilla de sus hijos; la gracia infinita—«áspera y dulce»—de su paisaje; todo, en fin, lo que no pueden destruir arquitectos ni puede borrar la standardización que inevitablemente—por fortuna, por desgracia—invade el mundo como la sombra de una rápida nube.

RAFAEL CALLEJA



Portada del libro

za social que sintomatiza esa súbita importancia, esa repentina eficacia—inesperado salto de uno al otro extremo—que representa este «guardia de la porra» respecto de aquel *municipal*.

•••••

Ocurría en *aquel* Madrid un fenómeno curioso. Se diría que Madrid era una ciudad recién fundada ó que en ella no nacía nadie. Políticos, artistas, médicos, escritores, casi todas las figuras de notoria significación habían venido á Madrid del norte ó del sur, de la vieja Castilla ó de la industriosa periferia. Y es curioso también que



GALERIA
DE HOMBRES
ILUSTRES



«Don Pedro de Zubiaur», por Aurelio Arteta

LA Galería de Vizcaínos Ilustres, creada por la Diputación de Vizcaya, acaba de enriquecerse con una obra de Aurelio Arteta. El personaje del cuadro es un hombre de mar, D. Pedro Zubiaur, que luchó y venció á holandeses é ingleses; socorrió al castillo de Blaye, en la ribera de Burdeos, en cuya acción hundió á la nave capitana de la flota inglesa; y después de transportar á Flandes la infantería del maestro de campo Sarmiento, y volver á salir victorioso en una acción contra setenta navios holandeses, se retiró á Douvres, donde murió.

Don Carmelo Echegaray, cronista que fué de las provincias Vascongadas, añade en la nota de donde he tomado estos datos: «Seguramente porque estuvo casado con una señora de la familia Zureo, arraigada en Irún y Rentería, se ha querido, más de una vez, incluir al general Zubiaur entre los guipuzcoanos; pero, contra los que sostenían tales pretensiones, su naturaleza vizcaína está hoy fuera de toda duda, pues sabemos que nació en la anteiglesia de Cenarruza, en la casa llamada de Zubiaur, contigua á la parroquia de Santo Tomás de Bolívar. Fué hijo de Martín Zenarrazabeitia y de D.^a Teresa Ibarguren.»

Yo me alegro que la opinión de D. Carmelo Echegaray, expresada de modo tan categórico, haya sido la causa original de que hoy podamos contar con un cuadro tan bello como el que acaba de pintar Arteta. Por lo demás, D. Carmelo Echegaray murió con el dato arcano que le indujera á afirmar, sin género de duda, el lugar, en litigio, del nacimiento.

La opinión extendida de que no hubiera ningún dato iconográfico ni semblanza literaria en que apoyarse para representar fielmente al ge-

«Fray Juan de Zumárraga»,
por Alberto Arrúe



Iconografía

:: vasca ::

neral Zubiaur, no le ha ahorrado, en este caso, al artista ninguna indagación complementaria en busca de lo que debe ser factor esencial en semejantes trabajos: el parecido. A falta de todo asidero autorizado, Arteta ha hecho, á nuestro juicio, lo más acertado: procurar que el personaje se ajuste á las características de un «jaún» vizcaíno y componer con esmero la situación y la indumentaria.

Los poco versados en Antropología hemos de llamar «imponderable» á ese «no sé qué» patente en el arquetipo étnico que nos mueve á aventurar un diagnóstico que no siempre se confirma. Sin embargo, el «Pedro Zubiaur» es de los que nos harían perder toda continencia en la conjetura. Contemplando su porte, advertimos que participa del gravitar en la cancha del pelotari viejo, del desgarbo del marinero y de la mirada de inspección del contratista, adobado todo ello con una puntita, nada más, de «arlotería» simpática.

La figura del general está de pie sobre la toldilla de una nave. Lleva vestida la armadura. La escuadra á su mando viene detrás. Por la popa se ve un velacho de trinquete y el juanete de proa de uno de los bajeles. La escala de flechastes de los buques y los pliegues de una gavia arriada componen sobriamente la figura del personaje.

Este mira en dirección á la bodega núm. 1, y es que quizá tema por los dineros que van á su custodia para pagar la guerra de Flandes. Respetamos, sin embargo, como verosímil, la sospecha de quien le supone roído por la comezón de que el corsario almirante Drake, por aquellos días, pille con fortuna los galeones españoles en el Golfo de Méjico.

Cuando aparezcan estas líneas, D. Pedro Zubiaur penderá ya de un muro de la Casa de Juntas de Guernica. Allí le aguardan: D. Bruno Mauricio Zabala, fundador de la ciudad de Montevideo, obra de Julián Tellaeche, el artista que hace diez y once años originaba galernas de iracundia en el público que concurría al salón de sus exposiciones, para ser, al poco tiempo, ampliamente aceptado y adquirido; Fray Juan de Zumárraga,

obispo de Méjico, obra del excelente artista Alberto Arrúe, y el Almirante Recalde, de Alcalá Galiano, primera medalla. Le aguarda, además, un sitio vacío, en espera del *Don Lope García de Salazar*, encargado á Barroeta hace algún tiempo.



La Galería de Vizcaínos Ilustres no habrá cubierto, seguramente, el cupo de admisión con estas cuatro obras y el encargo de Barroeta. Quedan todavía vizcaínos ilustres que perpetuar y artistas beneméritos capaces de rivalizar en decoro con los citados; y no es probable que la Diputación abandone una obra comenzada con tan noble designio y provechoso resultado para el arte vasco.

Pero como este nombre de Galería de Vizcaínos Ilustres, que motiva mi crónica—nombre ya de suyo bastante pomposo—pudiera llevar al ánimo de los lectores la creencia de que los vascongados actuales, en cualquier proporción de ilustreza, tienen noticia cierta no sólo de la existencia de la Galería, sino de la historia de cada uno de estos señores, si se quiere no ocultar nada, será preciso añadir que, para que esto sea un hecho, falta solamente el tiempo que la Diputación precise para acordar y ejecutar el reparto en todas las escuelas de la provincia de las reproducciones oleográficas de los cuadros, respaldadas con la vida y hechos de cada personaje. Y después, sí; después, en el acervo histórico de los vascongados del mañana cabrá, además de la vida y hechos de los deportistas ilustres—alguna fábrica de chocolates es la inventora de procedimiento pedagógico—, la de estos otros vascongados, también ilustres y también deportistas en cierto sentido.

Ellos son como torres de señales á lo largo de la historia de los pueblos. Sus designios se enlazan á grandes saltos sobre el camino del llano, camino sin soluciones de continuidad, liso y lento, que representa el discurrir, en apariencia invariable, de los días. Sólo desde una perspectiva lejana se les advierte unidos en trazo de continuidad histórica á estas eminencias, señeras, al



«Almirante Recalde», por Alcalá Galiano



«Bruno Mauricio Zabala», por Julián Tellaeche

parecer. El carril histórico de los pueblos está jalonado en todo su perfil por esta clase de antenas del pensamiento y de la acción. Normativos mejor que ejemplares, ya que su virtud consistió en sentir agigantado el designio futuro, cuando apenas era latido entre sus coetáneos.

Por lo demás, sus hechos, la mayor parte, serían hoy inaceptables: unos por improcedentes y bastantes por abominables.



Y ahora le llega la vez al avisado que está pugnando por plantear su cuestión: «¿Pero es que ese retablo de aventureros, frailes, marinos y militares se asemejan á los que en vida llevaron sus nombres?» Casi siempre un bizarro «sí» ó «no» expresa menos que un «distingo» enteco. Que me perdonen, pues, los categóricos, si frente á su

acogotadora disyuntiva opongo este circunloquio: El parecido que las figuras de este género de cuadros tienen con su motivo, es función del tiempo y está en razón directa de él. Así, pues, la semejanza actual, incontrastable, de la Galería de Vizcaínos Ilustres, llegará, favorecida por el fluir del tiempo, á la identidad absoluta. Zubiaur, Zumárraga, Recalde y Zabala serán, por la definición plástica que de ellos se ha hecho, tal y como están pintados y sólo así. La conciencia de las generaciones futuras, liberadas por el tiempo de estas férulas iconográficas que hoy nos ocupan, poseerán, de estos vizcaínos ilustres, imágenes propias á las cuales se parecerán mucho los retratos de la Galería. Con las excepciones reglamentarias á toda proposición de alguna amplitud, este es el proceso de la iconografía más concreta y más trascendental que llevamos grabada como representaciones sensibles.

Justo D. SOMONTE





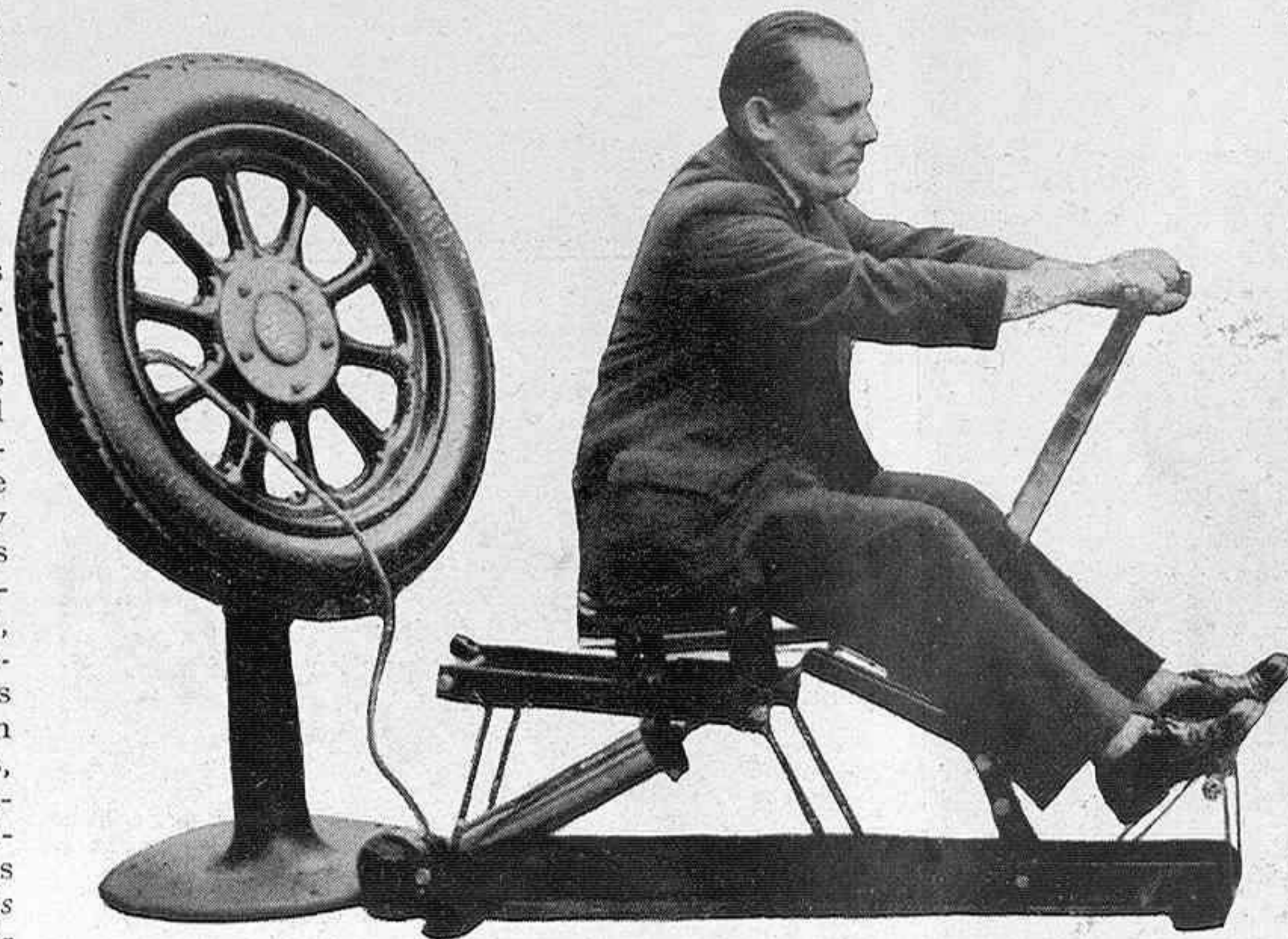
Aspecto general del Salón del Automóvil de Londres, la gran Exposición británica del motor, celebrada en el Olympia

DEL MUNDO AUTOMOVILÍSTICO

La 23.^a Exposición Internacional de Londres

ORGANIZADA por la *Society of Motor Manufacturers and Traders*, de Inglaterra, se ha celebrado, desde el 17 al 26 de Octubre, en el *Olympia*, de Londres, la vigésimatercera Exposición Internacional de Automóviles.

Si por el número de expositores ha de juzgarse el éxito de un certamen, éste lo ha logrado plenamente. Con ser enorme, como es sabido, la sala de espectáculos del *Olympia*, apenas si podía contener el número de curiosos que acudían á diario á examinar, y en muchos casos á adquirir, los más flamantes productos de la industria automovilística universal, y entre los que destacaban los coches de lujo y turismo presentados en los 520 *stands* de la Exposición por casas constructoras francesas, norteamericanas, alemanas, italianas, belgas y austriacas; predominando, como puede suponerse, las inglesas. Distribuidos los *stands* por naciones, han figurado los expositores en la siguiente proporción: 35 ingleses, 18 franceses, 17 norteamericanos, seis italianos,



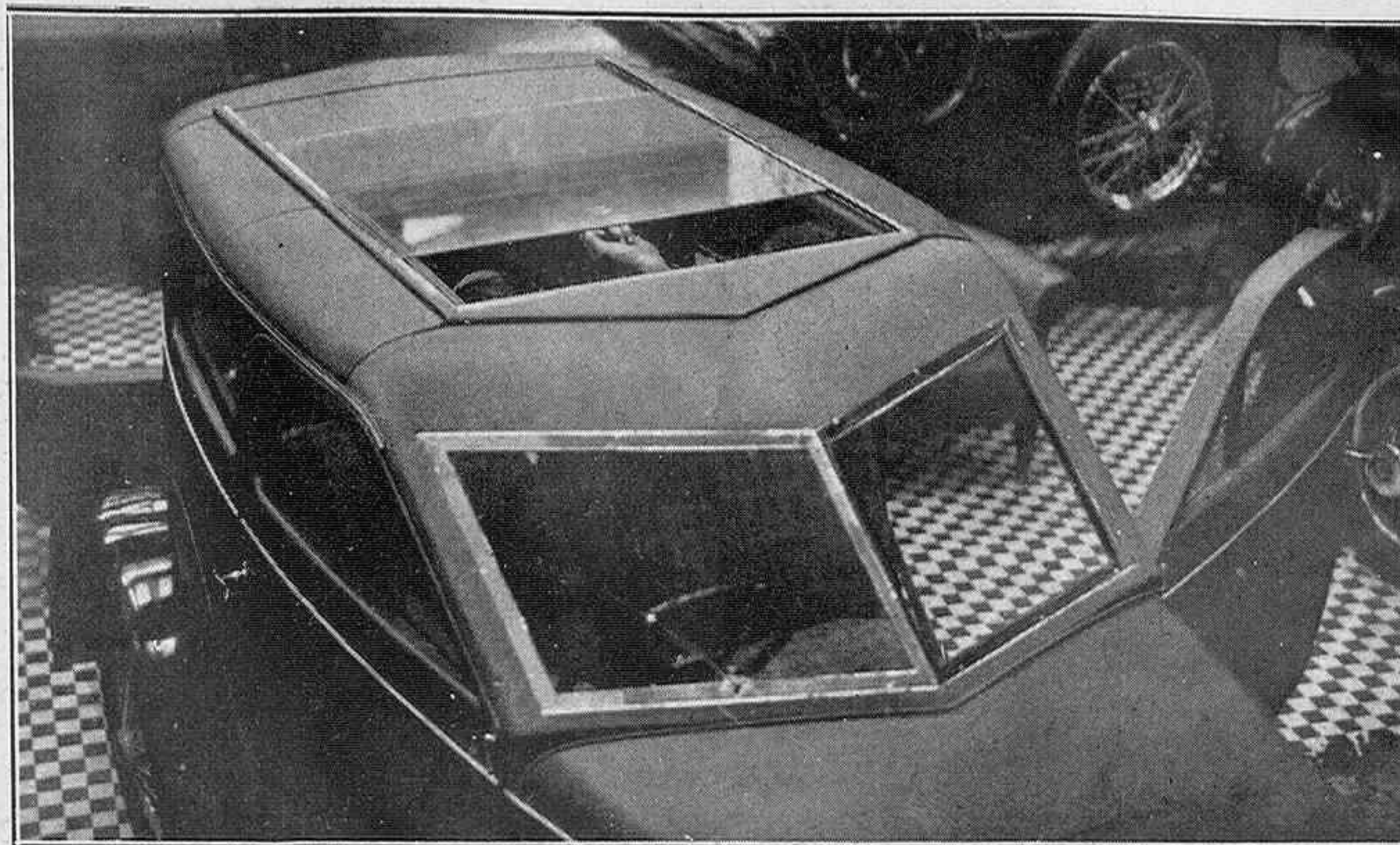
Ingenioso aparato llamado «situfiator», con el que en brevísimo espacio y sin esfuerzo puede hincharse una cámara

dos belgas, dos alemanes, una casa austriaca y otra española.

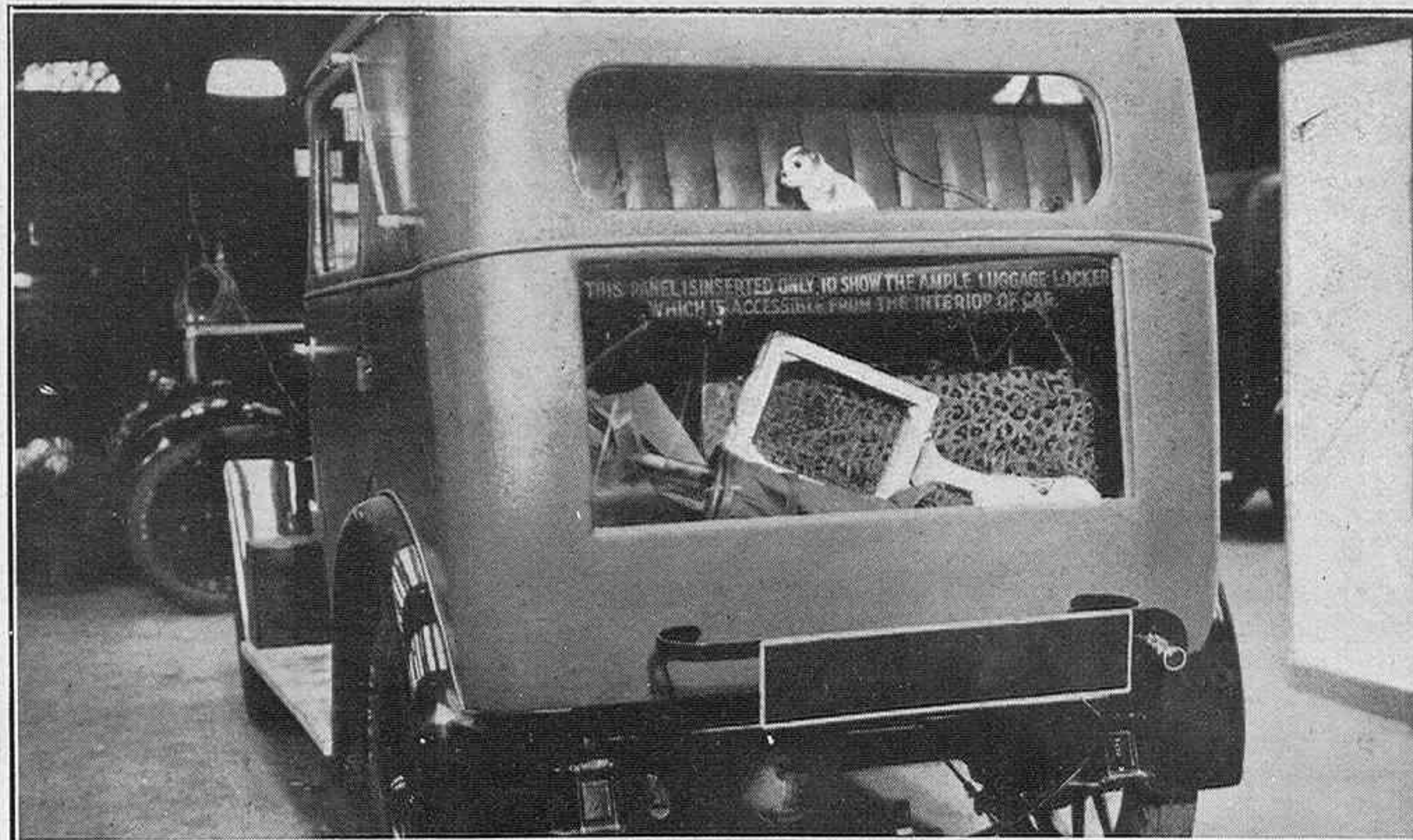
La Exposición ha resultado, en definitiva, interesante para el aficionado á automovilismo, más que por las novedades que en el orden práctico aparecían, por las comparaciones que han podido establecerse acerca del modo cómo resuelven las diferentes nacionalidades los múltiples problemas que día tras día se plantea esta floreciente industria.

En términos generales, los modelos presentados podían clasificarse en tres categorías: la primera comprendía el coche grande, lujoso, de mucha fuerza, cuyo precio oscilaba entre 1.000 y 3.000 libras esterlinas, con capacidad para siete pasajeros y un gran margen para la impedimenta, figurando en el extremo opuesto de la escala el coche pequeño, de 120 á 400 ó 500 libras; y entre esas dos clases, la intermedia, más práctica, desde luego, con su extraordinaria variedad de modelos (desde 500 á 1.000 libras), y que es, cual puede colegirse, la que ha resultado más favorecida en las ven-

tas. Las principales mejoras á anotar, en la parte mecánica y de construcción general, son: el extendido empleo del metal *chromium* para todas las partes metálicas sometidas á la acción del aire libre, y, por tanto, expuestas á oxidarse, y que, merced al uso de dicho metal, conservan indefinidamente su pulimento, sin exigir otro cuidado que la limpieza del polvo ó del barro que pueda adherirse á su superficie; la simplificación, cada vez mayor, del sistema de lubricado, observándose en casi todos los modelos la centralización del aceite en un pequeño depósito, desde el cual es empujado el líquido con un solo y sencillo movimiento de la mano ó el pie, simultáneamente, á las diversas partes del chasis que han de ser lubricadas á intervalos. Aun en aquellos casos en que dicho sistema no ha sido adoptado por los constructores, éstos han situado los distribuidores de aceite en los lados del chasis, de tal suerte que no haya necesidad de meterse debajo de los coches para buscar los escapes de grasa, ni de mancharse las manos lo más mínimo en cualquier operación mecánica impuesta por la lubricación. Dos de los más famosos *makers* ingleses han traído curiosos modelos con nuevos detalles relativos á la carrocería; como, por ejemplo, el *sun-bath motor car*, que lleva techo de cristal irrompible y plegable para aumentar la visibilidad de la conducción interior, así como su iluminación en los más oscuros días invernales. Señalemos otras innovaciones de ese género, tales como la substitución del antiestético baúl posterior por un compartimiento dispuesto en la parte trasera de la caja del coche, y que puede abrir ó cerrar el viajero desde el interior del vehículo, sólo con levantar el asiento, como muestra una de nuestras fotografías. Otro constructor británico ha modificado el sistema de puertas, suprimiendo dos de las cuatro usuales y substituyéndolas por la *extrawide door*, ó puerta de doble ancho, infinitamente más cómoda; y en cuanto á los asientos, reemplaza el sillón rígido por la *hammock-seat*, ó sillón-hamaca, más adaptable á todas las posiciones del conductor.



Numerosos tipos de conducción interior han substituído el techo del coche por un gran vidrio que da al coche una iluminación perfecta



Algunos modelos han substituído el antiestético baúl ó maleta posterior por un amplio depósito de capacidad superior. En nuestra fotografía, el cristal que substituye á la pared del coche permite apreciar la capacidad

Cuidados especiales han dedicado los constructores á la seguridad del automovilista, procurando por todos los medios dar estabilidad cada vez mayor al coche, ya por una mayor distancia entre las ruedas, ó bajando aún más el centro de gravedad, lo que permite mantener velocidades en carretera al tomar las curvas. Y ya que de velocidades nos ocupamos, no parece que las estadísticas de accidentes influyan gran cosa sobre los constructores de vehículos mecánicos, por cuanto la generalidad de ellos hacen valer, como mérito más saliente de sus nuevos modelos, las marchas máximas que con ellos pueden alcanzarse, y que se cifran en 120 ó 130 kilómetros por hora.

Añadamos, por último, que el coche de cuatro cilindros ha figurado en manifiesta minoría, siendo substituído por el seis y ocho cilindros, explicando esta circunstancia el que, no obstante el aumento en la mano de obra y la carestía creciente de los materiales, puedan ofrecerse hoy coches de seis cilindros por el mismo precio que los de cuatro hace un año.

Como también se ha advertido la decadencia del coche abierto ó de turismo. Hasta el torpedo, tipo favorito de los devoradores de distancias, adopta la forma del *all-weather*, la del *cabriolet* ó del *sun-shine-saloon*. Entre las novedades menores, señalemos el ingenioso aparato *situflator*, para hinchar neumáticos, que permite al operador, con sólo dos ó tres movimientos de palanca, realizar un trabajo que, sin ese artefacto, exige algunos minutos de esfuerzo.

Como detalle final, añadamos que el valor global de los coches expuestos en el certamen del *Olympia* estaba calculado en un millón y medio de libras esterlinas.

Este coche tiene una butaca-hamaca para el conductor, el que con una palanca fácilmente manejable puede darle la inclinación que prefiera á su comodidad

(Fots. Agencia Gráfica)

D. R.





« GRATIAS TIBI AGO »

Gracias, Señor;
 gracias por tanto bien como me has dado;
 gracias, antes que nada, por el dolor
 que tanto me ha enseñado.
 Gracias después por el amor
 —migajas de Ese tuyo— con que me han regalado.

Gracias por el techo
 que cobija el vivir mío;
 gracias por el sayal
 que me defiende del frío.
 Por haberme dado ojos con que ver tu hermoso cielo,
 y también unos brazos con que ganar mi pan,
 y el divino regalo de un alma toda anhelo
 de luz, y de servirte toda afán.
 Por los días de sol con que alegras mi vida;
 por el dulce piar de los gorriones
 con su música loca (no aprendida);
 por las suaves emanaciones
 del arbusto granado y la rama florida.
 Por la conciencia de que me has dotado
 para que sepa del bien y del mal;
 por la lucha sin triunfo y el sueño no logrado,
 que han venido á decirme que todo es igual.
 Por los honores que no me tientan,
 y las ambiciones que no me atormentan,
 y la soberbia que no me ciega,
 y el servilismo que no me doblega.

No aspiro á ser un santo, pero adoro al de Asís,
 y atempero mi vida al verso de fray Luis.
 Gracias, Señor, por toda tu liberalidad,
 que, sepa á miel ó á llanto, siempre es Bondad.
 Por el tesoro, mal estimado, de la salud
 y el malgastado de la juventud;
 por la llaga y la enfermedad
 que tanto abren los ojos á la Verdad
 y hacen mirarlo todo más comprensivamente;
 por el rayo de luna que nos hace soñar
 castamente;
 por la dulce caricia de la brisa, al pasar,
 en la tarde caliente;
 por el vaso de agua que me mata la sed...;
 por tanta cosa como, siendo tan gran merced,
 miramos con mirada indiferente.
 ¡Gracias, Señor! No esperes que te pida
 ni mayor bienandanza,
 ni tampoco—soberbio—que me ensanches la herida.
 No te pido consuelo ni esperanza.
 Que la Vida
 —próspera ó triste, regia ó miserable—
 es don que haces á todos por igual,
 para que cada cual
 la busque—que lo tiene—su sabor inefable...

J. ORTIZ DE PINEDO

(Dibujo de Ximénez Herráiz)

Elegancias



Sombrero de «toupé» negro, con incrustaciones en piel de angora blanca

(Modelo Marthe Rivière)



Toca en seda negra, con adorno de «aigrette» en el mismo tono

(Modelo Paule Roger)

(Fots. Hugelmann)

DURANTE nuestra estancia en Viena, hemos visto desfilar por la «Kärntnerstrasse» las mujeres más bellas y elegantes de la buena sociedad austríaca, recibiendo la sensación de que esta gran ciudad se ha colocado en la primera fila de la elegancia mundial.

Viena, toda arte, belleza y armonía, es el marco más adecuado para que luzcan sus encantos las adorables mujeres austríacas, cuyo *chic* es hoy universalmente reconocido.

El otoño magnífico, con su cielo azul, ha brindado la ocasión para que las damas puedan lucir plenamente sus nuevas *toilettes*. Hemos observado que la mujer, en Viena, gusta de vestir, para la calle y el paseo, trajes y abrigos de tonos neutros, confeccionados estos últimos con pieles de tamaños voluminosos.

Los tonos azul marino, marrón, negro, gris y pardo son los que predominan, y lo mismo sucede en los sombreros, de fieltro y terciopelo.

Durante la mañana, en las calles, y principalmente en la «Kärntners-

trasse», con sus suntuosos comercios dedicados casi todos á objetos de arte, condecoraciones, lencería, calzado, etc., es cuando hemos visto más lindas *toilettes*, aun cuando todas ellas eran de estilo deportivo y, por consiguiente, más sencillas.

Los tejidos de mezcla, como los que se utilizan para los trajes de los hombres, hacen furor en los trajes de estilo sastre; son estos tejidos muy bellos, muy adaptables al cuerpo y de suficiente abrigo para los días en que el fresco se deja sentir con más intensidad.

Las blusas, de lencería, finamente trabajadas á mano y confeccionadas en crepón blanco ó de colores pálidos, tales como rosa, carne, *champagne*

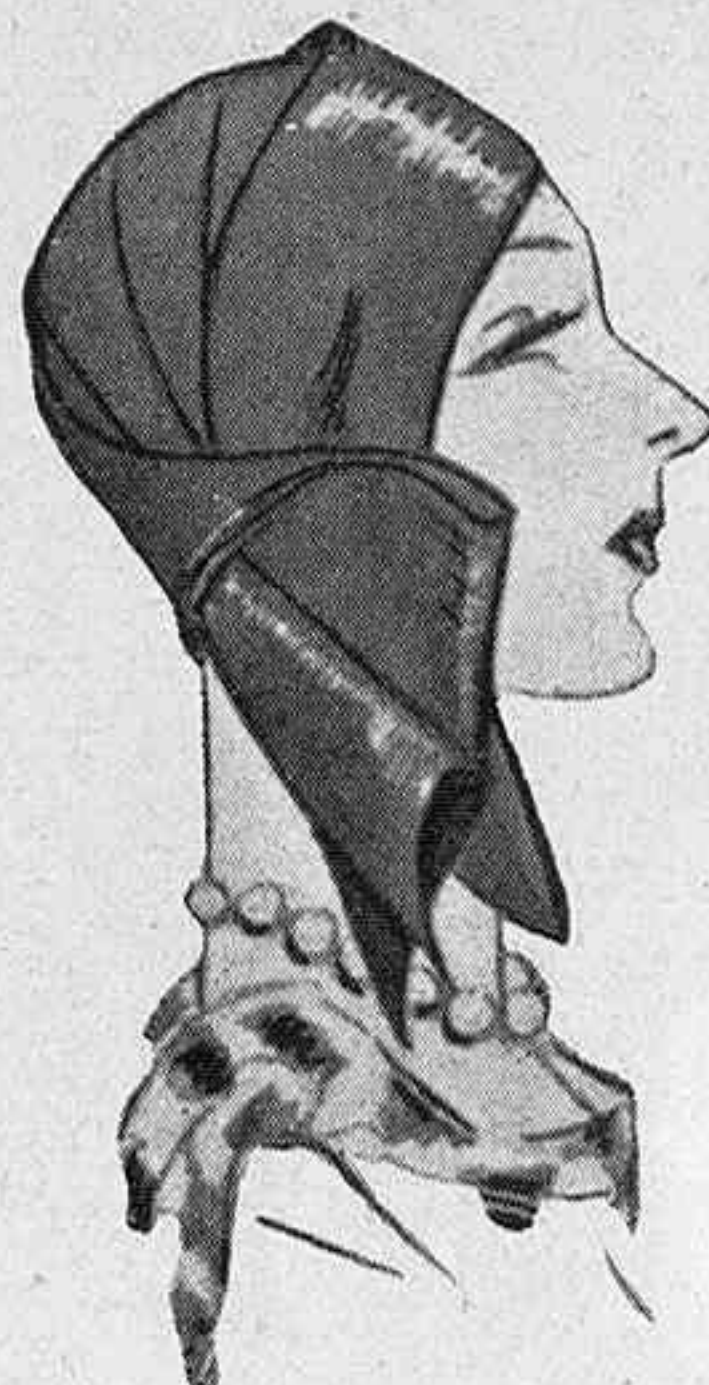
y paja, acompañan á casi todos los modelos de traje sastre, y resultan sumamente bonitas y favorecedoras.

Los trabajos de *fil-tiré*, jaretas, calados, bordados húngaros, nidos de abeja y menudas vainicas, formando caprichosos dibujos, son los motivos que sirven para decorar



Capelina de fieltro y terciopelo respunteado

(Modelo Talbot)



Toca de seda negra

(Modelo Blanchot)



Sombrerito de terciopelo azul marino, con un motivo de pedrería

(Modelo Blanchot)



estas delicadas prendas, tan exquisitas todas ellas y tan femeninas.

Por la tarde, en los cafés y confiterías adonde acude la gente elegante, las mujeres van ataviadas con extraordinario buen gusto; los abrigos de tonos neutros imperan igual que durante la mañana, pero los trajes son de tonos más vivos, aunque no luminosos con exageración.

Los colores absenta claro y beige, así como el tono tabaco, tienen la preferencia de las mujeres vienesas; y los tejidos que más se ven son los *crêpes* sutiles en todas sus infinitas variedades.

Los adornos de casi todos los vestidos consisten en trabajos finamente ejecutados con la misma tela; nada de combinaciones de to-



nos distintos; si acaso, algún encaje ó algún motivo de lencería.

Los volantes de forma en las faldas irregulares se llevan mucho, así como los *godets* amplios y las menudas jaretas, formando complicados dibujos en toda la extensión del vestido.

Para la noche, los modistos vieneses han derrochado toda su fantasía y buen gusto, creando unos trajes que son un verdadero encanto; el *glassé* y el tul lo han combinado de tal suerte, que las mujeres parecen aladas mariposas; y lo más admirable es que, siendo estos trajes voluminosos en extremo, no la hacen perder la línea, que tanto cuidan de conservar.

ANGELITA NARDI

Viena, Octubre de 1929.



Abrigo de terciopelo negro, con guarnición de piel
(Modelo Safunt)



Abrigo de piel de cordero
(Modelo Safunt)

Abrigo en rallucasha negro, con guarnición de zrenardo
(Modelo Renée)
(Fot. Hugelmann)

Sugerencias.-El indumento y el sentimiento nacional

EL ser humano es tan sensible á las sugerencias de toda índole y, sobre todo, á las visuales, que á veces maravilla el éxito que, aun en los terrenos más absurdos é incongruentes, logran factores de escasa trascendencia y representación en sí mismos.

Podrá aducirse que la sensibilidad dicha es hija de un extremado desarrollo de nuestra imaginación, merced al cual revestimos de hondos significados las cosas más nimias y de valor espiritual más limitado.

Sea por lo que fuere, ello es que en la vida son en ocasiones promotores de hondas revoluciones, de soluciones y de conflictos cosas que aisladamente, y una vez despojadas del sentido que nosotros hemos querido darles, no tienen relieve ni importancia alguna, y á las que, en épocas «normales», tratamos con infima consideración nosotros mismos.

Tal aparente contrasentido se advierte por modo muy singular en lo que se refiere al indumento.

No habrá quizás elemento de nuestra vida cotidiana al que tratemos con desprecio más profundo ni vituperación más acerba que los que dedicamos al traje, ni hay tampoco aspecto de nuestro sentir que no halle en ese mismo factor, el vestido, la más perfecta y acabada expresión. Desde la Santa Biblia hasta el folletín no hay manifestación alguna literaria en la que no se ensalce ó denigre al indumento, y singularmente el femenino. Ni hay poeta de latitud alguna ó pintor de parte alguna del orbe á los que no haya servido de motivo inspirador el conglomerado de gasas, encajes, terciopelo y tisúes que en todo tiempo ha sido el traje.

Motivo de ilusión unas veces, otras de envidia, y de curiosidad siempre, el indumento humano, dentro de la variedad natural y lógica, perdura más allá que todas las modalidades humanas. ¿Qué mejor prueba de la firmeza de su imperio?

Tan múltiples son las posibilidades que encierra, que influye en los terrenos más diversos lo mismo en el práctico que en el ideal, en el utilitario que el romántico.

Afecta á la industria y al arte, al comercio y á la poesía, y sirve para combatir la inmoralidad ó para propagar ésta. Sin embargo, solemos tratarle en forma bien despectiva, suponiéndole alentador de todas las vanidades, cosa, al fin y á la postre, que si fuera cierta, no haría sino aumentar su fuerza. ¡Ahí es nada!

Pero donde el indumento ha representado un papel de verdadero interés es en la política, y más que en ninguna otra, en la de carácter nacionalista, ya que, en lo demás, su influencia ha sido la misma que la que ejerce en otros campos de la vida humana y su fuer-



Tocado egipcio

za la que se deriva de todo aspecto del lujo y la riqueza. Sabido es que en nuestra sociedad resulta más difícil negar y más fácil acceder á lo que solicita ó pretende una persona bien ataviada que á lo que desea el harapiento. El traje es un elemento de persuasión extraordinario; pero en lo que se refiere al nacionalismo es otro el motivo de su trascendencia. A tal punto que la riqueza y el lujo no aumentan ni menguan la consideración que se le extiende.

Lo único que importa es su significado. Y del mismo modo que una bandera nacional, por modesta que sea la percalina de que pueda estar confeccionada, desarrolla, en los individuos, una exaltación frenética, el traje, característico de un país ó una sola prenda del mismo, pueden provocar ó alentar sentimientos, por desgracia no siempre en armonía con el espíritu de paz que inspiró la constitución de la Sociedad de Naciones.

¿Quién ignora el papel importantísimo que en Oriente ha representado siempre el indumento de los habitantes del Celeste Imperio? ¿Lo que en la política de Egipto ha representado el fez? ¿La trascendencia que en la Europa Central se otorgó largo tiempo á los trajes de Alsacia? ¿La importancia nacional del *kill* entre los escoceses, y de la que nosotros hemos concedido siempre á

los trajes típicos de España? Y si internacionalmente este asunto ha logrado en ocasiones suma trascendencia, ¿qué decir de la que en la historia individual de diversos países representan prendas de vestir, como la capa del español y la mantilla y peineta de teja que lucieron nuestras damas del pasado siglo? ¿El *fé-redje* y el *yachmak* de Egipto? ¿Y el gorro frigio de Francia? ¿Sin olvidar lo que en las luchas anteriores de muchos pueblos han significado los vestidos de distintas provincias? Felizmente para la Humanidad, es muy posible que el indumento, como otras formas fáciles de utilizar en la exteriorización del sentimiento nacional, acaben por servir, única y exclusivamente, para estrechar los lazos de simpatía y avivar la comprensión entre los pueblos.

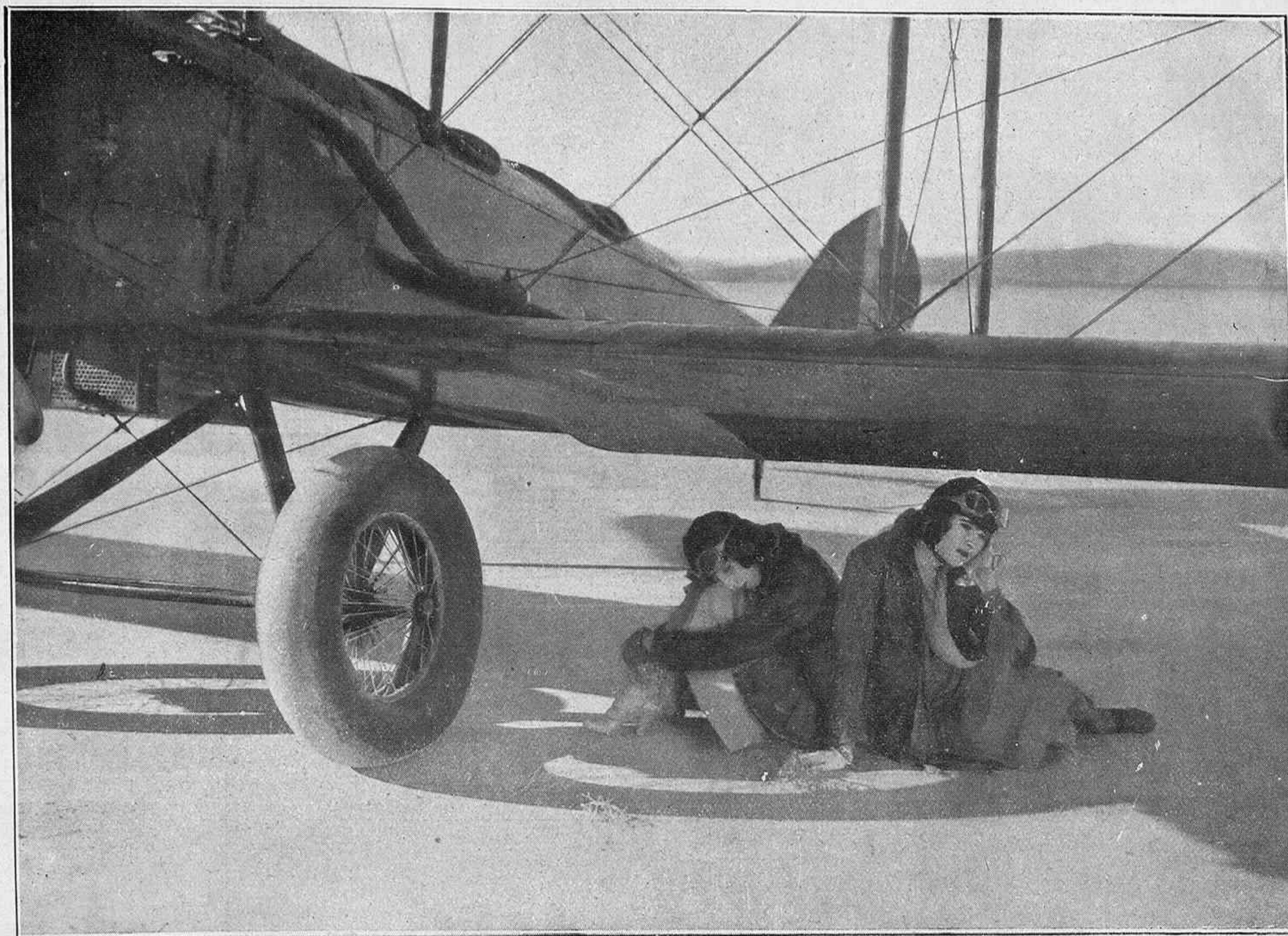
Así fué recientemente en Francia cuando por primera vez desde la guerra unas muchachas y unos jóvenes de tipos muy germanos, procedentes de la dulce Alsacia, recorrieron el suelo galo luciendo el típico traje de su provincia. Las aclamaciones que su presencia provocaba revelaban una tranquila felicidad y ningún rencor, y las grandes lazadas de los tocados femeninos, lejos de tremolar con gesto de triunfo, se inclinaban amorosamente sobre las rubias cabezas como si quisieran contribuir con su gesto amparador al ferviente deseo de que la guerra no pueda nunca más dividir á los humanos.

ISABEL DE PALENCIA



Jóvenes de Alsacia que, vestidas con el indumento de su «patria chica», visitaron Francia últimamente

Una escena del mañana
¿Por qué se aburren?



Estas dos bellas muchachas deportivas han emprendido una excursión en aeroplano, y á consecuencia del mal funcionamiento del motor, han tenido que aterrizar en el desierto... Cobijadas bajo el ala del avión, se aburren infinitamente, en tanto que llega el avión de socorro que las busca... ¿Por qué se aburren así estas dos intrépidas muchachas? Porque al marchar se olvidaron de comprar

FOT. SACEDÓN

crónica

sólo costará

20 céntimos

crónica

la Revista semanal gráfica, informativa, interesante, que todo el mundo leerá los domingos, días de su publicación, y que aparecerá
:: :: en breve :: ::

crónica

sólo costará

20 céntimos



El edificio de la Bolsa de Nueva York, á la derecha, donde se ha producido el pánico financiero que ha repercutido en todo el mundo, y la Banca Morgan, á la izquierda

OTRO GIRO DE LA RUEDA VELEIDOSA EL PÁNICO EN LA BOLSA DE NUEVA YORK

Como tantas otras veces, la voluble rueda de la Fortuna ha dado en girar demasiado rápidamente sobre el barrio financiero de Nueva York, y en pocas horas ha destruido enormes fortunas que parecían muy sólidamente constituidas.

Esas catástrofes, que tienen allí mucho mayor alcance que en ningún otro país, porque es inmensamente mayor el volumen de capitales en juego que en ningún otro país del mundo, son,

por otra parte, perfectamente lógicas allí, porque la vertiginosidad de la vida norteamericana, sobre todo en ese medio de los negocios, ha determinado, como característica de los financieros yanquis, una hiperestesia que los hace enloquecer en los momentos supremos en que más necesaria podría serles la tranquilidad.

La impresión terrible de los primeros momentos, en que se llegó á pensar en la clausura de la Bolsa, no perduró, á lo menos con tan violentí-

sima intensidad, mucho tiempo; y esto indica que, con mayor serenidad por parte de todos en los primeros momentos, no hubiese habido que lamentar las consecuencias que dieron al pánico, como tantas otras veces, proporciones de verdadera catástrofe. Lo que el pavor hizo ver como irremediable á los menos dueños de sus nervios, no lo era, ni mucho menos, y el optimismo pudo renacer pronto; pero sin que pudiera remediar ya las desdichas de los primeros momentos.



Vista parcial del Instituto Alfonso XIII

UNA OBRA ADMIRABLE

La instrucción pública en Vizcaya

LA Excelentísima Diputación de Vizcaya acaba de dar cima á una de sus obras más interesantes y meritorias. Provincia acogida al régimen excepcional del concierto económico con el Estado, administra escrupulosamente los caudales comunes, y los invierte en obras que «se ven y se palpan», en beneficio siempre del noble pueblo vizcaíno.

En otros órdenes, no es todo lo conocida que debiera la labor de positivo progreso realizada por estos hombres, tachados injustamente de ser poco asequibles á las puras emociones del espíritu. En atenciones de sanidad, Vizcaya—Bilbao—gasta grandes sumas, y consigue que sus instituciones sanitarias—Hospital, Sanatorio marino de Gorliz, Colonia escolar permanente de Pedernales, Gota de Leche—sean modelos en su género, no ya en España, sino en Europa. Pero no es de esto de lo que queremos hablar hoy á nuestros lectores. Se necesitaría para ello no ya las páginas de esta revista, sino las de un extenso libro.

La tarea que la Diputación se impuso hace precisamente nueve años, y que acaba de ver realizada, fué la construcción y mantenimiento de cien escuelas llamadas de barriada.

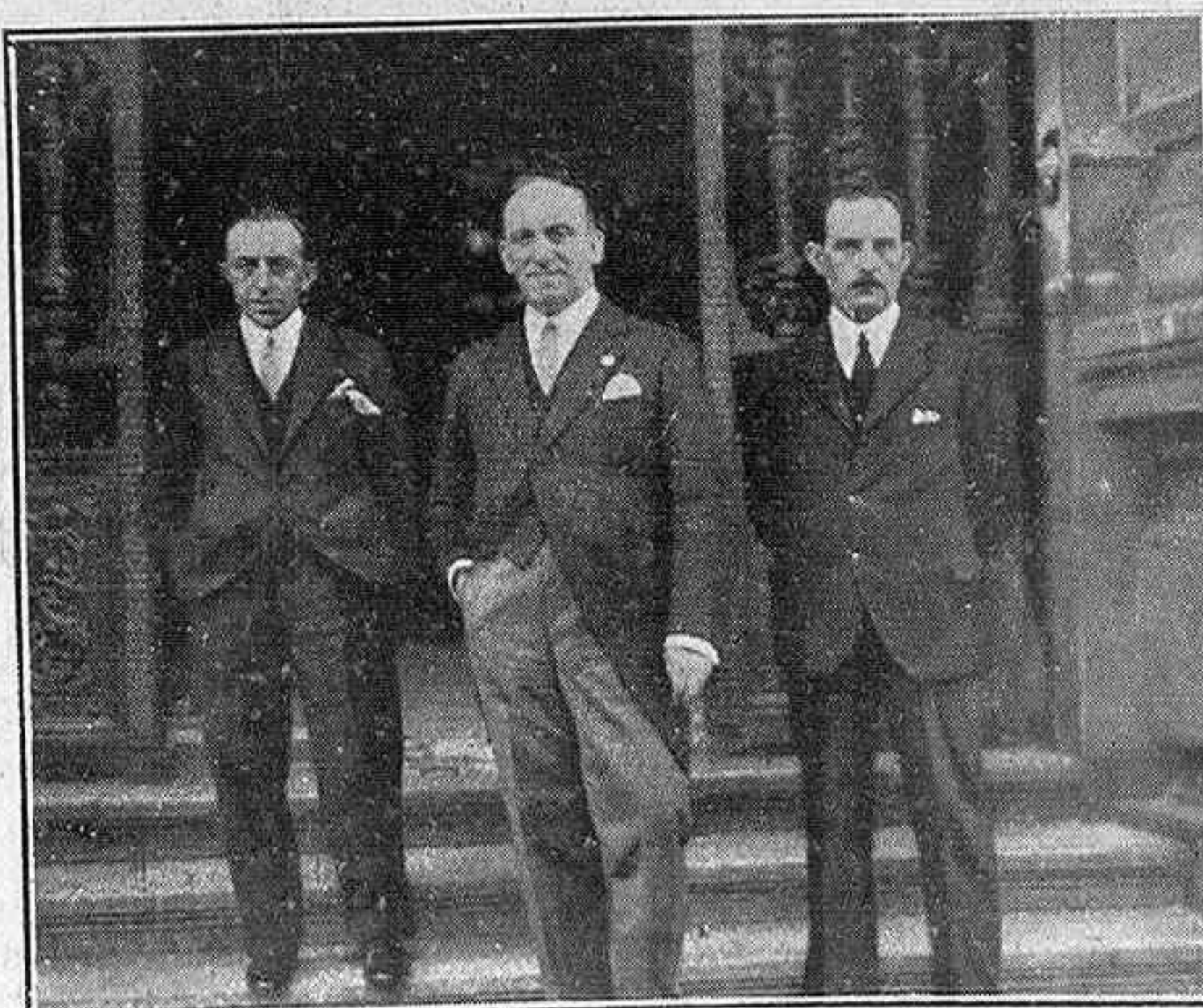
La configuración especial del país vasco; la densidad de su población, disemi-

nada por montes y vericuetos alejados de los núcleos principales, mantenía latente un problema sin solución para los aldeanos: el de su instrucción primaria.

Para asistir á las clases de las escuelas nacionales, enclavadas en la «calle», como con frase gráfica dicen los habitantes de los caseríos, habían de recorrer los pequeñuelos cuatro ó más kilómetros por montes y caminos carreteriles, fangosos y casi inaccesibles lo más del año. En estas condiciones, excusamos decir que eran pocos los que acudían á recibir el pan del espíritu, de manos, por añadidura, de maestros desconocedores del vascuence, lo que anulaba, ó poco menos, la labor, ya de suyo penosa é ingrata.

En 1920, un hombre bueno abarcó con mirada de águila el imperfecto panorama de la Instrucción Pública en Vizcaya. Vió el formidable *handicap*—perdónesenos el anglicismo—en que se hallaban sus paisanos de los montes, tan aventureros ellos, tan amigos de medir el mundo con sus piernas, para lanzarse á hacerlo con el solo bagaje de su idioma, en unión de su manifiesta incultura.

Don Ramón Gallano, diputado provincial entonces, concibió el proyecto magno de dotar de escuelas á aquellos desamparados aldeanos; llevarlas á los montes, junto á los desperdigados caseríos; como focos de luz que les alumbrase en



Los señores D. Pedro Zufía, inspector jefe de la Sección de I. P. de la Diputación; D. Alejandro Gaytán de Ayala, vicepresidente de la Junta de I. P., y D. Diego Basterra, arquitecto que ha dirigido la construcción de las cien escuelas

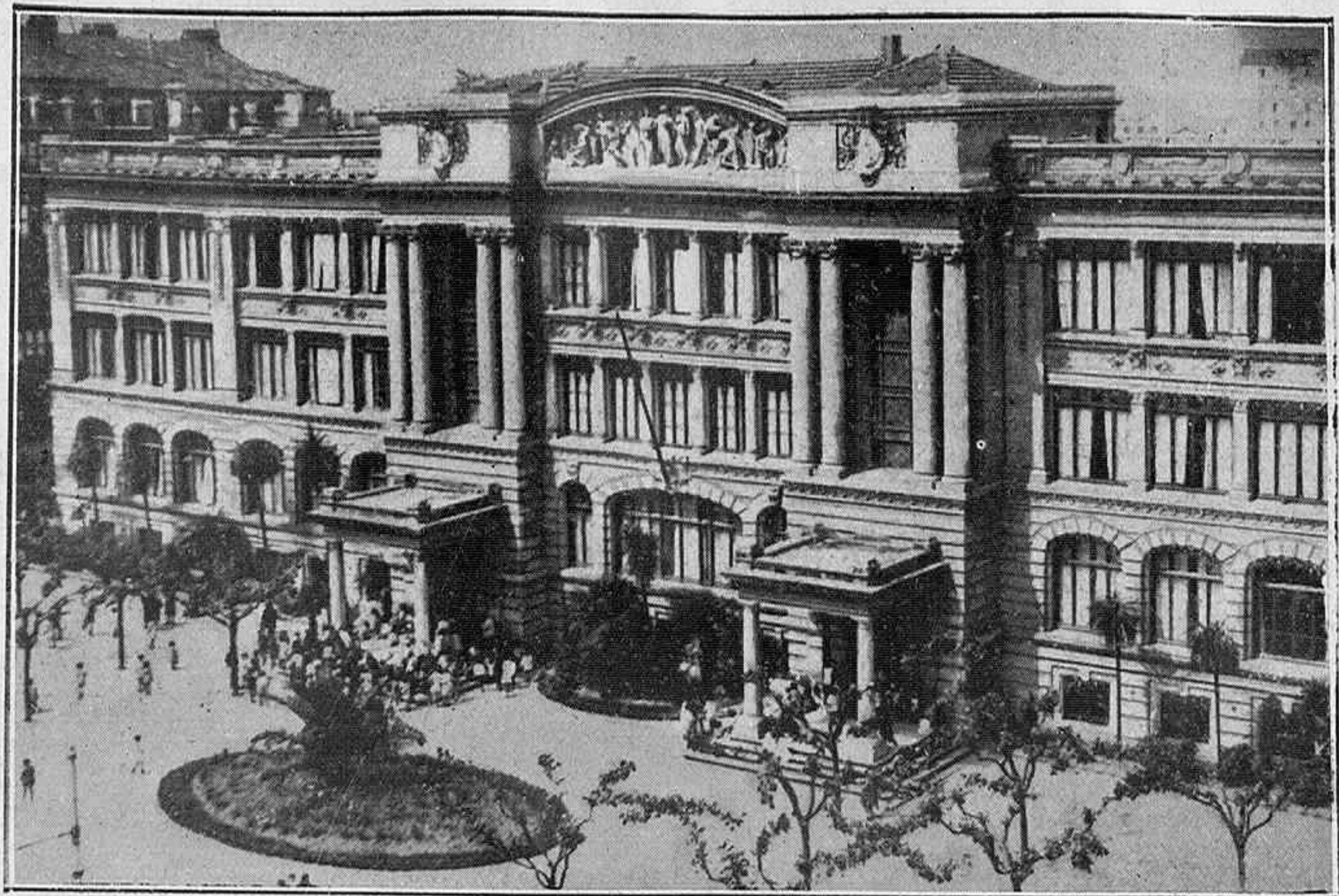
lo sucesivo. Tuvo el Sr. Gallano un colaborador entusiasta: D. Luis Elizalde, ya fallecido, que, enamorado de la grandiosa idea, trabajó sin descanso hasta verla en vías de realizarse.

El proyecto era sencillo. Los Ayuntamientos y caseríos interesados construirían el edificio; la Diputación le dotaría de personal y material amplia, generosamente.

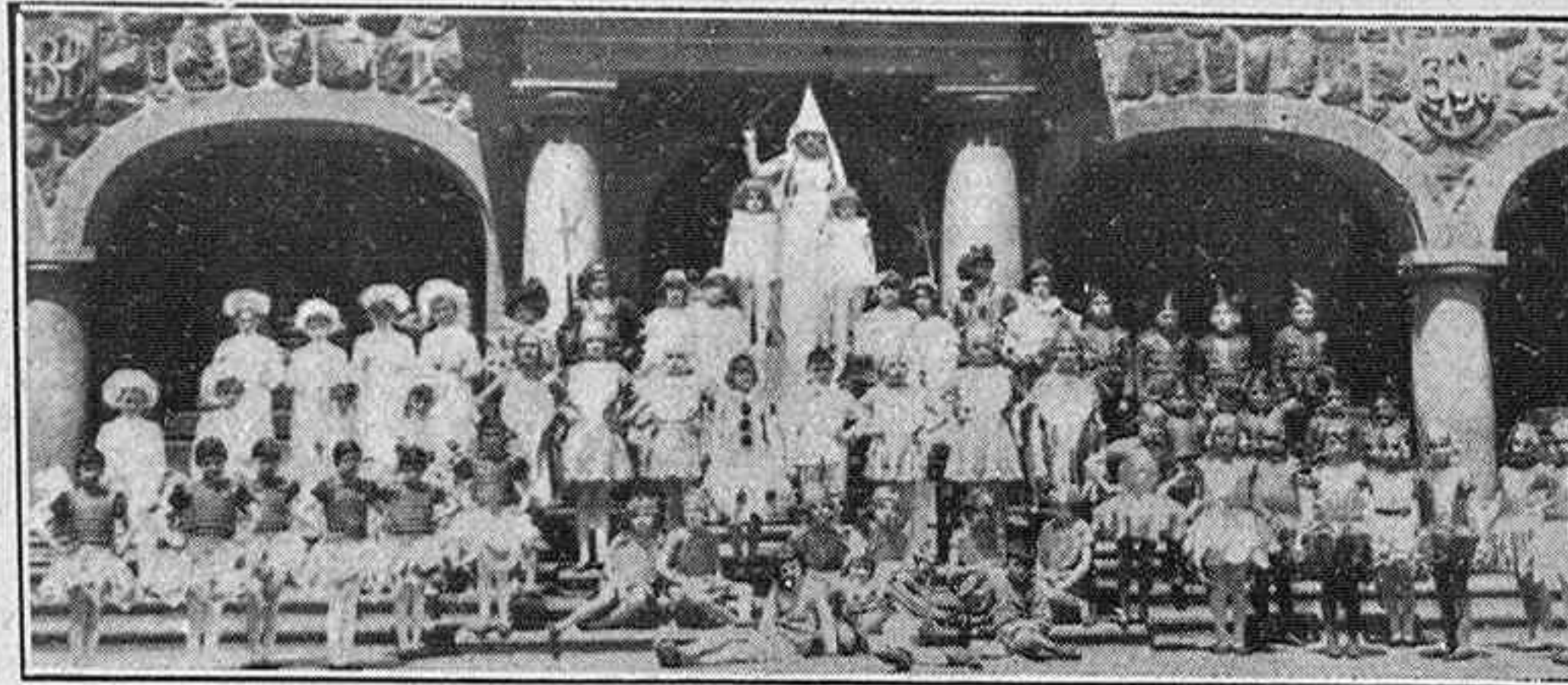
Ya en 1920 se inauguró la primera escuela (Albiz) en pleno monte, á cuatro kilómetros de la nacional, situada en el pueblecito de Mendata. Y en los nueve años siguientes, los montes vizcaínos han visto aparecer, equidistantes de los esparcidos caseríos, la traza grave y austera de los cien edificios escolares que el arquitecto-artista D. Diego Basterra proyectó, con su conocido criterio vasco, que tan bien consuena con el paisaje. Las construcciones son amplias, con vistas al mañana, para que un aumento de población no las haga insuficientes. Están dotadas de cocinas económicas, para el funcionamiento de la cantina escolar y para la organización futura de las Escuelas del Hogar.

El inteligente inspector de Escuelas de la Diputación, D. Pedro Zufía—que amablemente nos proporciona estos datos—, nos dice que los resultados obtenidos con este sistema de escuelas han sobrepasado las esperanzas concebidas por sus iniciadores. Nutren la matrícula actual 6.150 alumnos.

Escogido el profesorado en duras oposiciones, en las que se exige el conocimiento del vascuence, ha obtenido de los pequeños escolares éxitos magníficos. Traducidos en cifras, dicen éstos que en 1900, sobre una población de 300.000 habitantes, 147.000 estaban sumidos en las nieblas de la ignorancia. En 1929, solamente corresponden 110.000 analfabetos á 450.000 almas. El porcentaje respectivo es de 49 y 24,44, es decir, la mitad casi exacta. Parejas con estas cifras van las del presupuesto de Instrucción pública de la Diputación vizcaína, pues mientras en 1919 sólo gastaban en estos menesteres 450.000 pesetas, hoy se eleva su cuantía á 1.150.000, distribuída en la forma siguiente: 77 por 100 en personal, 13 en material, y el 10 restante en cantinas



Grupo escolar municipal de Indauchu



Estos niños del grupo escolar Camacho, interpretaron, con insuperable acierto, la delicada obra de Larra, «Bailes de Carnaval»



Los directores del grupo Camacho «sujetando» á la alegre chiquillería para dar comienzo á un ensayo

(Fots. Gil del Espinar)

escolares, instituciones circunescolares, becas, bibliotecas y excursiones.

En la actualidad rigen las cien escuelas 148 maestros. Algunas, allí donde el número de alumnos lo exige, están graduadas. La de Ariz, por ejemplo, cuenta con siete grados, y se intitula «Grupo Gallano», en homenaje al iniciador de obra tan hermosa.

Al inaugurarse la escuela de Izarza (monte del municipio de Sondica), última de las cien proyectadas, la Diputación, sintiéndose satisfecha de su obra, quiso festejarlo como el acontecimiento se merecía. Al escondido rincón montaraz acudió la Corporación en pleno y lo más distinguido de la élite vizcaína. Fué una fiesta hermosa, y en ella estuvieron presentes los escolares de otros grupos anteriormente construídos. En la gran «campa», frente á la nueva escuela, diminutos *espatadantzaris* é hilanderas trenzaron con sus pies las danzas ancestrales de los hijos de Aitori.

•••••

El Ayuntamiento de la capital vizcaína contribuye en la medida de sus fuerzas—y son muchas—á lograr que la instrucción pública sea uno de los más firmes baluartes del Bilbao del mañana. Bellos edificios, que más parecen mansiones lujosas de los próceres, elévanse estratégicamente en distintos lugares de la villa. Son las escuelas municipales. En ellas, todo servicio, de acuerdo con la más avanzada pedagogía, está atendido con regia munificencia. Nada se omite para hacer grata la estancia del niño en las escuelas. Los aparatos de proyección fijan en la pantalla lecciones de Religión, Geografía, Historia, Arte. Anualmente, los pequeños escolares celebran su gran fiesta, representando en el mejor teatro de la villa maravillosos cuentos de hadas, escenas fantásticas y llenas de poesía...

Funcionan las cantinas escolares, las asociaciones circunescolares, las mutualidades infantiles, que inculcan en sus almitas la bella virtud del ahorro.

Todo esto es, en verdad, hermoso y digno de ser divulgado. La Diputación de Vizcaya y el Municipio bilbaíno desarrollan noble y desinteresadamente un vasto é ideal programa, que, unido á otras actividades, distintivo de la raza, preparan á su pueblo un porvenir magnífico y fecundo.

MANUEL HUERTA MARIN



DECORATION, ANTIQUITES
JANSEN
 PARIS : BUENOS-AIRES
 EXPOSICIÓN BARCELONA
 PABELLON ALFONSO XIII

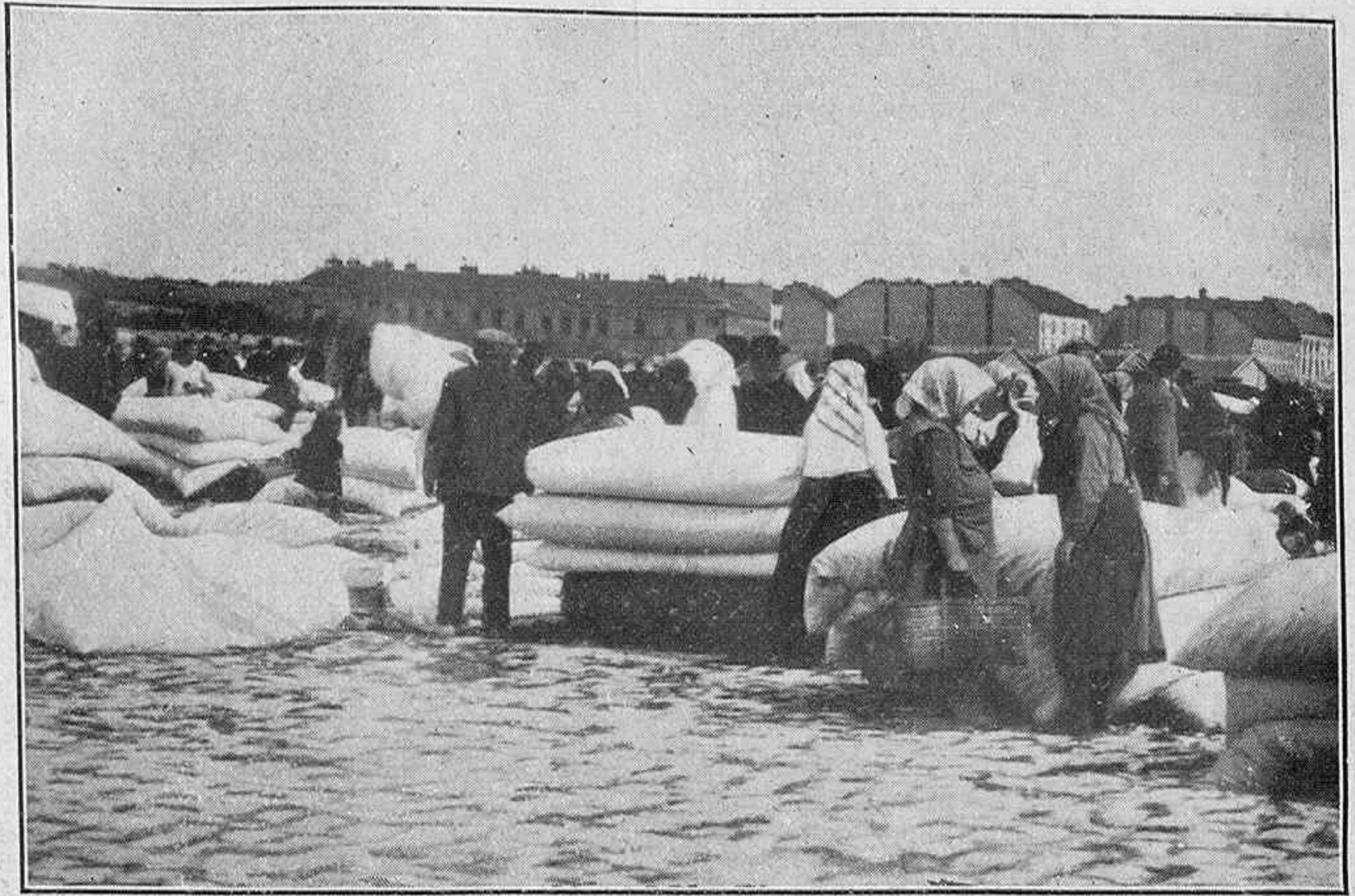
*Un monumento á la
 sirvienta abnegada*



Era Margarita Mannhart una buena muchacha de quince primaveras, al servicio de unos señores de Viena. Una tarde aciaga, al regresar con los dos pequeñuelos de sus amos de cierto jardín de la ciudad, un *auto* se les echó encima al cruzar una calle. Pudo la sirvienta, que marchaba á dos pasos de los niños, retroceder ante el coche y salvarse; pero, llevada de un hermoso impulso altruista, se precipitó sobre los dos niños, y de un tirón los apartó de la dirección del vehículo, librándolos así de una muerte segura; pero ella, en cambio, alcanzada por una de las aletas del *auto*, cayó bajo las ruedas y pereció aplastada. En conmemoración de este acto abnegado, y como ejemplo de servidoras fieles, se ha erigido en el mismo jardín donde pasó su última tarde Margarita Mannhart, el sencillo, pero artístico monumento que muestra la fotografía, y del que es autor el escultor vienés José Riese.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
 200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
 Precios moderados. El más concurrido.

El mercado más triste del Mundo



Es, sin duda, ese que muestra la fotografía adjunta, y que se celebra un día á la semana en la plaza Teleky, de Budapest. Nada más lamentable, en efecto, que el espectáculo ofrecido por esos grandes amontonamientos de ropas de cama, usadas, que los necesitados de la ciudad ponen allí á la venta pública, y que suelen ceder á veces por unas cuantas monedas de plata, según el grado de miseria en que se encuentran.

**Agotada la primera
 tirada del folleto**

LA VIEJA FURIA
**Una brillante temporada
 del fútbol hispano**

por

“JUAN DEPORTISTA”

se ha puesto á la venta
 una segunda edición

Precio: UNA peseta

Pedidlo á los corresponsales de
 Prensa Gráfica y en las buenas
 librerías

Libros nuevos

Romántica, por Mary Florán.
 Versión española de Luis G. Manegat.
 Corresponde al volumen XL de la colección «Princesa».
 Eugenio Subirana, editor. Barcelona, 1929.
 —*Los vencedores*, por Pedro Gourdón.
 Traducción de «Aracne».
 Corresponde al volumen XXXIX de la colección «Princesa».
 Eugenio Subirana, editor. Barcelona, 1929.
 —*El arte de Hermenegildo Anglada-Camarasa*, por S. Hutchinson Harris.
 Este magnífico libro, verdadero alarde edito-

rial de «The Leicester Galleries», de Londres, por el que desfilan cuarenta y ocho primorosas impresiones de las mejores pinturas de Anglada-Camarasa, es como un índice del arte del genial pintor.

Pinturas como *Valencia*, *Muchachas de Liria*, *La Sevillana*, *Mariposa de noche*, *La chula de los ojos verdes*—elegidas al azar y para no citar todas—garantizan ese arte de Anglada-Camarasa, personalísimo, no encasillado en secta alguna, que anda su camino sin más arma que su talento y su paleta.

Leicester Square, London, 1929.

Agotada la primera tirada de

**LO QUE CURA
 Y CÓMO CURA**

EL DR. ASUERO

POR

A. GONZÁLEZ

se ha puesto á la venta una
 segunda edición

Pedidlo á corresponsales de
Prensa Gráfica
 * * y buenos librereros * *